

# UN CORAZÓN EN NO LITA



de la autora de la Saga *Un gintonic. por favor*  
ESTRELLA CORREA

Copyright © 2020. Estrella Correa.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, noviembre 2021.

Título Original: Un corazón en Nolita.

Diseño y Portada: Nina Minina.

Maquetación: Estrella Correa.

Corrección: Antonio Correa.



CUN  
CORAZÓN  
EN  
NO LITA

ESTRELLA CORREA



A la amistad  
A mis amigas

## SINOPSIS

**Ava**, una fotógrafa que ama Manhattan y el barrio de Nolita, lugar en el que creció y vive con sus dos mejores amigas. Ava está harta de relaciones fugaces y tóxicas. Ava ha aprendido que el amor no duele ni empequeñece, sino sana y nos crece.

**Milan**, un chico demasiado guapo para el gusto excéntrico de nuestra protagonista que se dedica a desfilarse por las pasarelas más importantes del planeta. Milan está harto de buscar el amor sin encontrar lo que un día sintió su corazón por una amiga. Milan ha aprendido que el amor, el verdadero, no se busca, llega sin avisar y pone nuestro mundo patas arriba.

Una oda a la amistad, a la verdad y a los corazones rotos.

Una historia romántica y divertida que te invita a soñar sin límites.

# INTRODUCCIÓN

El mundo está lleno de corazones rotos y el mío iba a engrosar muy pronto la lista de espera para entrar por derecho propio en el islote denominado "Corazón hecho añicos y esparcido en trozos diminutos". Y lo peor de todo es que lo supe mucho antes de que ocurriera. Lo vi venir. No puedo culparlo a él porque, aunque no fue sincero, se ocupó de dejar pistas delante de mí para que me alejara del peligro. Y el peligro era él. Y yo una kamikaze, qué le voy a hacer. Mi padre me ha repetido hasta la saciedad que corro detrás de los problemas y Milan se convirtió en uno muy grande.

Esta es mi historia, así como podría ser la de cualquiera de vosotros.

Dejarse llevar por el corazón tiene sus consecuencias. Puede elevarte a los cielos o dejarte caer a los infiernos y arder hasta convertirte en cenizas. A mí me llevó hasta una cafetería en el barrio de Nolita.



Adoro Nueva York. Me gusta mi vida y no deseo cambiarla. Vivo en un piso compartido con dos amigas que son mis almas gemelas. Nos conocimos en la universidad y desde entonces no nos hemos separado, incluso hemos pasado algún día de Acción de Gracias juntas. La casa no es gran cosa, pero la propietaria nos cobra un alquiler muy bajo para estar situada en Nolita, un barrio de Manhattan. Los muebles los hemos comprado nosotras. Y me refiero a que los recogemos de la calle (la mayoría), les hacemos unos arreglos y los pintamos. Quedan como nuevos y nos salen bastante baratos. Mi cuenta bancaria no está dotada con muchos ceros y trato de sobrevivir trabajando como fotógrafa en eventos que me van saliendo mientras termino un máster de Comunicación Audiovisual en la Universidad de Nueva York.

—Ava, ¿has terminado? —Escucho a Sophia aporrear la puerta del baño.

—¡Cinco minutos! —grito buscando una toalla y tratando de no resbalar por el suelo mojado. Soy muy propensa a los accidentes—. ¡Hay otro baño! —informo.

—¡Y otra pesada como tú que tarda una hora en ducharse! —chilla.

Me cubro el cuerpo y limpio el cristal lleno de vaho con la mano. Tengo las mejillas sonrosadas y la piel al completo demasiado roja. Me gusta el agua caliente. Mía dice que un día de estos salgo del baño con quemaduras de tercer grado.

Cojo el cepillo y peino mi cabello castaño claro.

«Tengo que cortarlo», pienso, cuando veo que casi me llega por la cintura.

—Cuánto estrés, chica —reprocho a Sophia que me mira con cara de pocos amigos y un café en la mano cuando por fin abro la puerta.

—No puedo llegar tarde otra vez al trabajo. Están a esto —hace una señal con los dedos— de prescindir de mi buen hacer y sabiduría.

—Querrás decir que te van a poner de patitas en la calle porque no has querido acostarte con el jefe. —Me da el café que me ha preparado.

—No me lo recuerdes. Debería haberlo hecho. Ahora no estaría pensando que quizás no tenga para pagar el alquiler el próximo mes. —Fuerza una sonrisa y me da con la puerta del aseo en las narices.

Me encuentro con Mía en el salón tras vestirme. Nota: ella prefiere muebles caros porque puede permitírselo, pero nos respeta y nos deja vivir como hijas de obreros. Tiene un móvil en cada mano y escribe en los dos a la vez. Ella es así. Y su trabajo requiere todo su tiempo y su vida. Es bróker. La mujer bróker más joven de Nueva York. Y la más guapa. Y la más rubia. Y la más alta. Y la más delgada. Y la más envidiada.

—No sé cómo consigues hacer eso —indico mientras me pongo una chaqueta de cuero camel.

—Con mucha práctica. —Ni me mira y sigue tecleando, concentrada en sabe Dios qué. Yo sumo dos más dos y me explota el cerebro.

—¿Te vienes?

—Tengo reunión. Viene un coche a buscarme.

—Qué nivel, chica. Quiero un jefe como el tuyo.

—Mi jefe es un estirado. Y un gilipollas —apunta.

—Pero envía limusinas a recogerte. —La observo detenerse frente a nuestra ventana.

Hace un chasquido con la lengua y se queja.

—Me la suda la limusina. —Mia es la más rubia y la más guapa del distrito financiero, pero también la peor hablada—. Tengo que irme. —Me da un pequeño abrazo y sale corriendo.

—¿Qué planes tienes hoy? —Sophia se cuelga el bolso, también lista para ir al trabajo.

—Me paso por la universidad y después tengo una sesión de fotos en Central Park.

—¿Quedamos para comer entonces? —Ella trabaja como secretaria de dirección en la Quinta Avenida.

—No sé si me dará tiempo. Te llamo y hablamos.

—Ava, tienes que comer. Estás muy flaca.

—Soy de constitución delgada —me quejo. Siempre están con la misma cantinela.

Mi familia es así, mi madre y mi abuela también soy muy delgadas. Me ahorro el discurso porque ya lo sabe y no voy a repetirme. Por cierto, tengo que ir a visitarlas este fin de semana, es el cumple de mi abuelo y, aunque falleció hace más de diez años, nosotros le seguimos celebrando el cumpleaños. Una tradición familiar un poco macabra. Cosas de familia descerebrada.

—¡Auu! —Me doy un golpe en la cabeza con una puerta del mueble abierta cuando voy a guardar las galletas.

—El primero de hoy. A ver si superas tu record. —Mi amiga y compañera se refiere a mi afición por los accidentes, grandes y pequeños, y el listado de ellos es interminable y diario. Como si fueran un imán para mí. Mis padres cuentan que de pequeña un perro me mordió el dedo. Hasta ahí la historia parece normal, no obstante, cambia al relatar que tropecé y mi mano cayó dentro de la boca del canino, que se asustó y me mordió. Pues como esto, casi todo en mi vida.

Me paso por la universidad y hablo con mi tutor de máster sobre las prácticas de este que empezarán dentro de un mes. El señor Patynson goza de una paciencia conmigo que temo que termine algún día. Se parece un poco a mi padre, con facciones duras y barba canosa.

—Estoy deseando empezarlas, señor Patynson. Me he esforzado mucho para que mis notas no bajen de matrícula de honor.

—Señorita Jones, sé que no va a defraudarme. —Me da dos palmaditas en el hombro antes de marcharme y correr hasta la boca de metro. Voy demasiado tarde y los nervios comienzan a apoderarse de mí.

Trato de relajarme escuchando un poco de música con la ayuda de mis iPod porque, total, el metro no va a ir más deprisa porque yo me ponga a llorar ahora. Y estoy a punto, ojo. No puedo perder este trabajo. Con lo que van a pagarme puedo cubrir mi parte del alquiler durante cuatro meses y eso incluye diciembre y los regalos de Papá Noel. Tengo un sobrino putativo (soy hija única) de tres años que no entendería que el “Abuelo Rojo”, como lo llama él, no deje un presente en mi casa, por muy pobre que sea. Tarareo la canción mirando la hora en mi iPhone cada cinco segundos: With or without you de U2.

Veo la piedra fija en tus ojos.

Veo la espina torcerse.

Te espero.

Hechizado y con la suerte torcida.

En una cama de clavos ella me hace esperar.

Y espero sin ti.

Contigo o sin ti.

Contigo o sin ti.

A través de la tormenta alcanzamos la orilla.

Tu lo das todo pero yo quiero más.

Y te estoy esperando.

Contigo o sin ti.

Contigo o sin ti.

No puedo vivir.

Contigo o sin ti.

El set de rodaje está listo. Grabarán algunas imágenes para el anuncio y yo me encargaré de la fotografía antes y después de la filmación. Desde lejos compruebo el jaleo que se ha montado alrededor del equipo y, como voy concentrada en no tropezar (que es lo que normalmente ocurre) no me percaté de que el brazo fornido y peludo de un miembro de la seguridad privada me detiene en seco poniendo su mano (de dimensiones descomunales) entre mi pecho y mi cuello.

—¿Adónde cree que va?

—Disculpe, señor. Vengo a trabajar. —Contesto tras unos segundos de desorientación.

Pero ¿quién se cree este hombre montaña para tocarme y casi ahogarme?

—Identificación.

—¿Qué?

—No le veo la identificación.

«Mierda. La he dejado en casa. No pierdo la cabeza porque la llevo pegada al cuerpo».

—Se me ha olvidado.

—Pues me temo que no puedo dejarla pasar.

—Escuche, llego ya —miro mi reloj rojo de muñeca— tres minutos tarde y no puedo permitirme perder este trabajo. —Sigo con la cantinela, ahora en voz alta.

—Ese no es mi problema —contesta categórico.

¿Quéééé?

—Ni el mío que usted viva amargado. ¿Ha visitado el baño hoy?

No sabría explicar mi respuesta, lo que sí puedo describir la suya y básicamente se le salen los ojos de las órbitas; parecen dos globos a punto de estallar. Desde luego no se esperaba que la chica delgadita le contestara de esta manera.

«Vaya, no es una estatua. Hasta ahora su semblante se dibujaba más tieso que la rosquilla que encontré ayer debajo del sofá. Debía llevar ahí más de una semana», pienso, hasta que contesta y corta mis pensamientos, que anotaban retirar el sofá y limpiar con ahínco debajo en cuanto pudiera.

—Mire, señora, o se va de aquí o...

¿Me ha llamado señora? Por favor, que tengo veinticinco años.

—¿O qué? —¡Me ha llamado señora!

—O la saco a la fuerza.

Cruzo los brazos, clavo los pies al suelo y arrugo el entrecejo al que acompaño de una cara

desafiante.

Está a punto de cogerme en brazos y echarme de allí cuando uno de mis compañeros me reconoce y llega para salvarme del monstruo peludo y ojos de pez globo. Y no es que necesite que un hombre me salve; es que Robert es el que me contrató. Tiene muchos contactos y me encuentra muchos trabajos. Merece que se lo agradezca.

—¡Ava, Ava! —grita en mi dirección.

El osado y estreñado seguridad lo mira y se detiene.

—Robert, por favor, ¿puedes decirle que tengo permiso para entrar aquí?

—¿Y tu identificación?

Pongo los ojos en blanco.

«Otro».

—La olvidé.

Me agarra de la mano y tira de mí hacia el set. Yo miro hacia atrás con fingida sonrisa y le hago la señal del pajarito a mi no amigo. Por supuesto, Robert no se percató del asunto.

—Llegas tarde —me sermonea.

—Solo dos minutos y ha sido por culpa de ese hombre.

—Un hombre que solo hace su trabajo. Y han sido siete.

Caminamos hasta donde el catering sirve el desayuno, uno muy completo.

—¿Eres mi jefe?

—Ava, cuento contigo siempre, no puedes fallarme.

—Llevas razón... —reculo.

—Y el jefe ya te hubiera echado. Sírvete un café, yo vuelvo en unos minutos.

—Tanta prisa, tanta prisa... —me quejo en susurros cuando un chico guapísimo se sirve un té junto a mí.

Tengo un imán para los problemas, para tropezar delante de todos o sola, darme golpes por todo el cuerpo (soy torpe y lo acepté hace mucho) y para que los chicos guapos se acerquen a mí sin intenciones ocultas; quiero decir que tengo amigos muy guapos, sin embargo ninguna de mis parejas han sido de revista. Sophia y Mía argumentan que mi gusto se caracteriza por ser muy peculiar en todos los sentidos y... bueno, no sé si llevan razón, pero no se equivocaron con mi última pareja; me tenía absorbida.

—Buenos días —me saluda con educación.

—Buenos días.

—¿Un bagels?

—No me gustan, gracias.

Pone cara de asombro y yo encojo los hombros.

—Nunca había conocido a nadie que no le gustaran los bagels.

—Están demasiado dulces.

—Los hay salados.

—Están demasiado salados.

Sonríe y le da un sorbo a su té de color rojo.

—¿Eres la fotógrafa?

Dirige la mirada hasta mi bolsa que he dejado en el suelo junto a mí.

—¿Eres el modelo?

—¿Tanto se me nota?

—Nadie se levanta con esa ropa y ese peinado. —No va vestido con nada del otro mundo y el pelo, aunque demasiado brillante, es muy normal. Es obvio que no quiero decirle que es tan guapo que parece de mentira. Estoy a nada de pellizcarlo y comprobar si no es una aparición estelar—. Supongo que ya has pasado por chapa y pintura.

—¿Perdona? —Casi escupe el té que retira de su boca con rapidez.

—Que peluquería y vestuario ya ha realizado su trabajo.

—Llevo aquí desde las cinco de la mañana. —Me da la impresión de que se queja. Y con razón, son más de las nueve.

—Pues deberías tomarte un café.

—No me gusta el café.

—Nunca había conocido a nadie que no le gustara el café. —Lo parafraseo.

—Está demasiado ácido.

—Siempre puedes echarle azúcar. —Da otro sorbo y no contesta—. No me digas. No tomas azúcar.

Niega con la cabeza.

—No sé cómo puedes vivir sin azúcar.

—Soy propenso a engordar.

¿Engordar? Lo miro de arriba abajo y tengo que disimular lo que realmente quiero decirle, que es: ¡pero si estás más bueno que el pan!

—No siempre he sido así. —Me lee la mente y se explica.

No me lo imagino de otra manera.

Mi teléfono suena dentro del bolsillo de mi pantalón vaquero.

—¿Me disculpas un segundo? —Descuelgo. Es Robert y lo busco con la mirada sobre el césped—. ¿Qué ocurre?

—Te estoy esperando en vestuario. Una modelo tiene un problema.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Ahora lo entenderás.

—¿Dónde es?

—Tercera carpa dorada.

Cuelgo y le digo al chico al que no le gusta el café que tengo que irme. Lo encuentro mirándome con fijación.

—Nos vemos en un rato. Ya sabes. Yo te hago las fotos —trato de bromear.

—No me has dicho tu nombre.

—Soy Ava.

—Encantado, Ava. —Me ofrece la mano—. Soy Milan.

Se la agarro y me acerco unos centímetros. Huele a perfume caro; a cereza, creo.

—Hasta luego.

Cuando llego a vestuario me encuentro con una estampa nada agradable. Una modelo se queja de que se ha tropezado con un cable y casi se destroza la cara. Hay unas cinco personas pendientes de ella. La más preocupada, después de la interesada, supongo que es su representante.

—Casi ni se nota, Cloe —intenta restarle importancia.

—Ava, ya estás aquí. —Robert se acerca a mí—. Una de las modelos se ha caído al suelo y se le está hinchando la frente, seguro que tienes algo en tu bolso para ayudarla.

Abro mi bolsa y busco mi kit de emergencia. Como ya he dicho, los accidentes suelen estar presentes en mi día a día y voy preparada.

Tiritas.

Píldoras para el dolor.

Otras para la inflamación. Estas pueden ayudarla y se las doy.

—¿Qué es esto?

—Un perro, ¿tú qué crees?

Robert pone los ojos en blanco y sigue:

—¿No tienes una crema?

—Eso busco. Juraría que ayer estaba aquí. Tropecé en la puerta de casa y casi me asesina una maceta. —La veo—. Aquí está. Toma. Ponle una leve capa.

Me acerco a la accidentada y me doy cuenta de que parece que le esté saliendo de la frente una segunda nariz. Ella llora y llora y pide que se busque al culpable de su desgracia.

Su manager le pone la crema y me la devuelve, no sin darme las gracias.

—Espero que funcione —susurra para sí.

—Milagros no hace —respondo sin pensarlo.

—Cállate, loca. ¿Quieres que nos dejen a todos sin trabajo? —Robert me agarra del brazo y me retira del lugar.

—¿Os ayudo y así me tratas?

—Reza para que ese mejunje tuyo funcione. ¿Y qué hacías hablando con Milan? Es un tío muy reservado.

—Él hablaba conmigo.

—Prepárate. Empezamos la sesión en veinte minutos.

¿Conoces ese refrán que dice A rey muerto, rey puesto? Pues eso han hecho con Cloe. La inflamación de su rostro no bajaba y con extremada rapidez han buscado otro modelo para ocupar su lugar. Ella se ha marchado indignada y su representante asegurando que va a demandar hasta al último bicho viviente del corral, y la estoy parodiando. Espero que no se refiera a mí y a la loción mágica que mi abuela me prepara porque tiene una nieta torpe por naturaleza. No fue mi culpa nacer con dos pies izquierdos; o derechos. ¿Por qué el izquierdo tiene que ser el malo?

Una hora más tarde disfruto tirando fotos a Milan y a Sía, el rey puesto. Me ocurre algo curioso que me crea sentimientos encontrados. La conexión que hay entre los dos me hace el trabajo muy fácil y eso se agradece, sin embargo, y negaré reconocer esto, una balsa de celos o envidia navega en mi estómago; una balsita pequeña que me hace sentirme incómoda. Me centro en mi labor y trato de llevar mi profesionalidad a su punto más alto. Lo consigo, pero nada puede lograr que obvie la belleza simple y sencilla de Milan y sus bonitos ojos verdes.

Levanto la mano cuando creo que es suficiente y Robert grita al equipo.

—¡Vale, chicos! ¡Un descanso!

Viene hasta mí y me pregunta cómo ha ido.

Mi mirada, centrada en la pequeña pantalla de mi cámara de fotos, busca la suya y sonrío, satisfecha con el trabajo realizado.

—Vamos a ver eso con la marca. Tal vez tengan algo que objetar.

A la marca de perfume le encanta la mayoría de las fotos y me cita en sus oficinas al día siguiente para hablar de la proyección de las mismas y la posibilidad de colaborar en otros proyectos.

Me despido de ellos y de Robert y me dispongo a recoger mi equipo que dejé ordenado sobre una mesa muy larga cubierta por un entoldado blanco.

—¿Necesitas ayuda? —Olor a cereza llega a mí.

Me encuentro con Milan a menos de un metro.

—No, gracias.

—Parece complicado. —Señala todos los artilugios.

—No lo es. Estoy acostumbrada. —Sigo guardando cada aparato en su lugar.

—¿Quieres un café? Conozco una cafetería aquí al lado donde sirven el mejor.

—El mejor café lo sirven en Nolita.

—Me encantaría probarlo.

—Prefieres el té.

—Te fijas en todo.

—Soy muy observadora. —Cierro la última cremallera y me cuelgo la bolsa al hombro—. Tengo que irme. Encantada de conocerte. —Me dispongo a marcharme.

—Ava. —Su voz me detiene. Giro sobre mi cuerpo y lo miro—. Parece que eso pesa bastante. Tengo el coche a dos minutos caminando. Yo te ayudo y tú me invitas al mejor café de Manhattan.

Me lo pienso durante unos segundos, no demasiados. ¿Puede una decisión tomada en dos segundos ser trascendental en una vida? ¿Debería avisarnos el destino con una alarma de sonido insoportable y luces de neón cuando las decisiones que creemos banales van a convertirse en decisivas?

—De acuerdo.

Y con estas dos palabras firmé mi sentencia de muerte: entregué mi corazón a un chico del que no sabía, o creía no saber absolutamente nada.



## MILAN

Unos años antes...

Me gustaban tanto las piruletas que siempre tenía la lengua y la boca de color rojo, por eso mi familia me llamaba Redi desde muy pequeño. La primera persona que se dirigió a mí así fue mi madre. Me dijo Red Mouth (boca roja) y una cosa llevó a la otra hasta que todos creyeron que ese era mi nombre de pila. Nunca los saqué de su error y el mundo al completo (que yo lo imaginaba tan pequeño como yo) dio por hecho que mis padres eligieron ese diminutivo para un niño que nació prematuro el uno de febrero hacía casi diez años atrás.

—Redi, ¿sabes ya qué vas a querer para tu cumpleaños? —Mi padre me preguntó observándome por encima del libro que tenía entre las manos.

Me gustaban sus gafas de pasta negra. Tenerlas cerca era tenerlo a él porque nunca se las quitaba.

—No lo sé. —Encogí los hombros y seguí jugando con mi camión de bomberos. Quería ser bombero de Nueva York y salir en los periódicos como un héroe que salvaba muchas vidas.

—Puedes elegir lo que quieras. No se cumplen diez años todos los días.

—¿Puedo pensármelo? —En realidad lo tenía claro. Mi deseo era disfrutar sobre una bicicleta y pasearme por el barrio con mis amigos. Con todo, no olvidaba que mi hermana había tenido un accidente hacía varios meses y mis padres no nos dejaban ni acercarnos al trasto arrumbado en el que se había convertido.

—Tienes solo unos días. El viernes es la fiesta de tu cumpleaños. —Me levanté y acorté la distancia con el cajón donde guardábamos las galletas—. ¿Adónde vas, Redi? —No supe qué decir, qué excusa inventar, o qué alegar. Era un niño de nueve años al que le apetecía chocolate —. No puedes comer dulces, ya lo sabes. El endocrino es muy estricto con tu dieta.

—Pero papá... —Traté de quejarme, dar pena o convencerlo con mi tono de corderito a punto de ser degollado. Mi padre, no obstante, siguió exponiendo su preocupación por mi sobrepeso.

Soltó el libro sobre la mesita del café y se levantó del sofá para venir hacia mí y limpiarme la lágrima que caía solitaria por mi mejilla derecha.

—No puedes, cariño. Es por tu salud. Debes crecer con un peso normal, o repercutirá en tu vida cuando seas mayor.

Yo quería chocolate y nada que pudiera decir me persuadiría de mis ganas de azúcar.

Vale, aceptaba mi obesidad infantil y quería terminar con ella. Los médicos decían que debía perder peso si quería tener una juventud normal y no sé qué más sobre colesterol, diabetes e infartos prematuros (a mí me sonaba todo a chino). Además, los chicos me increpaban en el colegio. Esto era lo que más daño me hacía. Tenía a mis amigos, dos en concreto, y nos metíamos en demasiadas peleas para defendernos de los insultos y las vejaciones de unos cuantos, tampoco eran todos, pero hacían mucho ruido.

—Jolín... —Se me escapó y mi padre fue a levantarse para regañarme. Suerte que el timbre de la puerta sonó y cambió de dirección asegurando que hablaríamos después.

Fue la primera vez que escuché su voz. Me pareció como la música que mamá solía poner

en su vinilo los domingos por la mañana mientras paseaba por la casa y regaba las más de doscientas macetas que la adornaban. No exagero. Una vez las conté. Pues igual era esa voz, cálida y amable, envolvente y a la vez alegre.

Me dejé guiar por ella y, escondido como un conejillo, me agazapé tras la espalda de mi padre y asomé la cabeza; lo justo para poder verla y que ella no me viera.

—Buenas tardes, señor Jones. Su mujer me ha contratado para cortar el césped.

—Debes de ser Ava.

—Sí, señor.

—Encantado de conocerte, Ava. La máquina cortacésped está en aquella caseta. —Papá alargó el brazo y cogió la llave que colgaba de un clavo con forma de oso de la pared—. Aquí tienes las llaves, tiene un candado. Puedes entrar sin llamar antes de irte y dejarla aquí. —Le señaló el lugar—. Ten cuidado y no la pierdas.

—Claro que no, señor. Puede confiar en mí.

La dueña de esa voz tenía el pelo color chocolate con leche y los ojos muy claros, hubiera jurado que verdes aunque más adelante pude comprobar que sus tonalidades las dibujaba un gris muy claro y muy brillante.

Mi padre se apartó para cerrar la puerta y yo traté de salir corriendo hacia atrás con tan mala suerte de chocar con un jarrón de cristal que medía unos centímetros más que yo y hacerlo añicos. El estruendo que hizo nos asustó a los tres.

—Redi, ¿estás bien? —papá se acercó con celeridad muy asustado.

Ava me miraba con los ojos muy abiertos, aún desde la puerta. Juro que casi me pongo a llorar y no por miedo a cortarme con las aristas de los cristales en los que se convirtió el adorno gigante que mi madre había comprado en una tienda del barrio, sino porque había hecho el ridículo delante de la chica más guapa que había visto desde que tenía recuerdos. Ninguna otra, ni del barrio ni del colegio ni de las clases de mates, podía siquiera hacerle sombra.

—No esperaba este coche —afirmo al ver un utilitario normal de color gris.

—¿Qué esperabas?

—No sé... —Encojo los hombros y cierro los ojos para musitar un mierda porque creo con firmeza que he metido la pata.

—Creías que tendría un coche de alta gama solo porque soy modelo.

—Porque eres modelo no. Porque debes ser un modelo bastante conocido. Lo cierto es que me suena mucho tu cara.

Abre el maletero y guarda mi bolsa dentro.

—El coche es de un amigo. ¿Nos vamos? Se hace tarde para comer.

—Creí que tomaríamos un café —musito para mí, pero llega a sus oídos. No sé susurrar y nunca lo recuerdo.

—Yo tengo hambre. ¿Tú no?

—¿Entonces qué coche tienes? —insisto al acomodarme en el asiento del copiloto. Me pica la curiosidad. Hagan sus apuestas. Yo lo apuesto todo al negro a que tiene un Ferrari amarillo.

—No tengo. —Adiós paseo en un Ferrari—. Prefiero moverme en taxi. O en metro. Es más rápido y cómodo.

—¿Tú en metro? —Otra vez metiendo la pata.

«Por favor, Ava, mete la pata en una alcantarilla y deja de hacerlo con Milan».

—¿Crees que soy hijo de un rey?

—No sé nada de ti.

—Pues admite que estás prejuzgándome. —Lo dice con una sonrisa en los labios y otra en los ojos. Y menuda sonrisa y ojos. Como dos lunas brillantes que se reflejan sobre un mar transparente de fondo blanco e impoluto.

Lo pienso y reflexiono.

—Llevas razón. Lo siento. No suelo hacerlo —me lamento y me excuso.

Milan no hace alusión al hecho de que soy un poco lerda y debería pedirme que baje del coche sin ni siquiera un poco de educación y vuelve a sonreír dejándome ciega de nuevo.

¿Cómo se puede ser tan guapo y de verdad? Estoy a dos centímetros de volver a pellizcarlo en el brazo, y esta vez casi lo hago. Tengo que enviar señales de humo a mis anonadadas neuronas para que ordenen a mis dedos que se detengan justo antes de rozar su piel.

«Quietos, descerebrados».

Y me pregunto si será suave...

«Ava, ¿qué haces? Solo es un tío. Un tío extremadamente atractivo e irresistible, pero un tío al fin y al cabo».

¿De dónde sale esta atracción? Ahora mismo, del centro de mi estómago. O eso, o quiero vomitar el café de esta mañana.

—¿Te encuentras bien?

—¿Eh? —Y un aplauso para la Ava idiotizada por un modelo de revista cuando en realidad siempre se fija en tíos normales y corrientes, de los de andar por casa; y Milan solo anda por pasarelas bañadas en oro.

—¿Ocurre algo? ¿Quieres que pare?

—No, no. Estoy bien.

—Tienes que guiarme.

—Tercera calle a la derecha.

Así pasamos los siguientes diez minutos. Yo indicándole el trayecto y él conduciendo con una confianza y una seguridad digna de un piloto de Fórmula 1.

—Es aquí. —Señalo la cafetería. Una puerta de madera roja bajo un toldo rayado del mismo color pero desteñido por el sol y el tiempo. Caigo en la cuenta, cuando lo veo, que tal vez se niegue a entrar en este lugar.

«Ava, vuelves a prejuizar».

Bajamos del coche casi al unísono y se detiene a mi lado con la mirada puesta en el escaparate de Nolita South Café.

—Huele bien —sentencia. Y su cuerpo tira del mío hasta dentro. Como si él fuera el aroma a café y yo una yonki que no puede vivir sin él. Sin el café, me refiero.

Andrea, el camarero que suele pasar días enteros aquí dentro (creo que duerme en un camastro en el almacén) se acerca a nosotros, sentados uno frente al otro muy cerca de una de las ventanas que da a un patio interior repleto de vegetación.

—Hola, Ava, ¿lo de siempre?

—Sí, por favor. Y un sándwich vegetal. Sin mostaza.

—¿Y para usted?

Ni siquiera sé lo que pide porque un pitido insistente y fuerte suena dentro de mi bolso y me paraliza. No le tengo miedo a las llamadas y a los mensajes, pero es el sonido que le asigné hace unos meses a mi padre y nunca llama si no es fin de semana. Cree que me molesta o interrumpe en mi trabajo. En resumen, suele llamar los domingos y hoy es... miércoles.

—Perdona, tengo que contestar.

—Por supuesto. —Arruga el ceño como si le importara mi rostro asustado.

Me levanto y me retiro un par de metros.

—¿Papá? —hablo preocupada con la mano tapando parte de mi boca y el móvil.

—Hola, Ava. ¿Va todo bien?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? ¿Ha ocurrido algo?

—Solo quería escucharte.

—Papá... —Me parece raro que me llame solo para eso.

—¿Vienes a comer este fin de semana para el cumpleaños del abuelo?

—Ya sabes que sí.

—Tengo ganas de verte. Nos vemos el domingo.

—Papá, ¿está todo bien?

La línea se queda enmudecida durante unas milésimas de segundo. No demasiado, pero lo suficiente para que a mí me salte una pequeña alarma en el cerebro.

—Sí, claro, pequeña. No te molesto más. Estarás trabajando.

—Voy a comer.

—Come tranquila, cariño. Te quiero.

—Te quiero, papá. —Cuelga en cuanto termino de decir esto último y me llevo el teléfono al pecho mientras un enjambre de abejas revolotea en mi oído.

Tomo asiento frente a Milan con la nariz arrugada y reflexiva.

—¿Todo bien?

—Creo que sí.

Nos ponen el café por delante y el olor me hipnotiza, aunque no me borra de la mente la conversación corta y rara con mi padre.

—Ava. —Milan intenta llamar mi atención, puesta durante el último minuto sobre el café —. ¿Quieres que nos vayamos? ¿Te llevo a algún sitio?

Reacciono.

—No, lo siento. Es solo... —No sabría decir por qué se lo cuento; es un desconocido, al fin y al cabo—. Mi padre me acaba de llamar y...

—¿Malas noticias? —Termina por mí cuando me quedo callada.

—No, no. Es raro que me llame en miércoles y solo para recordarme el cumpleaños de mi abuelo este fin de semana. Cree que me molesta.

—Solo querría que no lo olvidaras. ¿Cuántos años cumple?

—¿Quién?

—Tu abuelo. —Sonríe.

—Ah, sí. No creo que quieras saberlo. —Sonrío yo también.

—Sí que quiero y ahora más. ¿Qué historia puede haber detrás de esa respuesta?

Le doy un sorbo a mi café y dejo la taza junto al sándwich que acaban de traer. Milan se ha pedido una ensalada y una hamburguesa sin patatas fritas, que es lo mismo que comer macarrones sin queso: un delito al buen gusto culinario.

—Vas a creer que estamos locos. —Me insta a que hable con un gesto de mano. Hincho los pulmones y comienzo a relatar la historia. Hago un resumen—. En realidad no es un cumpleaños al uso. Bueno, sí, pero el cumpleaños no está, se fue hace varios años. —Me froto la frente. Este chico va a salir corriendo de aquí—. Seguimos celebrando el cumpleaños de mi abuelo fallecido.

—¿Tu abuelo ha muerto? —Deja la taza sobre la mesa y me observa. Parece sorprendido.

—Sí, hace unos años.

—Oh, lo siento. —Me agarra la mano derecha y ahora soy yo la que se sorprende por su... ¿osadía?

—Eh... —Me aparto y me resbalo por mi silla—. Me costó superarlo, pero ocurrió hace unos años y... Estoy bien —zanjo.

Me da la impresión de que realmente le importa y le gustaría seguir preguntando, pero opta por cambiar de tema.

—¿Desde cuándo llevas trabajando en publicidad?

—Hago trabajos esporádicos. Estoy centrada en terminar en la universidad.

—¿En la de Nueva York?

—Hago un máster de Comunicación Audiovisual. Solo me quedan unos meses.

—Tiene que ser muy interesante... —Se queda observando los platos sobre los que están las tazas.

—Bueno... —Me echo hacia delante unos centímetros—. ¿Te gusta? —La forma de los platos es un corazón. Es la marca personal del bar. Platos en forma de corazón de mil formas y colores.

—Es curioso. —Observa las mesas de alrededor y se percata de que todos son iguales.

—Puedes llevártelo si quieres. —Arruga el ceño—. ¿Ves aquel bote de allí? —Señalo una botella grande de cuello ancho, transparente y con un tapón verde junto a tres macetas en una mesa amarilla de madera. Las monedas y los billetes adornan su interior—. Te llevas el platito y dejas un donativo para que puedan comprar otro. Es muy sencillo.

—¿Y esa pared de ahí? —Mira hacia el fondo.

La pared, cubierta de un papel de colores y corazones, la pintan cientos de mensajes de los

clientes.

—Puedes escribir lo que quieras en los huecos libres. Hay parejas que se desean amor eterno dentro de los corazones o amigos que se enorgullecen de su amistad.

Me mira y sonrío.

—Este bar es especial.

—Ya te lo dije.

Conversamos sobre temas banales durante más de dos horas. Reímos y el tiempo se nos pasa volando hasta que nos damos cuenta de que nos quedamos solos en el local y esperan que nos vayamos para echar el cierre.

—Creo que deberíamos irnos —indica Milan, como si fuera un secreto.

—Deberíamos, sí. Andrea quiere irse a su casa. —Señalo la cara con la que nos mira el camarero.

—Yo optaré por la opción b.

—¿Qué es?

—Asesinarnos con el tenedor que hay a su derecha.

Busco con la mirada el arma del más que posible crimen y río.

—No deberías haber pagado sin consultarme —objeto al salir del local.

—La próxima vez invitas tú.

—Das por hecho que habrá una próxima vez.

Mira su reloj y levanta una ceja.

—Me encantaría que esto no terminase aquí, Ava. Pero tengo que irme.

—Está bien. Yo también. —No miento. Debo coger el metro hasta Harlem para hacer unas fotos en un campeonato de ajedrez.

—¿Me das tu teléfono? —Lo pregunta ya con el suyo en la mano.

—Tu seguridad es apabullante. —Me río.

—Venga, dámelo. —Él me imita en el gesto—. Solo quiero que me pagues una comida. Después de eso, estaremos en paz.

—Cinco, cinco, cinco... —Lo marca y me hace una llamada. Mi móvil suena en mi bolso.

—Ese es el mío. Espero que lo guardes y que no pases de mí cuando te mendigue una cita.

¿Realmente habla en serio?

—Lo decidiré cuando lo hagas.

Nos despedimos junto a su coche. Tras darme mi bolsa y negarme a que me lleve a Harlem. No le pilla de camino, a Harlem vas por algo en concreto o para salir del estado por el norte. No va a hacerse más de una hora de atascos por mí cuando él también tiene mucha prisa.

Nos vemos, Milan...

Y mi mente repasa cada minuto con él mientras mi iPod reproduce Hysteria de Def Leppard, una canción bastante antigua que a mi parecer nunca pasará de moda.

Fuera de contacto, fuera de alcance, sí.

Podrías intentar acercarte a mí.

Estoy enamorado, estoy en lo profundo, sí.

Hipnotizado, estoy temblando de rodillas.

Tengo que saber esta noche.  
Si estas solo esta noche.  
No puedo detener este sentimiento.  
No puedo detener este fuego.

Oh, me pongo histérico, histeria.  
Oh, ¿puedes sentirlo?  
¿Tú lo crees?  
Es una misteriosa magia.  
Cuando tienes ese sentimiento.  
Mejor empieza a creer.  
Porque es un milagro, di que lo harás.  
Oh, bebé.  
Histeria cuando estas cerca.

Me pinto los labios delante del espejo del baño en el espacio de tiempo que mis compañeras y amigas terminan de arreglarse en sus dormitorios. Color rojo intenso a juego con mis zapatos. Apago la luz y salgo hasta el salón donde el televisor sigue encendido. La música de un anuncio llama mi atención y comienzo a cantar, pero es la persona que sale en él quién me detiene en seco frente a la pantalla de cincuenta y cinco pulgadas. Milan besa a una modelo sobre la proa de un barco en un atardecer de película.

—Está bueno —apunta Sophia a mi lado.

—Resulta que lo conozco.

—¿Lo conoces? —me mira con los ojos ahuevados.

—Trabajé con él hace un par de días. Me invitó a un café.

Sus ojos ahora son lunas gigantes.

—¿Y no nos lo has contado?

—No hay nada que contar. —Giro sobre mi cuerpo y busco mi móvil que dejé cargando en algún punto del sofá verde manzana.

—¡Una cita con un pedazo de tío famoso!

—No fue una cita. —El dichoso teléfono parece haberse volatilizado.

—¿Quién se ha muerto? —Mia nos acompaña en la sala ataviada con un vestido rosa muy corto y una chaqueta dorada de pedrería. Un *outfit* muy atrevido que a ella le queda genial.

—La confianza mutua de nuestra amiga para con nosotros. —Me señala. Yo sigo buscando mi móvil. «Aquí está». Lo cojo y lo guardo en mi bolsito plateado—. Ha tenido una cita con este tío. —Coge el mando a distancia y congela la imagen televisiva—. Este tío —incide. Y vaya casualidad que ahora sale en ropa interior y sus perfectos y definidos abdominales adornan la pantalla al completo. Vale, los abdominales y el bulto entre sus piernas sobre unos slip blancos—. Con este morenazo.

—No es su tipo —contesta Mia sin darle importancia.

—¡Es el tipo de cualquiera!

—El suyo no.

—¿Qué quieres decir con eso? —Parece molesta.

—Que no hay peligro de enamoramiento. El corazón de Ava está a salvo.

—¿Con ese monumento? Yo no estaría tan segura.

—So, tranquila. No van a volver a romperle el corazón. O lo harán, pero este espécimen no va a ser.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera? —Pongo los brazos en jarra.

—¿Nos vamos? La reserva es dentro de veinte minutos. —Mia mira su reloj de muñeca.

Un Cartier de oro, por cierto.

—¿Podéis hacer que me escucháis cuando hablo?

—Espera, las llaves.

Vuelvo los ojos y suspiro.

Sophia viene y me da un abrazo que no devuelvo.

—Te queremos, Ava, pero no sabes elegir pareja.

—¿Y por eso tenéis que ignorarme?

—¿Te gusta ese chico? El modelo, digo.

—No.

—Pues ya está. Me lo presentas a mí y asunto arreglado.

—El taxi nos está esperando abajo —informa Mía ya en la puerta.

—Podíamos coger el metro. Voy justa de dinero —suelto en una queja.

—Yo lo pago —anota con normalidad.

—No puedes estar pagándolo todo cuando te venga en ganas. No nos sentimos bien — respondo.

—Habla por ti. —Sophia cruza el vano y sale al descansillo—. A mí puedes pagarme lo que quieras, princesa del brillo —le indica.

Voy a rebobinar unos minutos porque he de explicar, me siento obligada más bien, quién me rompió el corazón hace solo un par de meses y por qué están tan preocupadas. Se llamaba (o se llama Brandon, hasta donde sé no se ha muerto) y manteníamos una relación tóxica de la que me costó casi un año salir. Las chicas no podían verlo ni en pintura. Y lo digo literal. Me regaló una foto de su cara pintada por un artista callejero y tuve la magnífica idea de colgarla de una de las paredes de mi habitación. Bueno, la colgó él, pero yo le di el beneplácito. Porque así era con él; le dejaba tomar demasiadas decisiones y casi desaparezo del mapa. Por suerte, se acabó; voy a contar, sin embargo, un secreto y espero que no salga de aquí: sigue enviándome mensajes asegurando que me echa de menos, que lo nuestro no ha terminado y que sabe que lo quiero. Mía y So se enteran de esto y me matan. Y yo te mato a ti por contarlo, ojo, así que boca cerrada. La pintura terminó donde tenía que terminar, o donde se le ocurrió a Mía ponerla: bajo la taza del váter. Así, ahora, cada vez que evacuamos, le cagamos en la cara. Eso fue lo que dijo la bróker. He intentado quitarla, pero debió pegarla con algún líquido viscoso ligado con cuerno de unicornio porque es imposible eliminarla.

—Ahí está Madonna. —Mía señala la mesa, ya ocupada por nuestra cuarta amiga. No se llama Madonna sino Emma, pero se le parece mucho y la bautizamos así. A ella no le importa, es más, se siente orgullosa de que la paren por la calle para preguntarle si es su hija. En alguna ocasión ha dicho que sí y hemos conseguido muchas copas gratis.

Emma vive en un apartamento en Chelsea y, cuando digo apartamento, digo veintitrés metros cuadrados, muy bien aprovechados, eso sí. Muchas veces le hemos propuesto buscar un piso más grande y que se mude con nosotras, mas ella se ha negado alegando que su libertad, soledad e independencia no tienen precio y, oye, yo se lo agradezco, porque no estoy segura de que pudiera pagar algo más caro aunque seamos más para repartir gastos. Y no, no voy a permitir que la princesa Mía me pague el alquiler ni absolutamente nada. Una cena o similar de vez en cuando, pero yo también lo hago, con la única diferencia de que yo me ofrezco a invitar cuando pedimos pizza y ella en los restaurantes más exquisitos de Manhattan (que visito cuando me obliga: en su cumpleaños y fechas señaladas).

Saludamos a Madonna (igual de rubia y guapa) y brindamos con la botella de vino tinto que ya ha pedido.

—¿Qué tal en el norte? —le pregunta Mía.

—Mucho frío. —Nos reímos.

No es que haya estado de vacaciones en Canadá, se refiere a que vive más al norte en Nueva York que nosotras.

—He encontrado un piso cerca del mío. Un poco más grande —nos informa tras dar un sorbo a su copa.

—¿Te mudas? —No nos lo ha dicho hasta ahora.

—Bueno... —Ese bueno es, cuando menos, inquietante.  
—Pero si te encanta tu piso... —Sophia se deja caer en su silla.  
—Has encontrado otro que te guste más. Otro tío, me refiero —Mia da en el clavo.  
—Se llama Lorenzo.  
—El del rabo estrecho, Madonna. ¿Cuándo lo has conocido? —responde irritada.  
Me río detrás de mi servilleta, que de casualidad he llevado a mi boca porque una gota de vino ha resbalado por mis labios y espero respuesta de Emma.  
—Hace dos semanas.  
—Y ya te quieres mudar con él. —Es ahora Sophia la que interviene.  
—Me lo ha ofrecido.  
—Y a mí me ofrecen cocaína todos los fines de semana, ¿pero tú ves que me meta? Ahora sí, suelto una carcajada.  
—¿Te hace gracia? —Emma me da un manotazo en el hombro.  
—Lo que dice sí. Pero que te quieras mudar con un tío que acabas de conocer, no. Lo siento, en esto no puedo darte la razón. ¿A qué se dedica? ¿De quién se rodea? ¿Es un asesino? —sigo.  
—Ha tenido oportunidad de matarme y no lo ha hecho.  
—Eso no significa que no quiera hacerlo. Claro que antes quiere echarte unos buenos polvos, ya debe saber lo bien que se te da chuparla —apunta Mia.  
Nos reímos.  
Un humor raro, lo sé.  
—A mí no me hace gracia. —Cierto que Emma ni sonrío siquiera, al contrario, hace un puchero que nos hace reírnos aún más—. Pues folla muy bien.  
—Dicen que los asesinos en serie son buenos empotradores —afirma Sophia con rotundidad.  
—Y eso lo has leído en Vogue. —Mia se limpia una lágrima de la mejilla.  
—Lo vi en la Fox.  
—En un capítulo de los Simpson —contesto con ironía.  
—Oye, pues su creador siempre ha sido un visionario —testifica.  
—Espero que no se lleve el pelo azul —sigue Mia.  
—A mí me gusta —anoto.  
Realizamos un listado de las visiones de Matt Groening en una de las series más vistas de la historia de la televisión.

1. Donald Trump, presidente de Estados Unidos.
2. La realidad virtual.
3. El autocorrector del móvil.
4. Errores en las máquinas de voto en las elecciones.
5. La videollamada.

Y así hasta un sinfín de aciertos que enumeramos terminando la botella de vino.

—¿Te has hecho pasar por la hija de la reina del pop? Nos han dado la mejor mesa —pregunta la bróker.  
—Lo cierto es que no, pero han podido confundirme. Esta botella —la señala ya vacía— ha sido cortesía de la casa.  
—Pues pide otra, Lourdes; celebremos el éxito mundial de tu santa madre.



Ya podía mi rostro parecerse al de alguien extremadamente famoso, o mejor, ser familiar directo de... yo qué sé... Una estrella del rock; o muchísimo mejor, estar casada con Pablo Aragón, el cantante del grupo de música The Fox's Lair. Qué suerte tiene su esposa. Se llama Nerea y es española. Los vi hace unos días ojeando una revista y tienen una familia preciosa; y él es espectacular físicamente hablando, no lo conozco como persona, pero seguro que merecería la pena hacerlo. Y navegando entre mis pensamientos obscenos sobre cómo sería que el conocido cantante me empotrara contra alguna superficie cercana me hallo cuando Mia tropieza con la puerta al salir del local y yo la sigo como buena amiga solidaria con su desgracia.

Me sorprende la limpieza impoluta del cristal.

—Leñe, una pegatina, por pequeña que sea, avisando de que está ahí, no estaría de más.  
—Mia se toca la frente y yo me quejo del rodillazo que le he dado.

—De milagro no nos hemos matado —considero muy en serio. Se rompe y nos abre la cabeza.

—Dejad de quejaros que la cena nos ha salido gratis. Hubiese valido la pena de todas formas —sopesa, o algo similar, Sophia—. ¡Tres hurras para la hija de la reina entre las reinas!

—¡Hip hip, hurra! ¡Hip hip, hurra! ¡Hip hip, hurra! —nos regocijamos al unísono.

Aplaudimos y nos partimos de la risa recordando lo que nos ocurre de vez en cuando.

—Lo barato que os sale salir conmigo —alega Emma.

—Cuando te han pedido una foto, casi me meo encima. —Mia se enciende un cigarro que saca de una pitillera de acero dorada.

—Verás cuando se den cuenta de que la hija de Madonna es morena —me regodeo.

—Se ha podido cambiar el color de pelo —justifica Sophia.

Soltamos las últimas carcajadas antes de subir a otro taxi y dirigirnos a uno de los garitos de moda de esta ciudad: The Sun.

Situado en la azotea de un edificio que construyeron hace solo unos pocos años en Bowery, rodeado de una encantadora área de parques, cafés y pequeñas boutiques de diseñadores independientes que nos encanta visitar, se pueden encontrar gangas increíbles y exclusivas.

Subir a The Sun ya cuesta treinta dólares, sin embargo, ni Sophia ni yo nos quejamos porque merece la pena, y mucho: el ambiente, la decoración del lugar, las vistas, la música, los camareros... Y con esto último me refiero a dos en concreto con los que So y yo nos enrollamos hace un par de semanas y con los que hablamos de vez en cuando.

Nos asignan una mesa alta en el centro de la terraza, junto a varios árboles de frondosas hojas verdes adornados con cientos de lucecitas blancas. Pedimos cuatro Dry Martini y nos lo sirven con una especie de patata vegetal. He de decir que Nolita se caracteriza por ser el epicentro de los mejores restaurantes vegetarianos y orgánicos de los alrededores y esta sala de moda no iba a ser menos. Aquí llevan por bandera el lema: «No le quita nada a un humano ser amable con un animal». Creo que lo dijo algún famoso dado a la dieta vegana y en The Sun se han adueñado de la frase hasta el punto de grabarla en acero y colgarla de la única pared de ladrillo rojo que se levanta al fondo.

—Lo dijo Joaquin Phoenix. —Mia hace referencia a la misma.

—Me gusta ese hombre —enuncio.

—Porque es feo —contesta la bróker antes de darle un mordisco a una patata vegana.

—¡No es feo! —objeto.

—Es feo, Ava. Es de los de tu tipo.

—¿Vosotras creéis que es feo? —Hago un sondeo entre las presentes.

—A mí me parece atractivo —responde Emma.

—Es un guapo feo. Como... —So se lleva un dedo al mentón—. Ezra Miller, Miles Teller o... Adam Driver.

—Ezra es muy guapo —indica Mia.

—Yo prefiero a Adam —señalo yo.

—Vale, yo me quedo con Miles, aunque... ¿puedo elegir a ese morenazo? —So mira al frente, justo detrás de mí, y sonrío.

Todas echamos un vistazo en esa dirección, incluso yo, que casi me atraganto con la dichosa patata hecha con a saber qué hierba. (Quiero hacer un inciso aquí y aclarar que me gusta la comida orgánica y vegana porque en realidad me gusta comer de todo. También como carne y derivado de animales, aunque intento evitar la carne roja. Y dicho esto, sigamos con los sucesos acontecidos en The Sun y la aparición estelar de Milan, el modelo guapo que no me gusta porque no es feo. ¿Tiene sentido? Mucho menos va a tener todo lo que va a ocurrir después).

Y a continuación de la diatriba mantenida durante unos minutos sobre hombres poco agraciados que en realidad son guapos porque todos somos especiales y brillamos de modo propio, las cuatro, sin discusión ni diferencias, coincidimos que Milan Miller es digno merecedor de acaparar todas las miradas del lugar, incluidas las nuestras.

Milan va flanqueado por dos mujeres altísimas, guapísimas y delgadísimas (y todos los *ísimas* positivos que te puedas imaginar), una a cada lado. Las dos pelirrojas y de gran parecido.

—Son las hermanas Moore. Hijas de David Moore. —Emma habla de uno de los CEO más importantes de Nueva York. Dueño de la mitad de Manhattan y con negocios alrededor del mundo. Mia ha hecho referencia a él y Sophia lo ha conocido en persona en alguna reunión con su jefe; por eso me suena. No es que yo ande versada sobre la alta sociedad neoyorkina, gremio al que pertenece la familia de Mia y de la que ella rehúye como si de la peste se tratara.

—Pues las hermanas Moore se van a tirar al tal Miller en pocas horas —cuchichea Mia.

Sophia no puede evitar mirarme tras el comentario de la princesa del brillo y yo encojo casi imperceptiblemente los hombros como respuesta. De verdad que me importa menos que nada con quién se acueste Milan, esta noche o cualquier otra, así como por la mañana.

Cri, cri, cri.

—Que disfruten los tres —zanja Emma.

—Seguro que lo hacen —murmuro, y juro que trato de hacerlo para mí, sin embargo, todas me escuchan y se percatan de mi tonito angustiado.

Vaya por Dios.

Las miradas de tres pares de ojos se centran en mí mientras yo agarro mi bolso plateado como si fuera el único salvavidas en medio de un océano embravecido.

—¿Celos?

—¿Envidia?

—¿Enfadada?

Qué más da qué pregunta realiza cada una si todas se refieren a lo mal que me ha sentado ver a Milan con dos mujeres y lo poco que he disimulado.

—No, no y no.

—Sí.

—Sí.

—Y sí —siguen en el mismo orden.

—Te gusta. ¿Por qué no vas y hablas con él? —propone Sophia.

—No me ha saludado.

—Porque no te ha visto, Ava.

—Tampoco me ha llamado. —Se me escapa lo que va a ser un bombazo que me va a explotar en la cara.

—¿¡Le diste tu teléfono!? —So alza demasiado la voz.

—... Sí... —acepto y espero las preguntas oportunas.

—¿Cuándo?

—¿Dónde?

—¿Cómo?

—¿Por qué?

—Me siento abrumada. —Finjo que me tapo los oídos y agacho la cabeza. Respiro y me recupero—. Me lo pidió y se lo di, no es para tanto. No me ha llamado. Fin.

—¿Cuándo fue eso? —Emma acaba de enterarse de la no historia entre Milan y la que suscribe; o de la historia de dos segundos y medio entre un sándwich, una hamburguesa, café y té.

—El miércoles... —respondo entre dudas. ¿Por qué no me ha llamado y por qué no lo he pensado hasta ahora?

Vale, lo he pensado un par de veces durante estos dos días, pero he conseguido borrarlo de mi mente y que me importara lo mínimo, que tal vez ha sido demasiado.

—Te va a llamar el domingo, es la regla de los cuatro días —sigue la chica de Chelsea.

—Una regla muy lógica —casi me lamento.

—Un día: desesperado. Dos días: demasiado disponible. El tercero es para dejar claro que no le gustas lo suficiente como para estar deseando verte y para que reacciones a su falta de atención. El cuarto, para dar señales de vida y aparentar que se le había olvidado cuando en realidad estaba deseando hablar contigo.

—Otra que lee el Vogue. —Mia termina con su copa y pide otra ronda de Dry Martini.

—¿Qué más da? Ve a saludarlo y ya está.

—He dicho que no. No seáis pesadas. —Suspiro—. Voy al baño. —Me levanto y me alejo de ellas. En realidad solo necesito un poco de aire, por ello, me acerco al filo del edificio y coloco mis manos sobre el muro de piedra; está frío y rasposo.

Hincho los pulmones y cierro los ojos para abrirlos unos segundos después e inundarlos con la luz nocturna de una ciudad que nunca duerme.

—Me gusta ver la ciudad desde las alturas —dice una voz ronca y conocida a mi derecha.

Huele a cereza...

Lo miro y sonrío.

—Hola, Ava.

—Milan... —Me como mi propia lengua.

«Hola, Ava cenutria».

En serio. Jamás me había pasado. Lo juro por mi equipo fotográfico (que aún estoy pagando), o por mi sobrina de mentira, que la quiero más que a mi vida, o por mi abuelo, que en la gloria esté pero no lo olvido. Nunca me había quedado muda por un hombre, ni por su belleza interior ni exterior. Ni con mi ex me ocurrió. Con Brandon me callaba por otros motivos, por no discutir o porque no se enfadara y estuviera una semana sin hablarme, pero no porque el corazón me diera un vuelco con solo mirarlo. No creo en Cupido, el amor a primera vista es un engaño de los cuentos de otra época que han llegado hasta la nuestra y en lo único que confío es en conocer a la persona y congeniar con ella (o en obsesionarte, como me ocurrió la última vez; pero eso no era amor y no cuenta).

Me giro unos grados, hincho el pecho y me convierto en la mujer que soy ahora tras salir de una relación tóxica que me enseñó a quererme mucho más que antes.

—¡Qué casualidad verte aquí!

—Una casualidad muy bonita... —responde sin dobleces—. Tenía ganas de verte.

Me guardo en mi pequeño bolso las ganas de contestarle que si no me ha llamado es porque no ha querido y lo cierro a conciencia para no volver a meter la pata con él; bastante la metí el miércoles en el café.

—¿Qué tal estás?

—Cansado, he trabajado todo el día.

—Pues disfruta. Mereces relajarte ahora. —Me dispongo a marcharme y doy un par de pasos hacia delante; y digo esto como una metáfora de: tropiezo con mi propio pie y caigo de bruces contra el pecho y la blusa blanca de Milan.

—Ava... —Me coge de los brazos y me sostiene.

¿He dicho que huele a cereza? Claro que sí.

¿He dicho cuánto me gusta su olor? Pues dicho queda.

—Oh, lo siento. —Trato de incorporarme con la mala suerte de que el bolsito se me cae al suelo y se abre por completo, esparciéndose por el piso su contenido, incluida mis ganas de reprocharle la llamada que no ha realizado a mi número de móvil.

Me agacho para guardarlo todo y él lo hace conmigo. Lo primero que meto son mis ganas, las ya mencionadas y las que aparecen de nuevas cuando siento su rostro a pocos centímetros del mío y una pretensión irrefrenable de besar sus labios impacta contra mi pecho dejándome casi sin respiración.

Yo miro cómo recoge mi labial rojo y mi teléfono móvil mientras me centro en hacer que desaparezca esa emoción que me mantiene paralizada como una estatua.

Menos mal que no llevo tampones, pienso. Que, oye, si los llevara, tampoco pasaría nada.

—Creo que ya está todo —informa, dejando su mirada sobre la mía y convirtiendo el metro cuadrado que ocupamos en una pequeña burbuja aislada del resto. Sus ojos verdes brillan más que las pequeñas luces que adornan el lugar y sus pupilas viajan hasta mis labios.

¿Qué es eso?

¿Piensa lo mismo que yo?

¿Sus ganas imitan las mías sin saberlo?

Tres centímetros nos separan ahora.

¿Va a ocurrir?

¿Vamos a besarnos?

¿Qué estoy haciendo?

Dos...

¿Quién es Milan y por qué estoy a punto de probar sus labios?

¿Por qué está a punto de besarme él?

Uno...

Mi pie derecho, subido a unos zapatos de tacón de diez centímetros de altura, se resbala por la humedad posada sobre el empedrado y mi frente choca contra la suya.

—¡Ay! —me quejo. Me la toco, me tambaleo y mi culo se pega al suelo dejándome las piernas esparramadas por el suelo de una forma muy poco glamurosa.

La cara de Milan la podría enmarcar y pasar por una obra de Pollock: que la entienda quien sepa y quien pueda, indescifrable (con todos mis respetos al artista).

—Ava, ¿estás bien? —Se arrodilla frente a mí y me agarra de la mano—. ¿Puedes levantarte?

Miro en derredor para comprobar cuánto estoy haciendo el ridículo y compruebo que las chicas me observan muertas de la risa y (valientes hijas de puta) sin venir a ayudarme.

Les lanzo una mirada asesina que no les sirve para detener la guasa y la fiesta que se dan a mi costa y solicito al destino, los dioses del Olimpo, las sombras de la noche o al mismísimo presidente de los Estados Unidos (que ya no es Trump) que la tierra me trague o que el edificio al completo se desplome y entierre entre escombros a mis simpáticas amigas (nótese la ironía).

Me aferro a las manos de Milan y me pongo en pie para comprobar que todo sigue en su sitio menos mi dignidad.

—Lo siento. —Pido disculpas por el numerito circense que he montado en un momentito.

«Te has lucido, Ava».

—La culpa es mía. ¿Te has hecho daño? —Lleva dos dedos hasta mi frente y mi cuerpo reacciona al contacto con su piel.

Vellos de punta.

Electricidad en todo el cuerpo.

—No, no. —Me aparto un palmo y me excuso—. Tengo que irme. Mis amigas... —No doy más explicaciones y salgo corriendo cual gacela delante de un león hambriento.

## MILAN

Unos años atrás...

Mi madre se preocupaba demasiado por mi bienestar en la escuela, sobre todo porque sabía que a veces me trataban mal. No deseo hacer hincapié en este hecho, pero no tengo más remedio porque marcó mi infancia y el resto de mi vida. Aprendí demasiado joven que le damos, todos, demasiada importancia al físico y que las puertas del cielo son más grandes para aquel que luce una excelente presencia corporal. No era mi caso. Hasta los dieciséis tuve problemas de obesidad que no desaparecían por mucho que lo intentáramos. Mis padres me llevaron a decenas de médicos, especialistas de varios estados, análisis clínicos, endocrinos, psicólogos, nutricionistas que me ponían dietas que no funcionaban. Recién cumplidos los diecisiete mi metabolismo cambió y mi cuerpo se fue formando hasta convertirme en un joven apuesto del que se fijaron varias agencias de modelo de la ciudad.

—Estas cosas ocurren... —dijo uno de los últimos médicos que visitamos—. Así es el cuerpo humano.

Pero aún tenía doce años y para aquello quedaba mucho tiempo y los chicos se pasaban de la raya conmigo y con mis amigos.

Me levanté de buena mañana porque el calendario indicaba un viernes que prometía, con una temperatura muy agradable que nos permitiría gozar en la piscina de Tomy en cuanto saliéramos de la escuela.

—Redy, aquí tienes el bocadillo. Compra un zumo en la cafetería. —Mi madre, la mujer más hermosa que conozco, me despedía cada amanecer con una sonrisa en el rostro y un beso en la frente, y esto no cambió nunca.

Lo guardé en mi mochila y salí dando saltos hasta subir en mi bicicleta y encontrarme con mi amigo y vecino Harry frente a mi porche. Juntos recogimos a Tomy unas casas más abajo y pusimos rumbo hasta la escuela del barrio.

El sol brillaba en lo alto y reíamos porque a Harry le salían dos velas de mocos por la nariz, velas que se negaba a hacer desaparecer por no llegar el último en la carrera de fondo que manteníamos cada mañana.

Aparcamos las bicis en la zona adecuada para ellas y nos encaminamos a clase. Llegar a secundaria no había sido un camino de rosas y este curso, a punto de terminar, tampoco nos lo estaba poniendo fácil. Evitábamos los problemas tanto como podíamos. Casi todas las semanas, sin embargo, nos encontrábamos con algún listillo que intentaba divertirse a nuestra costa.

—¡Eh, gofre! ¿Qué traes hoy para comer? —Jony, un estudiante de penúltimo curso, nos acosaba desde unos metros de distancia y rodeado de sus amigos.

Seguimos nuestro camino hasta que dos de ellos se interpusieron en nuestra trayectoria y nos obligaron a detener el paso.

—Gofre, te estoy hablando a ti. —Clavó su dedo en mi pecho y trató de quitarme la mochila de los hombros.

Yo di un paso hacia atrás y me zarandé para que me soltara.

—¿Qué haces, idiota? ¿Quieres que te partamos la cara? —amenazó otro, el Rubio, así le

llamaban todos por el color dorado casi blanco de su pelo.

—Dejadnos en paz —Tomy, el más valiente de los tres, no se dejó amedrentar.

Yo era como él y en muchas ocasiones me habían partido la cara. La última vez, razón por la que preferí callarme y seguir mi rumbo, me rompieron la muñeca tras caer sobre ella cuando Jony me empujó.

—¿Te pones chulo con nosotros, Tomy? ¿Tu madre sabe que lloras cuando te quitamos el bocadillo? —Habló esta vez Alvin, el tercero en discordia.

—Eres imbécil —lo insultó, y el rostro de los tres cambió, desapareciendo las sonrisas cónicas de sus caras.

Dieron un paso hacia delante y Jony cogió a Tomy por la camiseta levantándolo medio palmo del suelo. Mi reacción fue ir a ayudar a mi amigo, pero el cuerpo del Rubio me detuvo, me agarró por el cuello y apretó hasta casi dejarme sin oxígeno.

—¡¡Eh!! ¡¿Qué estáis haciendo?! —La voz de Ava llegó hasta mis oídos y miré en la dirección de la que provenía. Andaba hacia nosotros a pasos agigantados—. ¿Queréis dejarlos en paz?

El Rubio me miró con el ceño y la boca fruncidos y se pensó durante dos milésimas de segundo si soltarme o no.

—¡¡Soltadlos!! —Ordenó al llegar hasta nosotros.

A estas alturas, la mitad del alumnado nos prestaba toda su atención.

—¿Sois tontos? ¡Solo son unos niños! —Me sentí muy pequeño entonces. Ava solo me llevaba tres años de edad, pero estaba claro que ella no lo veía igual.

Jony, el Rubio y Alvin se fueron por donde llegaron sin decir ni una palabra y fue entonces cuando la chica de la que me creía completamente enamorado a la edad de doce años se dirigió a mí.

—Redy, ¿estás bien? ¿Os han hecho daño?

—¡¡Son imbéciles!! —Tomy, aunque aparentaba el más duro de los tres, casi comienza a llorar.

—Estoy... bien —respondí con el corazón acelerado por la pelea y su cercanía.

—¿Queréis que os acompañe a clase? Así no volverán a acercarse a vosotros.

Encima se ofrecía como canguro. He de reconocer que no sé qué me dolía más, los insultos y vejaciones de los chicos del cole, o que Ava me tratara como un bebé que necesitaba que le cambiaran hasta los pañales.

Tuve que tragarme las lágrimas que pugnaban por salir y entonces sí que me sentí como un niño perdido. Consecuencia: me cabreé conmigo mismo y me fui si decir adiós.

Tomy y Harry corrieron tras mi estela y me preguntaron por qué había huido de esa forma. En ese instante fueron conscientes de lo que me gustaba la chica que venía los fines de semana a cortar el césped a casa. No entiendo cómo tardaron tanto en caer en la cuenta. Me pasaba las mañanas de los sábados sentado en el alfeizar de la ventana de mi dormitorio, en el primer piso, asomado tras el cristal y con la esperanza constante de que ella me viera y me sonriera. A veces lo hacía. Y ese día volaba sobre una nube hasta que caía rendido en la cama por la noche.

Otras tantas, tenía la valentía de acompañarla en el patio y me ponía a jugar a baloncesto sobre la parte asfaltada justo frente al garaje. Botaba la pelota la mayor parte del tiempo porque, aunque se me daba bien ese deporte en concreto, me entraba un pánico horrible lanzarla a la canasta y que no colara, o, como ocurrió una vez, que rebotara y me diera en la cara.

—¡Redi! —Ava soltó la máquina y corrió hasta mí con naciente preocupación—. Redi, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

Me daba vueltas el cielo, los dos árboles del jardín del vecino, la bicicleta que descansaba sobre la fachada de la casa, el buzón y los ojos de Ava.

No podía hablar. Me asusté con el incipiente dolor que crecía en mi cabeza y ella fue dentro a llamar a mi madre.

Después de aquel día, Ava y yo nos hicimos amigos, o eso pensé yo; algunos sábados se quedaba a comer en casa y subíamos al desván a ver películas antiguas que mis padres guardaban en un baúl junto a un proyector ya obsoleto pero que a nosotros nos parecía el artilugio más maravilloso encontrado entre tanta basura y polvo abandonada.

Ava... mi mejor amiga.



Los presentes en la terraza más de moda de Nolita no me quitan la vista de encima en lo que tardo en cruzarla y llegar al mismo centro donde mis amigas ahora se preocupan por mi bienestar emocional, el físico y mi dignidad.

Bienestar emocional: sin comentarios, gracias.

Daños físicos aparentes: cero.

Dignidad: arrastrada por el suelo; la traigo conmigo con cuerda atada a la cintura, eso sí. A rastras, pero no la abandono. No sin mi dignidad, sería el lema a utilizar, por muy magullada que se haya quedado.

—Ava, ¿por qué siempre metes la pata? —Mia es la primera en romper el hielo.

—Nena, ¿cómo ha ocurrido semejante escena surrealista? —So la define a la perfección.

—A ese chico le gustas —Emma vive en Chelsea, su opinión no cuenta.

—Estoy bien, no preocuparos por mí —suelto con sarcasmo.

—No te enfades. Ha sido muy divertido —Sophia me agarra de la mano y la aprieta.

—¿Esta cara es de alguien que se divierte? —Me la señalo con el dedo índice.

Mia coge mi copa y me la pone delante de la cara.

—Anda, bebe. Si estás guapísima con esos pelos de recién follada que se te ha quedado.

Dejo el Dry Maritini sobre la mesa y le pido a Sophia el espejito que sé que la mayoría de las veces guarda en el bolso.

¿Pelos de recién follada? No. Pelos de loca, de desquiciada y de alguien que ha rodado por el suelo en la terraza de The Sun. El lunes salgo en algún periódico local como la nueva no amante de Milan Miller por torpe y gilipollas. Y, oye, aquí hay periodistas y fotógrafos en cada esquina; no sería tan raro que eso ocurriera.

—¿Tenéis un peine? —me lamento.

—En el baño debe haber —indica Emma—. Voy contigo, que no me aguanto.

Le doy la mano porque no me fío de mis dos pies izquierdos (o lerdos) y nos encaminamos hasta el fondo en busca del aseo.

Varias cestas de mimbre quedan posicionadas sobre la encimera gris del lavabo y dentro de cada una de ellas se puede encontrar frascos de muestra de perfume, paquetes de pañuelos aromatizados, toallitas húmedas desodorante y... peines en unas bolsitas de plástico.

Me hago con uno de ellos y me desenredo el cabello. Emma entra en uno de los cubículos que guarda los inodoros y se lamenta de que no haya papel en cuanto cierra la puerta.

—Te paso. —Me hago con un rollo que cuelga de unas cuerdas muy modernas y se lo doy por debajo de la puerta.

—Gracias, neni. Eres la mejor.

—¿Sabes qué? Voy a entrar yo y aprovecho. —No quiero jugármela y tener que volver dentro de un rato y tropezar con un adoquín, un camarero, un árbol o que una bandeja salga volando y me dé en la cabeza. Situaciones más raras me han sucedido. Solo falta que un ovni aterrice justo sobre mí.

Tomo asiento e intento concentrarme. Un riachuelo que baja de la montaña... Un grifo abierto... No es que necesite hacerlo por norma, pero quiero mear sin ganas, ¿recuerdas?

—Oye, ¿qué le pasa esta noche a Milan? Está como ausente. —Escucho a una mujer hablar al otro lado de la puerta.

—Yo también me he dado cuenta. ¿Y quién es esa chica con la que hablaba?

—No la conozco. ¿Una don nadie?

Ríen.

—El ridículo que ha hecho. ¿Has visto cómo se ha caído al suelo? Normal que Milan se avergüence de lo que ha pasado.

¿Qué ha dicho? ¿Milan avergonzado?

—El mal trago que le ha hecho pasar. Creo que por eso quiere marcharse.

Estoy a punto de ponerme a llorar. Lo juro. No lo hago porque me prometí no volver a llorar por absolutamente nada que tuviera que ver con un hombre y porque no quiero que me escuchen, por esto también.

—Yo también deseo marcharme en breve. Tengo planes para él.

Sonrisillas perversas.

—¿Has terminado? No quiero hacerlo esperar.

Conversan dos frases más (asépticas después de lo que he escuchado) y Emma y yo salimos al unísono de los aseos.

—Esas dos no saben lo que dicen. —Mi amiga intenta levantarme el ánimo, ahora tocando las palmas junto a mi dignidad, en el suelo de un baño muy bonito.

—No me importa.

«Ni se te ocurra llorar, Ava».

Labio tembloroso controlado.

—No conozco a Milan, pero no estaba avergonzado, sino muy preocupado por ti.

—Tampoco me importa. Apenas nos conocemos y... —Labio tembloroso a punto de dejarme con el culo al aire.

Dos mujeres invaden el baño como elefantes en una cacharrería y nos interrumpen. A nosotras y a mi labio traicionero que aprovecha el momento para recomponerse.

—Vámonos, necesito una copa —propongo.

—Es una buena idea.

El sábado me levanto con una leve resaca, la suficiente para recordarme que bebimos demasiado, pero no lo bastante para no dejarme realizar los planes de este fin de semana.

Plan de sábado: Cumpleaños de mi abuelo fallecido.

Me doy una ducha.

Dientes limpios.

Crema en cuerpo y cara.

Secador de pelo.

Lo justo de maquillaje.

Rímel en pestañas.

Mejillas sonrosadas.

Brillo de labios.

Ropa cómoda pero elegante porque mi abuela disfruta cuando me ve con chaquetas. Opto por unos vaqueros ajustados y de cintura alta, un top blanco rodeado de un encaje muy sutil y una blazer tweed de cuadros muy pequeños blancos y rosas, mezclados a la vista de alguien a más de un metro y medio. Unas zapatillas Converse blancas y mi bolso de hombro para todo: un Guess Original de estampado *animal print* que desechó Mia y yo lo salvé de una muerte segura en el basurero.

—Alexa, canciones de Anastacia. —Bailo delante del espejo de mi habitación mientras canto como si viviera sola en una casa en medio de un bosque.

Lo sé.  
Eso solo va.  
y tu no tienes razón,  
sin lugar a dudas,  
le has dado la espalda al amor,  
por última vez,  
no tomará mucho más tiempo ahora  
el tiempo me hace más fuerte, camino  
no hay nada más que decir  
Un día en tu vida  
dicho amor te recordaría  
¿Cómo puedes dejarlo todo atrás?  
un día en tu vida  
te va a encontrar  
con las lágrimas que me dejaron llorar  
y bebé soy más fuerte que antes  
tienes que jugarlo en la línea  
tal vez un día en tu vida  
Mi amor  
¿Pensaste que me iba a romper?  
y llorar  
esto que tuvimos  
significa que el mundo para mí supongo que  
no tomará mucho más tiempo ahora  
ver el tiempo me hace una forma más fuerte  
y sé que vendrás algún día  
Un día en tu vida  
dicho amor te recordaría.  
¿Cómo puedes dejarlo todo atrás?

—Ava, el teléfono te está sonando. —Sophia entra en mi dormitorio con mi móvil en la mano—. ¿De dónde has sacado hoy la energía?

Encojo los hombros, se lo quito y me lo llevo a la oreja sin bajar el volumen de la música.

—¿Sí? —El número es desconocido. «Un curro nuevo, qué bien», pienso—. Espere, por favor. —Pego la pantalla al pantalón vaquero a la altura de mis pantorrillas—. Alexa, para. —El procesador de Amazon se detiene y sigo—. Disculpe, ¿quién es?

—¿Ava?

No me suena la voz...

¡Claro que me suena!

## MILAN

Mi casa luce apagada y distinta, desde que Abigail se fue se me hace demasiado grande estar aquí solo. No la echo de menos, pero su presencia lo ocupaba todo. Su carácter estridente y resabiado me agotaba; me cargaba su forma de hablar, déspota y sin medida; sin embargo, tenía tantas otras cosas buenas que nuestra relación duró casi dos años desde que nos conocimos en la semana de la moda de Nueva York. Ayudó que nos dedicáramos a la misma profesión y que entendiéramos las necesidades del otro que, básicamente, eran las de no entorpecer la trayectoria y la vida de la pareja. Íbamos a lo nuestro y nos acostábamos juntos, además de compartir eventos varios y *photocoll*. Nos lo pasábamos bien y eso nos bastaba.

El salón, minimalista y de colores neutros, fue reformado y decorado cuando ella se mudó conmigo. Todo a su gusto, por supuesto, nada podía ser de otra manera. Hasta los restaurantes que visitábamos los elegía Abigail según los periodistas que hubiese en la puerta apostados buscando la mejor foto. No la critico. Ella sabe manejar a los medios a su antojo para que su alrededor brille con purpurina de oro y no bajar del top diez de las mejores modelos de Estados Unidos.

Llaman a la puerta mientras sirvo un café y un té en tazas de porcelana, también cortesía de mi ex. Mason llega justo a la hora que ha indicado, ni un minuto antes ni un minuto después. La puntualidad como referente para mi mejor amigo que nació un uno de enero a las doce y un minuto de la noche.

Camino sobre el suelo de madera noble y clara hasta alcanzar el pomo de la puerta y abrirla. Mason me saluda con un golpe de cabeza y entra en casa sin despegar el teléfono de su oreja. Habla con su manager. Lo sé por la forma, el tono y la ausencia de sonrisa en su cara, perenne en casi toda circunstancia. Desde hace unos meses los problemas con su representante se hacen patentes e incesantes y no se decide a prescindir de él y buscar otro.

Deja el casco de su moto sobre una silla y conversa durante unos minutos que yo aprovecho para cambiarme de camiseta. Antes, una blanca; ahora opto por una negra; las dos básicas pero muy caras. Regalo de Abigail para uno de mis cumpleaños. Hasta me sorprendí por la simpleza del diseño.

Vuelvo al espacio abierto del salón y la cocina y lo escucho bufar y tocarse el cabello, nervioso, justo al colgar y tirar el móvil sobre la encimera.

—Casi haces pleno. —Señalo las tazas que se han salvado por solo dos centímetros de una muerte segura contra el piso.

—Estoy agotado. —Suspira.

—Y el café se enfría.

Tomamos asiento en dos taburetes altos y le pregunto qué ocurre ahora con el manager de las estrellas de la costa Este.

—Es gilipollas.

—Vaya novedad. ¿Algo nuevo?

—Creo que me roba pasta.

Lo miro y frunzo el ceño. Vale que Leon Weber, un alemán afincado en Manhattan desde hace veinte años, tiene una cara que se la pisa y que se aprovecha de todos sus clientes de alguna

forma, ¿mas robar?

—No me cabe en la cabeza que se le ocurra hacer eso. Le va muy bien. Lo perdería todo.

—Tengo a mis abogados detrás de él. Hay algo que no cuadra.

—¿Cómo qué?

—Aún no sé qué es. —Se frota la frente, agobiado—. ¿Y tú qué tal? ¿Se te ha quitado de la cabeza esa idea descabellada?

Ahora soy yo el que suspira con angustia y mira con fijación categórica el color oscuro del café.

—Solo quiero divertirme un poco.

—Estás hablando conmigo. Tu mejor amigo. Te conozco mejor que tu madre, que aún cree que eres virgen y ni se le ocurre pensar que con Abigail tenías una relación abierta.

—Solo fueron los últimos meses.

—No me cambies de tema.

—Has sido tú.

—¿Vas a seguir con eso?

Encojo los hombros, dubitativo.

—Supongo que sí. Voy a llamarla ahora.

—Vas a arrepentirte. Sabes que llevo razón.

Me levanto, enjuago la taza bajo el grifo y la introduzco en el lavavajillas.

—Pobre damisela en apuros. —Mason destaca mi semblante compungido—. Está claro que esto no te divierte. ¿Puedes decirme por qué vas a hacerlo entonces?

Mi silencio como respuesta.

El silencio y el latido persistente de mi corazón, que tal vez solo escucho yo, no obstante, no me pasa desapercibido.

—Joder, Milan, te gusta. —Cada palabra que suelta por la boca pesa.

Rebufo y recojo el resto del desayuno.

—No he terminado —se queja cuando retiro su taza y tiro el contenido por el desagüe del fregadero.

—Tienes una reunión en media hora. Debes irte.

—Me da igual.

—Eres la puntualidad personificada. Si le pusieran un rostro, sería el tuyo. No digas estupideces.

—¿Me dices estúpido y tengo que irme sin partirte esa cara de medio millón de dólares?

Nos reímos. Así me llamó una revista hace dos años con mi imagen en la portada. A Abigail le sentó fatal que no contaran con ella para tan trascendental publicación. Desde ese momento mi caché subió como la espuma; estimamos que un trescientos por cien. Gracias a ello pude terminar de pagar este piso por completo y deshacerme de la enorme hipoteca.

—Vale. Me marcho —sigue—. Pero acepta un consejo de un amigo. Olvídalo. Sigue con tu vida. No te va tan mal.

Así se despide mi casi hermano. Mason y yo nos conocimos con dieciocho años. Yo comenzaba en este mundo y él, que llevaba desde los tres años trabajando en publicidad, me ayudó a no cometer ciertos errores. Me aconsejaba sobre proyectos que debía aceptar y me alejaba de lo que con total seguridad no iba a llevarme a ningún lugar. Conectamos desde que entró en el set de maquillaje con ese aire risueño que siempre le acompaña y empezamos a hablar de fútbol americano, o debería decir que empezamos una diatriba sobre quién era el mejor jugador y, por supuesto, el mejor equipo; yo de los New York Giants, él de los Chicago Bears,

lugar donde nació y vivió hasta que sus padres se trasladaron a esta ciudad por motivos laborales cuando él rondaba la edad de ocho años.

—No tienes ni idea de fútbol. ¿Quién cuenta con más miembros en el Salón de la Fama? Los Osos se comen a los Gigantes cuando quieren.

Tuve que reírme por su acento y por su forma de convencerme de su opinión. Tardé dos cervezas en confraternizar con él y con los Chicago Bears; desde esas Founders Kentucky nos convertimos en inseparables y solo discutimos cuando nuestros equipos luchan en contra para ganar algún título importante.

Solo espero unos minutos después de que Mason desaparece tras la puerta para coger el móvil, que carga sobre una de las mesitas de noche beis de la única habitación del apartamento de lujo, y llamar a Ava.

¿Me estoy equivocando?

Tal vez.

¿La llamo por razones erróneas?

Es más que probable.

¿Puedo elegir no seguir con esto?

Sí, pero no quiero.

—¿Sí? —Su voz me pone nervioso—. Espere, por favor. —Se escuchan voces amortiguadas a través de la línea y caigo en la cuenta de que no tiene ni idea de quién soy—. Disculpe, ¿quién es?

—¿Ava?

Tarda en contestar unos segundos.

—¿Milan?

—Sí. ¿Te pilló mal? —Parece acelerada—. Puedo llamarte en otro momento.

—No, no. No te preocupes. Mañana de resaca, ya sabes. ¿Tú qué tal?

—Con un té en el cuerpo y es poco para mí. Me preguntaba si te apetecería comer algo más contundente conmigo.

—Eh... —Me da la impresión de que duda y algo se revuelve en mi interior—. Me encantaría, pero no puedo. Cumpleaños de mi abuelo muerto, ¿recuerdas?

No sé si la carcajada que suelto tiene que ver con mi nerviosismo (que negaré ante cualquiera) o por cómo lo dice y el hecho en sí; y es que su familia sigue celebrando el cumpleaños de una persona que falleció hace algunos años.

—Lo siento. —Pido disculpas cuando me recupero, un segundo después.

—No te preocupes. Puedes reírte lo que quieras. Yo también lo hago. La situación puede entenderse o no —responde sin acritud ninguna, al contrario, con tono alegre y divertido.

—Tienes que entender que como poco es muy curioso.

—En mi familia somos así. Excentricidad en estado puro.

Me muerdo la lengua y consigo contener la respuesta que me saldría con naturalidad en otra situación. Sería: Lo sé, Ava, os conozco desde hace casi quince años y comenzaste a cortar el césped de casa. Tu madre me daba galletas con chocolate que hacía en un horno muy antiguo y que sabían a gloria y tus abuelos me trataron como un nieto casi desde el día que me encontraron detrás del sofá de tu casa mirándote embobado.

—Está bien. ¿Mañana?

—Un segundo —me pide—. Dame un minuto —le ruega ahora a otra persona—. Perdona, se nos hace tarde. No quiero que soplen la vela sin mí. —¿Quién la va a soplar? Esto no tiene

sentido. Estoy a punto de colgar aceptando que me ha dado calabazas cuando sigue—: ¿Nos vemos en Nolita South Café? ¿A las nueve?

—Me parece perfecto.

—Hasta mañana. —Cuelga muy rápido y no me deja lugar a despedirme.

Miro la pantalla del teléfono con los ojos convertidos en una fina línea y sin dejar de preguntarme en qué persona me convierte lo que pretendo hacer.

*Dresscode* impuesto para el cumpleaños de Samuel Jones, mi difunto abuelo: colores alegres, ropa elegante y calzado cómodo para poder movernos al ritmo de la lista de canciones que él mismo realizó antes de morir para que lo recordáramos bailando. Le encantaba la música caribeña, incluso se apuntó a clases con mi abuela. En algún concurso local llegaron a participar consiguiendo ser finalistas. Mi madre dice que no he heredado su ritmo y su maestría a la hora de mover el cuerpo, sobre todo los pies; que tropiezan hasta el uno con el otro.

Vamos en una limusina negra cortesía de Mia. Lo hace cada año. Evita aparentar ser lo que es: una niña rica del sur de Manhattan; sin embargo, todo le parece poco si de Sophia y de mí se trata.

—Si esto es una fiesta, es una fiesta desde el principio —dijo hace una semana cuando les recordé el evento.

—Di que sí, princesa. Encarga champán del bueno —propuso So dando palmas.

Yo sellé mis labios y me ahorré una discusión que no iba a llevarnos a ninguna parte; como mucho a tener que escuchar las razones por las que siempre se debe aceptar el regalo de una amiga, que son: una amiga te quiere, una amiga quiere verte feliz, una amiga te da todo lo que tiene.

Sophia carga las copas con el champán caro (no deseo saber el precio porque podría morir de un infarto. Seguro que cuesta más que mi parte de alquiler mensual) y brinda por mi abuelo al que solo vio un par de veces, pero al que conoce a través de mí y de todo lo que hablo de él.

—Además, tiene buen gusto musical. Fue un gran hombre —señala antes de dar un sorbo al elixir dorado.

—Gracias por hablar de él así. —Casi me hace llorar con el discurso—. Me parece increíble que te acuerdes de todo lo que te cuento. —Vale, lo reconozco, tengo que limpiar un par de lágrimas que recorren mi rostro.

—Te escucho, Ava, y más si hablas de alguien tan especial para ti. —Nos damos un abrazo y pienso en lo que ha dicho y algo más.

Mi abuelo me hacía palomitas todas las tardes a escondidas de mis padres porque decían que tenía demasiada sal. Mi abuelo me llevaba en sus hombros al parque, aunque la espalda le dolía hasta el punto de medicarse con morfina. Mi abuelo me hacía sonreír cuando lloraba, aunque tuviera que subirse a un árbol y colgarse de las ramas.

—Basta de llorar. A Samuel le gustaba la fiesta y la vamos a disfrutar como él hubiese querido —decreta Mia, rellenando su copa, que acaba de terminar de un trago.

El trayecto no es demasiado largo y además recorrer las calles de Nueva York en limusina con tus amigas brindando con champán dista mucho de la tortura, por ello, llegamos al local elegido para la celebración demasiado pronto.

El Star Long nos saluda con sus paredes rojas, sillas y mesas de madera envejecida y lámparas de colores. Un lugar donde la música caribeña suena cada noche para hacer danzar a las decenas de personas que se reúnen en él.

—Me encanta este bar —asegura Mia con una sonrisa en los labios.

—Es muy de tu estilo, sí —dice So con un tono muy irónico.

—Eres una snob y una clasista —responde y le apunta con el dedo con aire divertido—. Tengo antepasados puertorriqueños. La sangre del Caribe me corre por las venas. —Comienza a caminar en dirección a mi madre moviendo los hombros sin cesar.

—Mírala, mimetizándose con el ambiente.

—Es como un camaleón.

Nos reímos.

—Voy a ayudar a tu abuela. —Vemos que trata de colocar un farolillo en una lámpara de pared demasiado alta. Ella no mide más de un metro y medio.

Miro alrededor en busca de mi padre sin encontrarlo y voy a preguntar por él.

Mi madre me da un fuerte abrazo cuando me ve.

—¿Y papá?

—Tiene que estar a punto de llegar. ¿Puedes ir a la cocina y decir que saquen la tarta del congelador? Va a estar demasiado fría cuando vayamos a comerla. —Casi ni me mira a los ojos.

—Mamá, ¿va todo bien?

—Claro que sí, cariño. Haz lo que te pido, por favor, llevamos aquí más de dos horas.

—Papá siempre se encarga de la tarta.

—No podía. Tenía cosas que hacer. Ahora vuelvo.

Me parece raro que no me acribille a preguntas como suele hacer cuando me ve, no obstante, lo dejo pasar porque la veo muy ocupada para que todo salga a la perfección.

Los amigos de mis abuelos comienzan a llegar unos minutos después. So, Mia y yo llevamos otra botella de champán en el cuerpo. Mi abuela se ha apuntado al brindis esta vez.

—Esto es de calidad —apunta tras terminar con el contenido de su copa en un santiamén.

—Abuela, qué buen paladar tienes —Mia aplaude su acierto.

—Cariño mío, la edad te hace sabia. —Mira al frente—. Ahí ha llegado tu padre. Ve a hablar con él. Te echa mucho de menos.

Mi abuela adora a su yerno y los ojos le brillan cuando lo ve, mas en esta ocasión me da la sensación de que está compungida.

Mia y So van a lo suyo y se rellenan el vaso entre risas. Llega a mi mente como un torbellino el día que cogimos una cogorza impresionante con mi abuelo y fue él el que nos acercó a casa con un taxi, claro. Creía que podía ocurrirnos algo si caminábamos solas por las calles.

—¿Solas? Somos tres, abuelo —alegué en defensa de nuestra libertad e intimidad. Mia había ligado con un italiano y pensaba llevárselo a su cama.

—Tres mujeres que bien saben defenderse, pero me quedo más tranquilo si os acompaño a casa.

Mi abuelo era así, protector con todo su entorno.

Los brazos de mi padre me aprietan contra él y prometo que no hay un lugar más seguro que este: su pecho. No importa cuánto crezca ni lo lejos que estemos el uno del otro en algunos momentos, su olor es y será mi casa para siempre.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato.

—Mia y So ya están haciendo de las suyas —comenta con una sonrisa en los labios.

Me separo unos centímetros sin soltarlo y observo cómo mis amigas bailan con dos amigos del difunto, obvio que casi octogenarios.

—Esto jamás dejará de parecerme raro —enuncia.

—Ya deberías estar acostumbrado a la familia de mamá. También es tu familia.

Me mira y su rostro se torna ahora triste y apagado.

—¿Qué ocurre?

—Nada, mi niña.

—Ya no soy una niña.

—Lo sé. Y no sabes lo que me cuesta aceptarlo. Vamos a beber algo. —Tira de mi mano—. Y bailemos. Es lo que tu abuelo querría.

La siguiente hora la pasamos riendo y hablando con los invitados hasta que se apagan las luces y todos sabemos que la tarta aparecerá en breve. Mi abuela llega con ella en las manos y la palabra «infinito» en forma de velas encendidas que resaltan los surcos de su cara.

Cantamos el cumpleaños feliz en cuanto la deja sobre una de las mesas del centro de la sala y la rodeamos para agarrarnos de las manos como es tradición.

Besitos al cielo.

Unas copas más tarde y alguna que otra lágrima, comienza lo que llamamos «Tu recuerdo» y trata de que algunos de nosotros hablamos sobre el abuelo y lo que vivimos junto a él.

«Y te recuerdo sobre un caballo alado blanco, como el cuento que cada noche que pasaba en tu casa me contabas. Yo me agarraba a tus dedos y tú apretabas mi brazo con cariño hasta que caía rendida en tu pecho. Adoraba tus arrugas, tu barba cana, el beso que dejabas en mi frente, tus «mi niña bonita», tus «eres mi alma». Te fuiste sin avisar y dejando un vacío tan grande que tratamos de llenar hablando de lo feliz que nos hiciste. Te desviviste por todos y cada uno de nosotros. Gracias, abuelo, por enseñarme que la vida se vive soñando grande y alto».

Cada vez quedamos menos en la fiesta, pero no deja de sorprenderme que yo llevo sentada más de media hora y mi abuela sigue bailando sin atisbo de cansancio alguno. Suena La Gallera, una canción en español del cantante Juan Luis Guerra.

—Tantos años estudiando español y no entiendo ni una palabra. —Sophia, sentada a mi lado, se concentra con los ojos cerrados en la traducción de la letra—. Algo de un gallo llamado Candela. —Sigue tratando de deducir de qué va la canción—. Que lo perdió todo en la gallera.

—Hay palabras que yo tampoco soy capaz de adivinar.

Atención: los presentes pertenecientes a la tercera edad mueven su cuerpo con facilidad y So y yo entreteniéndonos traduciendo canciones.

—Voy fuera a fumar. —Mia llega y nos informa de sus intenciones.

—¿Nos pides permiso? —Alzo una ceja.

—Los Reyes de Holanda te lo conceden. —So hace un gesto muy solemne con la cabeza y la mano.

—Qué gracias sois. —Se dispone a marcharse—. Y Holanda solo tiene un Rey. Guillermo Alejandro.

—Tendrá reina consorte.

—Máxima Zorreguieta. —Alza el mentón y camina dirección a la puerta.

—¿Y esta por qué sabe esas cosas? —So arruga el ceño.

—Vamos a acompañarla, así nos da un poco el aire. —Me levanto y me mareo—. Creo que he bebido demasiado. —Me toco la frente.

—Como todas. —So me imita—. No quiero morir contra este suelo. Mejor me quito los zapatos. —Se deshace de ellos mientras caminamos y se los cuelga de una mano.

—Si llegamos vivas a la calle, será un milagro —comento. Pero llegamos, para sorpresa de todas.

Mia saca un cigarro de su reluciente pitillera y nos ofrece.

—No fumamos —informo con ironía.

—Menuda noticia. —Encoge los hombros y se lo enciende con acostumbrada maestría.

—Y tú deberías dejarlo —destaca Sophia.

—¿Puedo fumarme el puto cigarro sin escuchar la charlita de turno? ¿No os ibais a quedar dentro?

—Solo es un consejo.

—Cuando me muera, lo celebráis follando. Hale, ese es mi testamento.

—Prefiero que me dejes la ropa —replica So.

—Yo prefiero tus zapatos —indico yo.

—No os voy a dejar una mierda. Todo para la beneficencia. —Da una calada.

—Tendrían que matarme para llevarse la chaqueta beis de Oscar de la Renta del piso. Me esposaré a ella —asegura So.

—Yo me pegaría a los pies las sandalias rojas de Salvatore Ferragamo —destaco.

—Muy buena elección, Ava.

—También me quedaría con los Saint Laurent negros y dorados.

—Con esos te matas.

—Llevas razón, pero merecería la pena.

Nos reímos.

—¿Os parece divertido querer que me muera? —Mia también sonrío.

La conversación la interrumpe unas voces que llegan a nosotras entre el ruido del poco tráfico que transita la calle a las seis de la tarde. Los vellos se me ponen de punta al reconocerlas al instante.

Son las voces de mis padres.

Mis padres discutiendo. Y no los he escuchado discutir nunca.

Mis amigas me miran con semblante serio y me preguntan qué quiero hacer.

—No lo sé.

—Déjalos, mejor vamos dentro —sugiere Sophia.

Mia apaga el cigarro en la pared de ladrillo rojo y lo tira en una papelera que hay a pocos pasos de nosotros. Cuando nos disponemos a dejar la calle para escondernos dentro, mis padres giran por la esquina y nos descubren. Mi cara de circunstancia los alerta y detienen el paso frente a mí.

Mi padre busca algo en la mirada de mi madre y lo encuentra para, a continuación, dirigirse a mí.

—¿Podemos hablar contigo un segundo? —me pregunta uno de los dos, pero mi corazón se ha acelerado tanto que no puedo decir quién. Los conozco y sé que algo grave ocurre.

No me salen las palabras, así que opto por asentir como un perrito y hago un ejercicio de concentración sobrehumano para escuchar sin desmayarme lo que dicen a continuación.

Hablan sobre una vida entera juntos, sobre amor y desamor, sobre querer para siempre a alguien y mirar por su bienestar, sobre corazones que son felices aún separados, sobre almas gemelas pero incompatibles, sobre segundas oportunidades, sobre los hijos y la devoción infinita hacia ellos, sobre dar sin esperar recibir nada a cambio, sobre decisiones difíciles, sobre la soledad que se siente aún estando acompañado, sobre ver atardeceres, sobre querer sin más y dejar de hacerlo de una manera romántica, sobre el dolor y la sanación, sobre caminar descalzo, sobre lo bueno y sobre lo malo.

—¿Qué queréis decir? —No me sale la voz. Ni siquiera sé si me han escuchado.

¿Se separan?

—Te pedimos que nos entiendas, Ava.

—¿Desde cuándo...? ¿Cuándo lo habéis decidido? —Estoy a punto de llorar.

—Hace solo un par de semanas... Estábamos esperando que pasara este día para decírtelo. Esto no ha sido planeado.

—No llores —interviene mi madre cuando mis ojos se llenan de lágrimas que se desbordan como una presa a punto de reventar.

Y me abraza. Me abraza con fuerza y ternura, como solo una madre sabe hacerlo y, al mismo tiempo, me transmite su templanza; pero ni así lo entiendo. Ellos, claro ejemplo del amor verdadero, del que no se acaba, del eterno.

Las amigas, esos seres mágicos que, con solo darnos la mano, aunque estemos muertas, nos mantienen vivas. Y eso es lo que hacen Sophia y Mia el resto de la noche.

Me besan.

Me llevan a casa.

Me cuidan.

Me despierta Sophia cuando la tarde del domingo está a punto de acabar. Trae una taza de café y una galleta que ella misma ha horneado. Utiliza la bandeja amarilla que compramos en una tienda de segunda mano en el SoHo a un precio irrisorio, un dólar con cincuenta. Solemos reírnos imaginando quién pudo utilizarla y decidir venderla en vez de tirarla porque además estaba bastante arañada y golpeada. Pero nosotras la arreglamos, como todo lo que encontramos.

—Ava, despierta, es casi de noche.

Me cubro la cabeza con la almohada y refunfuño.

—Tienes veinticinco años —sigue.

—¿Y qué? —Mi voz suena debilitada.

—Pues que tienes que entender que el amor termina.

—¿Después de casi treinta años de matrimonio? —suelto en una queja.

—Y después de sesenta. No seas cría. —Toma asiento a mi lado, en el filo, y tira de la sábana—. Este pijama da asquito.

—Me da igual. Y es una camiseta.

—De cuando ibas al colegio. Tiene varios agujeros. —Introduce un dedo por uno de ellos—. Ni para trapo serviría. ¿Has mirado el móvil en todo el día? —Me quita la almohada y la tira al suelo.

Niego con la cabeza.

—Creo que deberías. Tienes como un millón de mensajes. Tus padres deben estar preocupados.

—¿Qué día es hoy?

—Martes.

Abro los ojos como soles y me incorporo de un salto.

—¡¡¿¿Maaarrtesss??!! —¡No puede ser! ¿Llevo en esta habitación tres días?

Sophia suelta una carcajada y se agarra el estómago con guasa.

—Es domingo, Ava. ¿Cómo has podido creerme? ¿Tal mal estás?

—Eres... Eres... —Me bajo de la cama de un salto, cojo la almohada y se la tiro a la cabeza.

—¡Ay! —se queja de mi acierto—. ¡Vas a tirar el café!

—¡El susto que me has dado! ¡Creí que me había vuelto loca!

—Las bragas también están rotas —informa.

Me las miro y veo un agujero del tamaño de un penique sobre mi muslo izquierdo.

—Tienes que comprarte ropa interior.

—Y tú tienes que dejar de ser tan gilipollas.

—Tomate el café. —Gira sobre sus pies para marcharse—. Y mira el teléfono. No solo te ha llamado tu madre. —Cierra dando un pequeño portazo y grito para mis adentros.

Mis padres se separan.

No es el fin del mundo.

—Aaahhhhhh —grito y pataleo con los puños tan apretados que los nudillos me clarean.

Me tomo el café antes de que se enfríe con las piernas cruzadas sobre mi mullida colcha. Cojo el teléfono que lleva abandonado sobre la mesilla desde que llegamos ayer y ojeo las

notificaciones. Mi madre, mi padre, mi abuela, un par de amigos con los que lo paso bien, Milan... ¡Milan! Tres llamadas perdidas y varios mensajes. Voy directamente a leer estos últimos.

«Estoy esperando en Nolita South. He llegado unos minutos antes».

«¿Tardas? Voy a pedirme un café mientras te espero».

«Ava, ¿estás bien?, ¿ha ocurrido algo?».

«Por favor, llámame en cuanto puedas. Estoy preocupado».

«Espero que todo vaya bien. Voy de camino a casa».

No parece enfadado y eso me hace sentir peor si cabe. Rebufo y me tiro de espaldas en la cama, para reponerme unos minutos más tarde y armarme de valor y devolverle la llamada.

Descuelga tres tonos después.

—¿Ava? —No oculta el tono nervioso de su voz.

—Milan...

—¿Estás bien?

—Sí, sí...

—Creí que te había ocurrido algo...

—Bueno... —¿Tengo confianza para contarle por qué llevo en la cama lloriqueando desde anoche?—. Estoy bien —zanjo.

—No sé por qué, pero no te creo —contesta con rotundidad.

—Ayer fue un día duro...

—¿El cumpleaños de tu abuelo? Lo siento...

—No, no. No es por eso... Yo... —Pienso si abrirme a Milan.

—No tienes que contármelo. —Descubre mi inseguridad y mi duda.

—¿Nos tomamos ese café? —propongo.

—¿A las siete de la tarde?

Me rechaza de una manera educada.

—Oh, vale. Pues ya nos veremos otro día. —Prometo que me dispongo a colgar.

—Me refiero a que mejor cenamos. ¿Te recojo en una hora?

—Vale, pero... no sabes dónde vivo.

—Me envías una ubicación y listo.

—Mírala, ha resucitado como una diva. —Sophia me mira desde el sofá.

Me he duchado y arreglado.

—¿Este trapito? —bromeo.

Las dos sabemos que se lo he robado a Mia y que con total seguridad es de algún diseñador importante que ni conozco ni quiero conocer. Lo he elegido por su color, un beis oscuro precioso.

—¿Adónde vas? —Me escudriña con el ceño fruncido.

—He quedado con Milan —digo como si nada.

—¿Con el modelo?

—No conozco otro. —En realidad sí lo conozco. Un compañero de la facultad tiene el mismo nombre. No es tan raro. El panadero de la quinta con la octava también se llama así.

—No conoces otro que esté así de bueno.

—Exactamente.

—¿Mañana no trabajas?

—Tengo una sesión de fotos por la tarde. ¿Dónde está Mia?

—Ha ido a ver sus padres. Ya sabes... cena en el castillo.

—¿Va en chándal?

—De mercadillo.

—Se los va a cargar de un infarto.

El timbre de mi móvil interrumpe nuestra conversación y lo cojo del bolso verde oscuro a juego con mis zapatos.

—¿Sí?

—¿Ava? Estoy abajo. ¿Estás lista?

—Dame dos minutos.

Cuelgo con prisas y voy al baño a comprobar que mi maquillaje está perfecto. Huyo de parecer una puerta pero tampoco quiero que piense que llevo dieciocho horas durmiendo, cosa cierta, por cierto.

—Estás perfecta, Ava. —So me anima de pie bajo el vano de la puerta.

—Tengo la cara hinchada.

—Eso no es cierto. Anda, ve; no hagas esperar a ese monumento —me arenga.

—No es para tanto.

—Que no quieras ver que es guapo solo me dice una cosa.

—Qué es... —La insto a que siga.

—Que debes ir a que te regulen las lentes. Estás ciega perdida.

—Será eso... —susurro.

Salgo del aseo y me dispongo a abandonar el piso.

—¿Te espero levantada? —No me gusta su sonrisilla.

—Qué graciosa.

Viene hasta mí y me da un beso en la mejilla.

—Pásatelo bien. Y no te preocupes. Es guapo. No vas a enamorarte de él. ¡Disfruta!

Fuerzo una sonrisa y le enseño los dientes antes de cerrar la puerta y bajar en busca de Milan.

Voy rezando al Dios del equilibrio para no caerme y partirme los dientes justo antes de saludar a Milan, o durante... ¿quién sabe? Ridículos más grandes he hecho.

«Mierda de zapatos», me quejo conmigo misma de los tacones de aguja que me he calzado. «Solo yo tengo la culpa». Casi me salto el último escalón que baja desde el portal sin calibrarlo. Me libro de una muerte segura por aplastamiento de vergüenza solo porque me agarro a la barandilla que a un lumbreras se le ocurrió colocar aquí.

«¿Dónde está Milan?»

Mi cita observa la pantalla de su teléfono mientras teclea con rapidez (¿He dicho mi cita? ¿Lo es? Supongo que sí). Esto me da la oportunidad de observarlo durante unos segundos antes de que se percate de mi presencia. Pantalón vaquero envejecido de color gris, camisa blanca, botas negras, reloj de acero, pelo revuelto...

¿De verdad este tío no me gusta porque no es feo?

Levanta la mirada y se encuentra con la mía, embobada con su evidente atractivo (hasta para mí. Que soy ciega ante la belleza masculina, por lo visto).

—Ava... por fin.

«No te caigas, Ava».

«No hagas el ridículo, Ava».

«Por una vez en tu vida, controla tus dos pies lerdos, Ava».

Embaída en estos pensamientos llego hasta el modelo de pasarela sin caerme ni hacer el ridículo.

«Bien por ti, Ava». Estoy a punto de regalarme un aplauso, pero desecho la idea, por razones evidentes.

—Estás... preciosa... —Sonríe con la boca y los ojos—. Pero... —¿Ha dicho pero? Durante un segundo me siento incómoda, hasta que se explica, o enseña lo que tiene detrás y no había visto hasta ahora—. Vengo en moto. —Se aparta y la señala.

Me da por reírme sin poder parar y él me observa divertido.

—Será mejor que me cambie —sopeso.

—No tienes por qué.

—Será un momento. ¿Te importa esperar?

—Tenemos reserva en media hora, pero aún hay tiempo.

—Solo necesito cinco minutos. ¿Quieres subir?

—¿Me invitas a tu casa? —pregunta, divertido.

—No te emociones. Es por cortesía.

Enseña los dientes al curvar los labios.

Sophia está sentada en el sofá, una crema negra en forma de mascarilla le cubre el rostro y come galletas con las dos manos.

—¿Ya estás aquí? —pregunta con la boca llena—. ¡No me digas que el cerdo te ha despachado!

Me abro paso en el salón y Milan aparece detrás de mí. Nos detenemos frente a So, que se atraganta con el dulce y tose.

—Milan, esta es Sophia, mi compañera de piso. Una de ellas, Mia, la tercera en discordia ha salido a pasar el día con su familia. Sophia, él es Milan, un amigo.

—El cerdo. —Él levanta la mano con diversión.

—Lo siento, no quería decir eso —se disculpa el monstruo de las galletas.

—Me cambio y vuelvo —informo al modelo, que acepta con un gesto afirmativo de cabeza.

—No te preocupes.

Camino hasta mi dormitorio.

—¿Quieres una galleta? —Escucho que le pregunta Sophia—. Las he hecho yo misma...

—En ese caso sí —responde él.

Vaqueros, camiseta blanca con dibujo estilo PopArt (en concreto el Crying Girl de Roy Lichtenstein), Convers rosas y chaqueta de cuero negra.

Me ato las zapatillas cuando Sophia entra en mi habitación y cierra la puerta.

—¿Estás loca? ¿Por qué no me has avisado? —me regaña.

—Avisarte de qué. —No sé de qué me habla.

—¡Subes a ese tío a casa y yo con estas pintas! —Se señala la cara.

—¿Qué más te da? No es tu cita.

—Pero podría serla si tú pasas de él, o... puede hablarle de mí a algún amigo modelo. Has terminado con cualquier oportunidad de que hable bien de mí.

—Hablará bien de tus galletas. —Me levanto—. Me voy. No quiero hacerle esperar.

—Y pasas de tu amiga.

Me dispongo a darle un beso en la mejilla, pero no deseo salir con los morros cubiertos de una crema color mierda seca, así que me detengo y voy hasta el salón en busca de Milan que me espera de pie en el mismo lugar en el que lo dejé.

Me gustan las motos. Con dieciséis años me compraron una Vespa blanca que mi padre vendió el día que un coche se saltó un stop y me atropelló en un cruce de calles. Solo me partí la muñeca, pero todos decían que demasiado había tardado en caerme con lo torpe que soy. Yo me defendía alegando que no había sido culpa mía, pero de nada sirvió. Dos años me duró disfrutar de la conducción sobre dos ruedas.

—¿Qué moto es? —Negra, gran tamaño.

—¿Entiendes de motos? —Milan coge un casco negro y me lo ofrece para que me lo ponga mientras él se pone el suyo.

—Absolutamente nada. Tuve una Vespa hace tiempo. —Trato de abrocharlo pero mis dos manos también son lerdas.

—Es una Scout Bobber.

Primera noticia.

Milan da un paso hasta quedar a varios centímetros de mí y se encarga de cerrar el broche.

Cereza... Huele a las frutas que me gustan y me estremezco.

Mis ojos no pueden evitar viajar hasta sus labios y desear quedarse allí a vivir.

—¡Listo! ¿Estás preparada? —Recupera la distancia que nos separaba y yo despierto de mi sueño de fantasía donde me comía una galleta horneada con su boca y mucho chocolate.

Se sube a la moto, la pone derecha, la arranca y me pide que yo lo haga detrás. Acato su orden sin rechistar y dejo las manos en su cintura.

Me gusta cómo suena. El ruido nos envuelve en cuanto acelera y dejo que el viento, cálido y suave, acaricie mi cara y enrede mi pelo.

Milan detiene la moto diez minutos más tarde, tras hacer zigzag entre los vehículos y frenar solo cuando la necesidad le obliga.

—Eres bastante intrépido —comento al bajar de la moto.

—¿No te ha gustado el paseo? —Me pide el casco que cuelga junto al suyo del manillar.

—Prefiero no morir joven.

—Estás segura conmigo, te lo prometo. —Me agarra de la mano y tira de mí. Lo hace con naturalidad, como si no fuera la primera vez que nos unimos de ese modo, a mi parecer, tan íntimo—, Vamos. Espero que te guste la carne poco hecha.

El sitio bien merece un aplauso y se lo doy, esta vez imaginario. El City Vineyard se sitúa en el puerto, justo en el doscientos treinta y tres de West Street Pier, en Hudson River Park. Rodeado de cristales y un gusto exquisito para decorarlo, se mece sobre las aguas del río Hudson para pasar una perfecta velada nocturna en el corazón de Nueva York. Con iluminación tenue en la terraza e hilo musical para bailar quien lo desee.

—Buenas noches, señor Miller. Su mesa está preparada. —El encargado, un hombre de mediana edad con chaqueta, camisa y sin corbata, muy elegante se acerca a nosotros en cuanto

nos ve y nos acompaña hasta el que considero el mejor lugar. Las vistas de la ciudad que adoro jamás dejarán de impresionarme. El skyline nocturno puede llegar a turbar a cualquiera. Las luces y sombras del horizonte artificial creado por las estructuras y edificios dibujan en el cielo una figura inigualable.

—Perfecto, Baruch —responde con cortesía Milan.

—¿Vino? —pregunta.

Mi acompañante me mira y solicita mi beneplácito, que le doy justo después de sentarme.

—El de siempre, gracias.

El encargado nos deja solos y yo me quedo embobada en un plato de ostras que sirven a la mesa de al lado.

—Creo que ya has elegido el primer plato. —Llama mi atención y lo miro—. Te gustan las ostras.

—Me encantan.

—Creí que eras carnívora.

—Me gusta comer bien y de todo. Las ostras, el solomillo de buey... Tampoco sé sobrevivir sin un buen postre.

—Sirven unos postres exquisitos. Tienes que probar la tarta de mango.

## MILAN

Ava sigue teniendo el cabello largo, como la he recordado durante estos años. Sus ojos me observan con interés, tanto como el que tengo por ella y le demuestro. Me mira como si las respuestas a las preguntas que todos nos hacemos y no encontramos las llevara escrita en la cara. Mueve las manos al compás de sus palabras, se inclina con elegancia para beber de su copa de vino.

Su semblante relajado solo desaparece y muta a uno compungido cuando le pregunto por sus padres y la relación que le une a ellos. No llegamos hasta aquí porque sí. La velada ha comenzado con diálogos banales y ha derivado a lo trascendental e interesante.

—¿He dicho algo que no debía? —Me preocupa su forma de agarrar la servilleta de tela.

Niega con la cabeza y le da un sorbo a su vino.

—Necesito un poco de agua.

Llama al camarero que nos ha atendido hasta ahora y le solicita una botella con premura.

—¿Te ha sentado mal la comida? ¿Tienes alergias? —Cada segundo que pasa suma en una cuenta interminable de preocupación que cuenta ya con varios ceros. Cientos, miles, millones. A mí el lapsus de tiempo se me hace eterno.

—Mis padres van a separarse —suelta en un susurro que capto con la ayuda del movimiento de sus labios.

El brillo de sus ojos se hace más evidente hasta que un manantial de lágrimas ilumina sus mejillas y oscurece su rostro.

—¿Quieres que nos vayamos? —propongo, contrito.

Se lleva a la cara la servilleta a la que se agarraba con ganas y respira hondo.

—Estoy bien. No debería ponerme así contigo.

—Puedes ponerte como quieras.

—Casi ni nos conocemos.

Esta última frase, inocua para cualquiera, se clava en mi corazón y lo desgarró lo justo para que varias gotas de sangre coloreen en mi mente un mar rojo de culpabilidad y pesadumbre.

Redi le diría que claro que nos conocemos, que sus mañanas eran mejores cuando ella venía a casa, que sus padres le abrazaban cuando lo necesitaba y que comprende, tras su experiencia, que el amor a veces acaba. Redi sigue soñando con besarla aquella noche de sábado que le acompañó al cine, le compró palomitas y... no le dijo que lo amaba. Ella quería cuidarlo, él soñaba con ser mayor y que Ava lo mirara de otra manera. Redi solo piensa en la ausencia que dejó al irse a la universidad y mudarse demasiado lejos, en las noches mirando por la ventana por si ella llegaba, en los silencios que dejó su falta.

Milan le dice otra cosa. Ni más buena ni más mala. Milan se hace el fuerte y se arranca el corazón y el alma. Milan se asusta por lo que siente ahora tras años perdida la esperanza.

—Mis padres no se han divorciado, pero sé que se siente cuando personas a las que quieres deciden seguir el rumbo por separado.

—Duele. —Agacha el semblante y se esconde bajo la penumbra de una noche avanzada.

Hago lo que me gustaría que hiciera un amigo. Me levanto, me agacho junto a ella y la

abrazo. Ava, a pesar de que puede elegir retirarse, se apoya en mi hombro y llora. No nos importa si alguna mirada se centra en nosotros, ni siquiera nos fijamos.

El resto de la cena transcurre entre murmurios. Me cuenta que solo ha tenido horas para masticar y tragar una noticia que no esperaba. Y la entiendo, a mí, el amor, también se me ha hecho nudo en la garganta.

La moto espera en su lugar, ahora de un tono negro anaranjado por la luz cerúlea de la farola. Nos subimos sin hablar demasiado y Ava confía en mí para seguir la velada. Conduzco hasta una cancha de béisbol donde algunos chicos juegan a pesar de que el alumbrado no es el adecuado.

Tomamos asiento en una pequeña grada de hierro que hay en el lado izquierdo, frente al río, y le pido a Ava que espere unos minutos. Voy a por un par de helados a un puesto ambulante.

—No podía dejarte sin postre. —Le regalo una sonrisa oficiosa mientras ella me dona una enorme y verdadera.

—Gracias. —Ni siquiera pregunta por el sabor.

—Es de mango. Te prometí pastel de mango y con esto espero subsanarlo.

Ella mira al fondo.

Se escuchan las voces de los improvisados jugadores.

—¿Puede convertirse en físico el dolor del corazón? —me pregunta.

—Supongo que sí. —Sé a ciencia cierta que sí. Ella me lo partió una mañana de lluvia, de silencios y de decisiones equivocadas.

—Me duele aquí. —Se señala la cavidad torácica a la altura de ese órgano primordial y juro que me arrepiento de lo que he comenzado.

Juro que en este instante lo único que deseo es hacérselo desaparecer.

Juro que quiero morirme y besarla mientras llego al cielo.

Recorremos las calles de la ciudad decoradas con las luces del ausente tráfico de la madrugada. Cierro los ojos y recuerdo mi vigésimo quinto cumpleaños. Mis padres sonreían mientras yo soplabla las velas de una tarta de trufa y chocolate muy avergonzada. Deseaba celebrarlo con mis amigos en algún bar de Nolita y ellos me sorprendieron con una fiesta que no esperaba. Quise que la tarde pasara con rapidez para poder perderlos de vista y sentarme en un banco del parque que frecuentábamos porque me creía tan mayor que el amor de mis padres me sobraba. Y ahora siento que me falta.

Ni siquiera reparo en que el motor se ha detenido y Milan me agarra de la pierna.

—Hemos llegado.

Mis ojos se encuentran con los suyos y me despierto.

Bajo de la moto y él me imita unos segundos más tarde.

—Gracias por esta noche. —Y lo agradezco por escucharme sin juzgarme—. Siento cómo me he puesto. Quizás no deberíamos haber quedado.

Da un paso hacia mí y lleva su mano derecha hasta mi cuello para rodearlo con sus dedos, largos y sólidos.

—Hasta las lágrimas ha merecido la pena —musita con su cuerpo a pocos centímetros de mi cuerpo.

Siento su respiración cada vez más cerca de la mía. Su aliento, cálido, envuelve mis labios antes que los suyos. Y me asusto. Y me preocupo. Porque cuando su boca roza la mía un escalofrío me recorre de pies a cabeza, como aquella vez que toqué el cable de la vieja radio de la cocina de mi abuela y me dio calambre; y, a pesar del miedo y del dolor, me siento en casa.

Se separa un puñado de segundos más tarde; no sé si cinco, diez o veinte, quizás un minuto o dos; el tiempo se relativiza cuando sientes que se detiene.

—Adiós, Ava.

Da un paso atrás sin despegar sus ojos de mi rostro, desorientado, y preguntándose por qué se despide sin decir ninguna otra palabra.

Con los pies clavados en el suelo lo observo alejarse con el rugido de la máquina cada vez más lejano.

¿Qué ha pasado?

Miro desde arriba la pantalla de mi teléfono que ha debido caerse al suelo durante la noche. A saber qué hice cuando llegué y me acosté. No recuerdo el final del día. Me cubrí con la sábana y me prometí no pensar en el fin de semana. El reloj digital marca las ocho de la mañana. No cuento las escasas cinco horas que he dormido y me susurro un «Ava, levanta».

Los lunes se convierten en una fiesta por las mañanas. Sophia celebra que una nueva semana se abre paso ante nosotros y que las posibilidades de triunfar son inmensas. Por esto, me digo que voy a adoptar su lema, robado por ella a Alejandro Magno, y me grabo a fuego en la frente que abrazaré las oportunidades porque «La fortuna favorece a los valientes».

*Outfitt* de un lunes templado de octubre: Armadura de hierro a conjunto con escudo del mismo material y color gris, arco y flechas, espada de acero y caballo a juego. Lista para luchar

en la guerra que se va a librar.

—Llegaste muy tarde anoche. —Sophia prepara el café en la cocina.

—No recuerdo la hora.

—¿Y cómo fue?

—Bien.

—Ese bien suena bastante regular.

—Milan es atento y educado.

—Lo menos romántico que he escuchado desde que James en cuarto curso me dijera que me subiera la cremallera del pantalón después de abrirle mi corazón junto a la cancha de baloncesto.

—La noche fue perfecta, pero...

—Odio los peros. Quiero un mundo sin peros.

Sirve tres tazas y las deja sobre la encimera.

—Me besó.

—Eso está mejor.

Le doy un sorbo y me quemo.

—Ay.

—¿No ves el humo?

—Buenos días. —Mia entra con su escafandra habitual: traje de chaqueta oscuro y camisa blanca.

—Mis saludos a la princesa del reino de las subidas y las bajadas.

La bróker coge su taza y echa el contenido en un vaso de cartón. Busca una tapa en el armario y la coloca encima.

—Tengo que irme, pero esta noche cena de chicas y me cuentas, Ava. Te quiero. —Me da un beso en la mejilla y se marcha.

—¿A mí no me quieres? —grita So cuando Mia cruza ya el salón.

—¡Sí, pero menos! —escuchamos antes de que dé el portazo.

So me mira con su café entre las dos manos.

—A lo que íbamos. Te besó. ¿Y?

—Y se fue.

—¿Ya está?

—Dijo adiós.

—Se despidió. Algo muy normal. ¿Te va a llamar?

—Creo que no.

—No empieces, Ava. Deja la negatividad y la toxicidad hacia ti misma a un lado. ¿Por qué no va a llamarte?

—Porque se despidió.

—No te entiendo.

—Es fácil. Dijo adiós. Pero lo dijo desde dentro. Fue raro. Como si nos estuviéramos despidiendo en una estación y alguno de los dos fuera a subir al tren sin billete de vuelta.

Sophia reflexiona sobre lo que he dicho y se toma demasiados segundos.

—Eso es cosa tuya, nena. A ese chico le gustas.

—Quizás enseñé demasiado.

—¿Te quitaste las bragas? —pregunta a sabiendas de la respuesta.

—Le dejé ver mi alma. —Alzo las cejas y bufo.

—Una sana y pura. Anda, que llego tarde. Vamos a darnos prisa.

Corro por el campus para no llegar tarde a una de las pocas tutorías del máster que estudio. De más está decir que me concentro en no tropezar ni comerme ningún obstáculo. Variedad de obstáculos: estudiantes, bicicletas, motos, coches, árboles, monopatines, vegetación varia, maletas y todo tipo de animales domésticos (incluimos cerdos y, por supuesto, gatos y perros).

Salgo del despacho dos horas después y mi instinto me empuja a ignorar las notificaciones del móvil, sin embargo, mi corazón esperanzado, lo coge y lo mira en busca de noticias de Milan.

Ninguna.

## MILAN

Unos años antes...

Coloqué los cubiertos de la mesa tal y como mi madre me había enseñado desde pequeño. Ese sábado con olor a primavera teníamos invitados y las manos me temblaban de lo nervioso que me había levantado porque Ava se sentaría a mi lado durante al menos una hora y media. El mantel lo decoraba un rojo intenso, purpúreo, mezclado con un blanco roto como una obra de Kandinsky pero más caótica. Lo recordé por unas clases a las que me había apuntado aquel invierno. Como no se me daban bien los deportes, mis padres me buscaban un divertimento nuevo cada año.

—Redi, ¿puedes abrir la puerta? —Mi madre alzó la voz desde la cocina, lugar del que salía toda clase de olores comestibles, superponiéndose el del pan recién horneado.

Entonces me tembló hasta las gafas que utilizaba desde hacía meses. Las odiaba. Desde que ocupaban sitio en mi cara los chicos del colegio habían endurecido sus insultos hacia mí.

El señor y la señora Jones traían las manos ocupadas. Ella con dos botellas de vino rosado y él con una fuente repleta de macarrones con queso, tal y como nos habían prometido varias tardes atrás mientras Ava escuchaba música sentada en el patio y yo atendía sus recomendaciones.

—Hola, Redi. ¿Cómo te han salido los exámenes? —Pronto llegarían las vacaciones de verano y Violeta, la madre de Ava, se preocupaba porque me dejaran ir al campamento ese año.

—No he bajado de sobresaliente.

—Eso está bien —aprobó el señor Jones—. Ava, ¿has escuchado? —le preguntó en un tono de regañina.

Llevaba meses oyendo que las notas de Ava habían bajado, que ese novio no le convenía y que tenía que estudiar más y salir menos si quería ir a una buena universidad.

Yo también la notaba muy cambiada, pero jamás hubiera esperado lo que ocurrió una semana después de aquel almuerzo en el que disfrutamos escuchando música en mi dormitorio y riendo porque no éramos capaces de beber Coca Cola con la nariz tapada.

Aquel día llovía demasiado. Como si se hubiesen vuelto las tornas y el invierno pisara terreno a lo que tocaba: el verano. Incluso hacía frío. Me puse un pantalón de chándal corto de color azul oscuro y una sudadera roja que me había regalado mi madre unas semanas antes por el gran trabajo que había realizado en clase de historia.

Llegaba tarde al instituto porque nos había caído una tromba de agua por el camino y detuvimos las bicicletas bajo un puente hasta que la lluvia cesó. No aparcamos lo que para nosotros eran vehículos de alta gama donde siempre porque estaba muy alejado del edificio donde se impartían las clases y pedaleamos por el patio del instituto sin parar porque, si sonaba la alarma y no habíamos cruzado la puerta del pasillo que enfila las aulas, iban a expulsarnos una semana.

Supongo que fue mala suerte y que el destino jugó sus cartas para que yo, un niño enamorado de una amiga y vecina, abriera los ojos a marchas forzadas.

—¡Eh, gofre de mierda! —escuché gritar tras cruzar un charco de una cuarta de profundidad.

Frené en seco y Tomy y Harry lo hicieron detrás.

—¿No ves por dónde vas? —El Rubio alzó las manos y se enfrentó a mí. En aquel momento aún me parecía un gigante a mi lado y eso que no me sacaba más de siete u ocho centímetros. Yo di el estirón justo después.

Observé su ropa salpicada por el agua sucia y el barro.

—Lo siento. —Lamentaba cada momento que me encontraba con ese grupo, sobre todo desde que Ava salía con Alvin, uno de los secuaces de Jony.

—¡Más lo vas a sentir! —El Rubio vino hacia mí y me empujó, tirándome de la bicicleta y cayendo sobre otro charco.

Harry y Tomy corrieron a ayudarme, pero las manos de Alvin y Jony los detuvieron.

Reían y disfrutaban de cómo nos arrastrábamos por el barro tratando de huir de sus mofas y de alguna que otra patada.

Y la vi. Ava nos observaba desde unos metros de distancia. Supuse que de donde había salido Alvin, al que no había visto hasta que se abalanzó a mis amigos. Me dolió que no dijera nada, que optara por el silencio contra el que antes luchaba. Ella agachó la cabeza, desconectó nuestras miradas y se fue sin decir ni una palabra.

Jamás volví a hablar con ella. Se marchó a la universidad sin volver a mirarme a la cara.

Esa fue la primera vez que me partieron el corazón y grabé en mi mente lo que dolía para no olvidarlo mientras viviera.

Ese fue el día del que he hablado. De lluvia, de silencios y de decisiones mal tomadas.

18

Lunes

So: «¿Te ha llamado?»

Yo: «No».

So: «Lo haré». «No te rayes».

Yo: «Que no». (Yo totalmente rayada).

Mia: «Hoy no va a llamar. Tiene que hacerse el interesante».

Martes

Mia: «He visto a Milan en un cartel en Times Square. Hoy debería llamarte».

Yo: «Pues no lo ha hecho».

Mia: «Solo es media mañana».

Yo: «Me da igual que no lo haga».

Mia: «Puedes llamarlo tú. Toma tú la iniciativa».

Yo: «Lo haría si no se hubiese despedido así».

Miércoles

No hay mensajes en el grupo llamado Las Súper nenas. Ninguna, ni yo, quiere hablar del tema.

Jueves

So: «Se habrá muerto».

Yo: «No digas estupideces».

So: «No encuentro otra razón para que alguien no quiera volver a ver a una tía como tú».

Mia: «Secundo la opinión. O se ha muerto o es gilipollas».

Viernes

—Es gilipollas —zanja Mia delante del espejo mientras se pone un poco de colorete—. Totalmente gilipollas.

—No es gilipollas. No le intereso. —Encojo los hombros y lo acepto—. No tenemos que gustarle a todo el mundo.

—Eres impresionante, Ava, por dentro y por fuera.

—Ya lo sé. —Me pinto los labios.

—Esa es mi niña. Con una autoestima de diez.

—Quiero decir que soy perfecta para alguien, pero tal vez para él no y se ha dado cuenta.

—Tú eres perfecta para cualquiera.

—Y estás muy buena. —So sale de la ducha con el cuerpo envuelto en una toalla blanca.

—Madonna nos espera dentro de media hora. Otra vez va a llegar la primera —apunto con la mirada puesta en Sophia que va muy retrasada.

—Está acostumbrada. —Ella encoje los hombros y sale del baño—. De todas formas, no tardo nada.

Los no tardo nada de Sophia pueden traducirse como «Idos sin mí que para el postre a lo mejor llego».

—So, por favor, Emma después se enfada y declara que no es hija de Madonna para que paguemos la cuenta —le advierto caminando tras ella.

—Ahí llevas razón. Y en la oficina me quedan tres telediarios.

—¿Te ha dicho algo tu jefe?

—No me habla, ese es el problema. Me voy a ir yo, estoy harta de verle la jeta. —Se pone las bragas y el sujetador.

—No puedes dejar el trabajo.

—Tengo una entrevista la semana que viene.

—No nos has dicho nada.

Abre el armario y descuelga un traje rojo muy corto que se pone por los hombros.

—Os lo iba a decir ahora. Me han confirmado por email hace un rato. Dame esos zapatos. —Señala detrás de mí, a la derecha.

Me agacho y se los acerco.

—¿En qué empresa?

—No lo dicen, pero es en el distrito financiero. A ver si tengo suerte.

—La suerte es para los mediocres —anuncia Mia cuando irrumpe en el dormitorio.

—La suerte no existe, es el cruce de caminos entre la preparación y la oportunidad —digo yo con tono dramático y solemne.

—Pasáis demasiado tiempo en Instagram. —So se calza las sandalias doradas.

Nos reímos.

—Lista. Me maquillo y nos vamos.

Me gusta el Tao, un restaurante japonés situado en la cuarenta y dos con la cincuenta y ocho. Cierto que pilla muy cerca de Bloomingdale's, se come bien y barato y su baño ocupa un lugar privilegiado en el listado de mis mejores polvos en lugares públicos. Se llamaba George y tocaba la guitarra en el metro los fines de semana. De lunes a viernes se dedicaba a la jardinería y su casa la adornaban una decena de plantas de marihuana. Nuestro noviazgo duró el tiempo justo que la policía tardó en entrar en su casa, descubrir el pastel y se lo llevaran esposado. Sé que estuvo detenido y que ha tenido problemas, pero So lo vio hace un año en el metro con su banda.

—Ya están pidiéndole autógrafos a Madonna —comenta Mia a varios pasos de Emma, que ocupa la mesa.

Dos personas la rodean y le piden que se hagan una foto.

—Lo siento, me han confundido con otra. —Escuchamos que le dice.

—Esta noche pagamos la cena —So se lamenta.

—Siempre contamos con ello —recuerdo.

—Si cuele, cuele. Pero Madonna está hoy subidita.

—Pues que se baje del pedestal por su propio pie o lo hago yo a hostias.

—Hola, chicas. Otra vez tarde —nos regaña.

—He llegado muy tarde de trabajar, lo siento. —So explica la situación y le da un beso en la mejilla—. Deja de explicar a la gente que no eres familia de Madonna. Si a ellos les hace ilusión.

—Ya... Es por eso. —La mira y arruga el ceño.

Dos botellas de vino.

Sopa de marisco.

Pasta de bambú con setas.

Pollo con sésamo y crema de trufa.

—Joder... —masculla Mia cuando nos sirven el postre. Se lleva la mano a la cara y rebufa.

—¿Qué? —pregunto a So, que pone la misma cara y se centra en mí.

—Yo sí que no sé qué ocurre... —Se resbala en la silla.

—El gilipollas —informa Mia.

¿Milan? El corazón me comienza a bombear con tanta fuerza que puede que en cualquier momento salga disparado por mi boca.

Miro alrededor y no hay nadie que se le parezca a él.

—No. El otro gilipollas —explica la bróker señalando a su derecha.

Y ahí está. El gilipollas más grande que puede encontrarse cualquier mujer en concreto o ser humano en general. Brandon.



Mi relación tóxica con Brandon no me dejó buenos recuerdos. Solo discusiones por sandeces y una Ava a la que le costó varias semanas recuperarse. No demasiado porque me sentí liberada cuando me alejé de una persona controladora y posesiva que hasta vigilaba mis mensajes, incluso descubrí que había entrado en mi correo en varias ocasiones. Decía que solo se preocupaba por mí y yo, que me cegaba el amor, me autoengañaba y lo creía. Ahora echo la vista atrás y hasta me dan arcadas. Ni siquiera éramos compatibles en la cama, aunque esto era lo de menos.

—¿Nos ha visto? —pregunto, nerviosa. Quizás estoy a tiempo de esconderme debajo de la mesa o volatilizarme. Me gustaría tener el don de la invisibilidad, como cuando mis amigas hablan de mí estando yo delante pero para ellas como si hubiera viajado a Marte.

Se me pasa por la cabeza que nos ha seguido. Cuando lo dejé lo hizo en más de una ocasión. Nos lo encontrábamos en todas partes. Se excusaba diciendo que solo era coincidencia y que el destino no quería que nuestras vidas se separaran.

—El destino una polla. Ese te ha puesto un chip de seguimiento en el móvil —dijo Mia la vez que casi lo echa de la discoteca a patadas.

—Como te diga otra vez que estáis unidos por el hilo rojo, se lo tatúo en la cara —apostilló Sophia con los dientes apretados.

—Lo mejor es que lo denuncies, Ava —recomendó Emma, harta de su acoso y derribo.

Esa fue la conversación que tuvimos la última vez que nos vimos. Qué casualidad que el destino decidió que no volviéramos a vernos la noche justa que amenacé con denunciarlo.

—Ese lleva siempre el radar activado. Claro que nos ha visto —observa Emma.

—Viene hacia aquí —notifica Mia con cara de asco—. Como suelte alguna idiotez, le tiro la copa de vino a la cara. —La carga hasta arriba como si fuera un revolver.

—Se la tiramos todas —secunda Sophia.

Se detiene a mi lado. Llega sonriendo y con ese aire de superioridad que le rodea. Es mi ex menos feo. Sabe utilizar su atractivo y aprendió a manipular desde muy joven. Moreno, nariz puntiaguda, labios finos y ojos grandes.

—Hola, chicas —saluda como si no hubiese pasado nada y Mia no le hubiese gritado en medio de una discoteca que se iba o lo sacaba a rastras—. ¿Qué tal estáis?

—De maravilla hasta que has llegado —responde la bróker.

—Sigues tan simpática como siempre.

—Mi simpatía es para quien la merece.

Brandon obvia el comentario y se centra en mí.

—Hola, Ava. Estás más delgada. —¿Creéis que me halaga? ¿Qué me adula y es educado? Pues su intención es justo la contraria. Me conoce a la perfección y está al tanto de mi obsesión por mi delgadez, a veces preocupante. ¿Cojo el tenedor y se lo clavo en el ojo? No. ¿Me cuelgo de la lámpara y le doy una patada voladora? No. La agresividad hay que dejarla a un lado, pero la imaginación es infinita y yo lo vislumbro rodando en plan croqueta por el suelo después de darle una patada en los cojones.

—Tú tienes menos pelo. —Juro que no iba a hacerlo, que rebajarme a su nivel no es lo más correcto, sin embargo, si hay alguien que se merezca probar de su propia medicina, es él, y su

obsesión por la caída del cabello le ha costado muchas noches de sueño y bastante dinero. En realidad goza de una buena cabellera, cabe la posibilidad de que se haya hecho un trasplante de pelo.

—¿Podemos hablar un momento? —Pone su mano sobre mi hombro y un millón de sensaciones, todas malas y dañinas, me recorren de arriba abajo.

Brandon gruñendo porque la comida está fría.

Brandon quejándose porque he llegado tarde.

Brandon inventando excusas para no vernos.

Brandon dejándome tirada en cualquier restaurante.

—No puedo, estoy ocupada.

—Solo serán cinco minutos.

Giro el cuello y le clavo la mirada. Esto lo aprendí demasiado tarde con él. No dar mi brazo a torcer ni por todo el oro del mundo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—¿Estás segura? —Me acaricia la parte alta del hombro.

A continuación, lo agarro por la muñeca y lo retiro. ¿Por qué tiene que tocarme y menos de esa manera? ¿Le he dado permiso?

—Completamente. Adiós, Brandon.

Se lo piensa durante unos segundos, mas recapacita y se marcha sin insistir.

Mía se mete el dedo en la boca fingiendo una arcada. Sophia me pregunta si estoy bien y Emma carga las copas de vino y anuncia que tiene una sorpresa.

—Espero que no sea como esa —aludo lo que acaba de pasar.

—Una sorpresa buena. —Coge el bolso, lo abre y saca algo de dentro—. No soy hija de Madonna, pero sí sobrina del ayudante de cámara de la última película de Chris Pratt y tenemos pases para la fiesta que da la productora esta noche en el hotel Equinox.

Se abren tres bocas y seis ojos alrededor de la mesa.

—Supongo que os habéis quedado en shock —ríe Emma.

—¡Oh, Dios mío! —So se lleva la mano derecha al pecho—. Esta es mi oportunidad. Chris se enamorará de mí y tendremos cinco hijos y dos perros.

—¿Hablas en serio? —Le quito los pases para comprobar su autenticidad. En realidad no sabría averiguar si son falsos o verdaderos pero me hago la interesante. Fotocopias no parecen. Negros, con ribetes dorados y letras rosas.

—No bromearía con esto.

Os voy a decir algo: Ojalá esas invitaciones fuesen tan falsas como los billetes del Monopoli.

La terraza del hotel Equinox tiene más de mil metros cuadrados sumando sus tres alturas. Con una piscina infinita y una escultura de hierro dibujando sobre las luces un rostro de cuatro metros de altura. Varias fuentes de fuego y un escenario al fondo donde el grupo The Fox's Lair ameniza la velada.

—Para ti Chris, para mí Pablo —digo a So con una sonrisa de oreja a oreja.

—Trato hecho —responde sin dudar.

Nos damos un apretón de manos y sellamos el trato.

—No creo que sus esposas estén de acuerdo con eso —apunta Emma.

—Déjanos soñar —pide Sophia.

—Me encanta esta canción. Vamos a bailar. —Agarro a la secretaria de la mano y corremos hasta el centro de la pista donde una decena de invitados bailan al compás de una de sus canciones más conocidas y antiguas en una versión moderna y con mucho ritmo, titulada: Sin ti mi música no suena.

«Odio este pequeño trozo de papel  
 porque es él y no tú quién está ahora entre mis manos.  
 Odio esta guitarra  
 porque es a ella y no a ti a quién puedo acariciar.  
 Odio al mundo porque él te tiene ahora y no yo...».

«Era tal el miedo a perderte,  
 que hasta un piano tocado por mil almas verdaderas  
 no me parecía una sinfonía sincera  
 para dos corazones enamorados.  
 Por qué será que sin ti mi música no suena.  
 Una estatua intentando ser modelada, confundida y desesperada  
 por el solo motivo de la falta de tu ser.  
 Siento que floto en una niebla que va a la deriva,  
 que estoy solo y confundido, pido auxilio y nadie me escucha...  
 Solo quiero volver a sentir tu piel».

«Oír flotando el miedo, la desesperación,  
 no poder decirle al mundo que te sigo amando...  
 una impotencia indefinible al no besar más tus labios».

«Ahora solo intento sobrevivir,  
 conformarme con recordar  
 que me fundía con tus besos;  
 ojalá no existieran los recuerdos,  
 sería más fácil olvidarse de ti».

«Tal vez vuelva la locura que un día nos unió,  
tal vez se vaya la razón que un día, sin quererlo, nos separó».

—Dicen que la escribió porque su mujer lo dejó y le rompió el corazón —grito a mi  
acompañante de baile ya de camino a la barra más cercana, donde Mia y Emma piden una copa.  
—Yo me hubiese prestado voluntaria para pegar los trozos rotos. ¿Has visto sus ojos?  
—Me vuelven loca.  
—Tal vez puedas conocerlo hoy.  
—¿Estás loca? —Me sale voz de grillo.  
—¿Qué habláis? —Mia nos ofrece dos copas de Martini rojo que aceptamos sin pegas.  
Estamos secas.  
Casi me la bebo de un trago.  
—Que Ava tiene sueños húmedos con Pablo Aragón.  
—¿Y quién no? —Emma lo mira desde la distancia.  
Ahora comienza a sonar otra de sus melodías, esta más lenta.

«Si tú quisieras y mis miedos no existieran.  
Si tus piezas pudieran moverse al compás de mi sonrisa.  
Antes que el océano nos ahogue.  
Antes de que el sol nos derrita.  
Si tú quisieras y mis miedos no existieran.

Déjame quererte con mi música.  
Déjame desnudarte con mis ganas.  
Déjame vestirme con mis besos.  
Déjame expresarme sin palabras.

Solo quiero eso.  
Entrelazar nuestros dedos.  
Sentir que mi mundo se completa.  
Tú eres, nena.  
Tú eres mi chica imperfecta.  
Si tú quisieras y mis miedos no existieran».

—Esta la escribió por mí —fantaseo.  
—Claro que sí, cari —sigue Mia y me da un beso.  
—Disculpa, ¿te importa hacerme un hueco? —Una voz educada y robusta habla a mi lado.  
—Por supuest... —La o la hago muda pero la dibujo con los labios cuando veo al gigante  
que tengo al lado. Dwayne Johnson me mira con una sonrisa muy bonita, ¡y me mira a los ojos!  
—Perdona, es que soy muy grande. —¿Me sigue hablando a mí?  
Mis pies se han pegado al suelo y me convierto en una estatua rígida y firme.  
Emma me da un codazo y ni aún así reacciono.  
So me hace a un lado y contesta por mí a La Roca. ¡La Roca! He visto todas sus películas.  
Desde el Rey Escorpión a Alerta Roja, pasando por la mítica A todo gas.  
—Discúlpela usted, tiene un retraso social del noventa por ciento. —Si no me hubiera  
quedado helada, le daría dos guantazos a mi adorable amiga Sophia—. Los doctores han tirado la

toalla con ella, no tiene remedio. —¡Sigue!

Sophia muerta en...

Tres...

Dos...

Uno...

Imposible. Ni me inmuta. El diagnóstico de los médicos es irrefutable.

—¿Necesitáis algo? Voy a pedir. —El actor y exluchador profesional en la WWE sigue hablando.

—Oh, gracias. Estamos servidas —le responde como si estuviera charlando con un tío cualquiera.

Dwayne se despide con amabilidad y se aleja, haciéndose un hueco en la barra.

—Ha sido surrealista. —Mia suelta una carcajada.

—Surrealista lo que va a ocurrir ahora —avanza So.

—Si está aquí Will Smith, me desmayo —avisa Emma.

—Este es menos moreno y más gilipollas, porque criando malvas no está —se explica.

Tal vez Emma y Mia lo pillan a la primera. Yo intento salir de mi letargo y comienzo a mover los dedos poco a poco.

—Ava, ¿te has despertado ya? —La bróker se preocupa por mi vuelta al mundo real.

—Estoy en ello.

—Pues date prisa, reina. Milan a mi seis y avanzando en esta dirección.

¿Qué?

¿Qué?

¿Por quééééé?

—¿Me ha visto? —Quizás esta vez me da tiempo a agacharme. Soy capaz de tirarme a la piscina (voy a arrepentirme de decir esto) y hacerme la muerta.

—Creo que no —cuchichea Emma.

—Escondedme, por favor, por favor, por favor, por favor... —suplico con la cabeza cada vez más gacha.

—Ya se ha ido. —La voz de Sophia me tranquiliza.

—¿Va con alguien? No, no quiero saberlo.

—Lo acompaña una mujer muy guapa —Mia arruina mi velada.

—Eres mala —le reprocha So—. Va con un chico, nena. Un chico muy guapo.

—Creo que voy a vomitar —anuncio.

—¿Quieres que nos echen? —Sophia se asusta.

—Ahora vuelvo. Voy a buscar una maceta. —Me agarro el estómago.

—La manía que tienes con las macetas —comenta Emma mientras me voy.

Maceta, árbol, farola, gente, columna o similar para esconderme, por favor.

Gracias.

La maceta no es por echar la pota, sino para agazaparme y esperar que mis amigas decidan que nos vayamos de lo que ahora me parece un antro infernal. Qué calor y cuánta luz hay aquí. Deberían bajar los focos o prescindir de algunos de ellos.

Encuentro un árbol de mediano tamaño. Menos mal que soy muy delgada. Me escondo tras sus ramas y asomo la cabeza apartando las hojas verdes con las manos y visiono la sala en busca de Milan para correr en dirección contraria.

«¡Ay!». Se me mete una de las ramitas del arbolito tras el que me escondo en un ojo y, por un momento, me quedo sin visión.

«Mierda, duele».

Doy un paso hacia atrás y por instinto me agarro al tronco fino confiando que va a mantenerse firme cuando se tumba hacia mí y trato de no caerme de culo dando pasos de espaldas. Cuando creo que me he salvado de una de mis tantas muertes inminentes, mi pie izquierdo se tuerce y grito. Grito por si alguna persona a menos de diez metros no se había dado cuenta de que Ava Jones, la persona más torpe de Manhattan, está a punto de caerse a la piscina.

Sí. Mi cuerpo se lanza a la piscina como si de una flecha se tratara y llega hasta el fondo, ni más ni menos. Pero ahora viene lo mejor. ¿He dicho que no sé nadar? Mi abuelo quiso enseñarme hace veintidós veranos y yo puse todo mi empeño en aprender, no obstante, que casi me ahogara en una playa de Los Hampton frustró mis ilusiones de convertirme en nadadora profesional (nótese la ironía).

Intento salir a flote moviendo brazos y piernas para lograr hundirme más y que el agua inunde mis pulmones. Vale, soy un poco exagerada, sin embargo, llega un momento que el miedo se apodera de mí y, para colmo, comienzo a gritar y a pedir ayuda.

¿Dónde están mis amigas?

¿Me muero en una fiesta de famosos y no se enteran hasta que salga en los periódicos?

«Ahogada mujer de veinticinco años. Murió por gilipollas». No soy periodista, así que no valorem el titular.

Una mano tira de mí hacia arriba mientras yo sigo dando patadas y manotazos y muevo la boca como si fuera un pez dentro de una pecera al que acaban de dar la comida.

—¡Tranquila! ¡Deja de moverte! —Me agarro a unos hombros anchos y firmes mientras sus manos van hasta mi cintura y me levantan.

Por fin mi cabeza sobresale del agua por completo y puedo centrarme en lo que tengo frente a mí, o debería decir a quién tengo con su cuerpo mojado pegado al mío.

—¿Qué haces?

—Evitar que te ahogues —explica Milan.

—¡Suéltame! —Habla mi dignidad y mi estupidez, porque si me suelta, vuelvo a hundirme.

—¿Estás bien? —El brillo de sus ojos y la preocupación que emana de ellos me ablandan.

Cojo aire y lleno mis pulmones, que falta me hace.

—No sé nadar. —Casi me pongo a llorar.

Milan solo me lleva hasta el filo para que otra persona me ayude a salir. Él lo hace detrás de un salto, ágil y certero.

—¿Estáis bien? —pregunta un chico con cara de preocupación.

—Creo que sí. —El modelo de revista me mira.

—Estoy bien —afirmo.

—Menudo circo habéis montado. —Ríe ahora mi segundo salvador, un chico pelirrojo.

—Gracias, Mason. Ella es Ava.

—¿Ava? —Alza una ceja.

¿Me conoce?

—Ava, él es mi amigo Mason. ¿Tienes frío? —Me agarra del brazo.

¿Frío? Estoy helada. Ahora mismo podría convertirme en cubito de hielo. Me siento Anna, la hermana de la princesa Frozen a la que acaba de congelar por equivocación.

—¿Por qué no la acompañas a tu habitación y se da una ducha de agua caliente? —propone Mason.

—No... No es... necesario. —Me tiembla el labio y todo el cuerpo.

—¡Ava! —Sophia llega hasta mí acompañada por las chicas.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesa Mia.

—Cariño, vas a enfermar —dice Emma.

—Si no os importa, voy a llevarla arriba para que se cambie. —Milan pide autorización a mis amigas.

—No es necesario. Me voy a casa. —Me niego a subir a su habitación de este maravilloso hotel. Seguro que es preciosa, pero no, no quiero verla.

—Ava, es buena idea. Vas a coger una pulmonía. —Sophia secunda la idea sin dejar de mirar a Mason.

Buen momento para fijarte en un tío, So. Yo a punto de convertirme en estalactita y tú a punto de tirarle la caña al pelirrojo.

—Ve con él, Ava. Nosotras te esperamos aquí —Mia también me arenga a que me meta en la cueva del lobo, ¿o es del oso? Da igual, como si me encuentro dentro un orangután. La cuestión es que debería pasar de Milan como él ha pasado de mí durante toda la semana.

Voy a negarme, lo prometo, pero me doy una ducha de agua caliente y me quito el agua o mañana tengo que ir a urgencias y no tengo dinero para gastar en médicos y medicinas.

—De acuerdo —accedo—. Ahora os llamo y me voy. Vosotras podéis quedaros.

Subimos en el ascensor en el mutismo más absoluto. Por suerte solo son cinco plantas; la fiesta se celebra en una de las terrazas del edificio de altura media del complejo hotelero.

Camino un paso por detrás hasta detenernos delante de una puerta negra. Milan introduce un número en un panel digital y, tras un clic, el portón, grande y alto, se abre por completo a un ritmo constante.

La habitación, de colores oscuros, es más grande que nuestro piso. Lo definiría como un *loft* de lujo en las puertas del cielo. Un conjunto de sofás con dos mesas pequeñas al fondo, a la derecha una cama *king size* y al lado un vestidor como el que sueño desde pequeña; lo cargaría de zapatillas Converse de todas las formas y tonalidades.

—El baño está justo detrás de ti. —Señala a mi izquierda—. Aquí tienes toallas. —Abre un armario y me las enseña—. Deja la ropa mojada detrás de la puerta y llamo a lavandería. En menos de una hora la devolverán seca.

—¿Vas a entrar? —pregunto asombrada.

—El baño tiene varias estancias. Ahora lo comprenderás. —Sonríe—. Hay varios

albornoces colgados de la pared del fondo. Utiliza el que quieras. —Levanto las cejas por lo que está ocurriendo. Me lo cuentan y no me lo creo—. Están todos limpios. —Él cree que mi reacción es de asco o similar.

—No te preocupes.

Cojo dos toallas blancas de una de las baldas y me escondo para la eternidad en el cuarto de baño. Voy a definirlo: así me imagino yo el baño de Kim Kardashian, o el más grande de Buckingham Palace.

Sin palabras.

Me quito la ropa y la dejo en una banqueta gris que hay junto a la puerta y giro una esquina; pronto me percató de que para no perderme aquí dentro voy a necesitar un mapa.

La ducha es otra historia. De dos metros por dos metros. Con varias posiciones y una decena de regaderas en las paredes y en el techo. Esto puede compararse con una atracción de feria. Diez clases de gel, veinte de champú para el cabello, cinco de cremas, sales de baño, perfumes...

A pesar de que me podría quedar a vivir aquí, no tardo más de veinte minutos en salir con el albornoz abrochado como si de una camisa de fuerza se tratara.

## MILAN

Escucho el agua caer dentro del baño y me parece increíble que estemos aquí, que Ava esté desnuda en mi habitación. Llevo toda la semana evitando marcar su número y llamarla, y si hubiera seguido lo que dictamina mi corazón, lo hubiera hecho el primer día. Pero mi cabeza y la razón me dicen que no, que no me acerque a ella, que me aleje, que no merece que le haga daño a pesar del que ella me causó.

«Solo erais dos niños, Milan, por Dios», me digo.

Me refriego la frente y suelto algunos improperios.

Supe que no podría mantenerme alejado de ella en cuanto la vi entrar en la fiesta. Tuve que bajar al hall con la excusa de una reunión importante para poner metros de por medio hasta que se me pasara.

Ni de coña eso pasaría.

Cuando volví a la terraza la vi esconderse detrás de la vegetación que adorna una de las esquinas. No me pensé tirarme a la piscina en cuanto su cuerpo se zambulló y además no salía a flote.

«¿No sabe nadar? ¿Qué persona en su sano juicio no sabe nadar?»

Tras este pensamiento no controlo que una sonrisa se dibuje a óleo en mi rostro.

Un teléfono suena en el dormitorio. Me llevo la mano al bolsillo de mi chaqueta y saco mi iPhone mojado. Trato de encenderlo pero me temo que a este no he podido salvarlo.

Pronóstico: Muy ahogado.

El timbre sigue sonando y caigo en la cuenta de que es el teléfono fijo de la habitación que se ubica en una mesa junto a la cama.

—¿Sí?

—¿Todo bien? —Mason demanda sinceridad, lo conozco.

—Está en la ducha.

—Tienes el móvil apagado.

—Ha muerto en la piscina.

—Lo he imaginado. —Lo escucho respirar—. ¿Recuerdas lo que hemos hablado durante esta semana?

Me muerdo el labio inferior con los dientes mientras me quito la chaqueta y me abro la camisa, ambas empapadas.

—... Sí.

—No pareces muy convencido.

—Pues lo estoy.

—No merece la pena, Milan. Las personas cambian. Por lo que me has hablado de ella, es buena persona.

—Siempre lo ha sido.

—Y tú también lo eres. Déjala en paz o no te lo perdonarás nunca —sigue con el discurso de hace días.

- Tranquilo, ¿vale? Solo quiero ayudarla.
- Eso espero. Te dejo. Leon viene hacia mí.
- Mándalo a tomar viento.
- Lo haré. En cuanto aparezca mi dinero.

Cuelgo y llamo a recepción. Solicito que suba alguien con urgencia y cuento en un breve resumen lo que necesito.

Dos minutos más tarde, el tiempo que tardo en quitarme los pantalones, ponerme ropa cómoda, abrir la puerta del baño y coger la ropa de Ava obviando que su cuerpo mojado se sitúa a solo unos tres metros de mí, una camarera de piso llama a la puerta.

Abro y le doy las gracias antes de que se vaya. Ha metido el vestuario en varias bolsas de plástico con experimentada meticulosidad y me asegura que en treinta cinco minutos la subirá seca y planchada.

Ava sale justo cuando paso por el pasillo. Lo hace con el pelo húmedo y peinado cayendo sobre su espalda y uno de los albornoces blancos escondiendo su cuerpo. Va descalza y con un brillo inusitado iluminando su cara. Las mejillas sonrosadas y la piel visible morena y tersa.

- Ahora soy yo el que tiembla.
- Ava me sacude hasta el alma.

Milan está de espaldas junto a la ventana. Lleva un pantalón de chándal gris muy liviano y una camiseta blanca básica que se pega a sus hombros dibujando su masculina figura. Va descalzo y lleva el pelo aún húmedo y revuelto. Trato de no quedarme en *shock* cuando se gira y sus ojos verdosos buscan los míos. Realmente es muy guapo, pero su belleza no es complicada, sino más bien sencilla y mundana.

—¿Has entrado en calor?

¿Lo pregunta en serio? Ahora mismo la temperatura de mi cuerpo sube diez grados por segundo. Me quedan cinco para derretirme sobre la moqueta y que tenga que recogerme con cuchara.

—¿Dónde está mi ropa?

—La subirán de un momento a otro. Puedes ponerte lo que quieras de mi armario.

—No quiero... —suspiro—... molestar.

—No es molestia. Quiero ayudarte. —Pasa por mi lado y se detiene frente a uno de los armarios. Tras unos segundos, saca un par de prendas de ropa—. Esto puede servirte. —Camina hasta mí y yo lo hago hacia él, ¿y qué sucede? Que tropiezo con una alfombra de pelo largo y me caigo de bruces contra el suelo.

—Ava... —Milan se agacha para ayudarme.

Me doy cuenta de que el albornoz se ha subido casi a la altura de la cintura y enseño toda la pierna y parte del culo.

¿Podría morirme ahora? O al menos desmayarme. ¿Me hago la muerta?

Agarro los bajos y tiro de ellos para cubrirme.

—Te has hecho daño —informa él, con la vista sobre mi rodilla, sangrante.

—Dios mío... —musito.

—No es nada.

—No es por eso. —No entiendo ni cómo atino a hablar con la vergüenza apretando mi estómago—. La alfombra...

La alfombra de pelo largo luce de un rojo intenso muy bonito pero inapropiado.

¿He dicho que es blanca?

De un blanco puro.

—No te preocupes por eso. ¿Puedes levantarte?

No solo puedo, sino que lo deseo.

Por fortuna, me ofrece ayuda y no tengo que hacer la croqueta por el suelo. Es lo único que me falta.

—Siéntate en la cama. Voy a buscar el botiquín. Debe estar en el baño. —Desaparece por el pasillo.

«Anda, Ava, que no puedes ser una persona normal, que camine normal y que tropiece con una farola de vez en cuando porque va pendiente del móvil. No, Ava, tú tienes que caerte cinco veces al día y cada vez que tienes a Milan delante. ¿Es posible que tu subconsciente provoque las caídas intentando que en una de ellas tu boca choque contra su boca?».

No descartamos teoría.

Me despierto a la deriva. ¿Dónde estoy? Qué cómoda me siento y qué calor más agradable me

recorre el cuerpo, relajado y lánguido. Parpadeo varias veces hasta que consigo abrir los ojos y observar mi alrededor. Lámpara de cristal que cuelga de un techo gris, una ciudad coloreada de luces tras una pared de cristal..., Milan dormido en uno de los sofás y mi ropa, ya limpia y seca, colgada de un perchero junto al pasillo.

No puedo ni quiero moverme. Se está tan bien aquí. ¿Pasa algo si me hago la dormida y alargo el momento un par de horas? Caigo en un letargo sin quererlo. Cuando vuelvo a mí de nuevo, Milan ha desaparecido y escucho ruido en el baño. Aparece unos segundos después y tarda unos más en advertir que lo miro desde la cama.

—Estás despierta.

Obvio. Mis ojos no pueden cerrarse ante tal alarde de elegancia y sensualidad. Su cuerpo, desnudo de cintura hacia arriba, parece cincelado sobre mármol como si de un Miguel Ángel se tratara.

—¿Todo bien?

—Ha llegado mi ropa... —Musito—. Será mejor que me vaya... —Me incorporo y poso los pies sobre la moqueta, cálida y suave, como me imagino ahora sus labios.

—No quiero que te vayas. —Milan siempre sincero.

—Pero...

—¿Quieres quedarte?

¿Quiero?

¡Claro que sí!

Mas yo no soy tan sincera como él y me lo callo, aunque el deseo en mis ojos responde por mí con un rotundo sí y él, con una seguridad y confianza aplastantes, acorta nuestra distancia a pocos centímetros.

Pronto noto la firmeza de sus manos sobre mi cintura que relaja para desabrocharme el albornoz con suavidad y cautela.

Mi respiración se acelera por momentos.

Lo agarra del cuello y lo hace deslizar por mi espalda hasta que cae al suelo. Introduce sus dedos bajo mi camiseta y mi piel se electrifica al contacto con la suya, que arde y me quema.

—Ava... —suelta entre suspiros que abanicen mis mejillas encendidas.

Huele a cereza...

Huele a me gustas demasiado...

Mis labios buscan los suyos, hinchados y formando casi un círculo por los pequeños jadeos, y, cuando se encuentran, una explosión de adrenalina me recorre la sangre. Nuestras lenguas se enredan para crear un baile acompasado.

Busca mis pechos para masajearlos con cuidado pero sin dudas y cierro los ojos para disfrutar del placer que me trasmite.

Sus dedos se pierden en dirección descendente hasta dar exactamente con mi clítoris, donde se entretienen en un masaje rotatorio que me saca de las entrañas un gemido que él apaga con su boca.

Me masturba durante unos minutos mientras sus dientes muerden mis labios y mi cordura coge un avión a Ciudad de Cabo (con billete de vuelta y compañera de viaje: la vergüenza).

Adiós, prudencia.

Hola, desinhibición.

Agarro su polla, suelta bajo los pantalones de pijama, y la masajeo de arriba abajo hasta notarla dura y fibrada.

Milan cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás.

—Arrggg —masculla.

Después, pega su frente a la mía y deja nuestros labios a solo dos milímetros de distancia.

Quiero morderlos con fuerza.

Respiraciones mezcladas.

Y muchas ganas de sentirlo entero.

Febрил por el deseo, Milan me saca la camiseta por la cabeza y el pantaloncito por los pies y me deja completamente desnuda. Siento por cada poro de mi piel, sensible y receptiva, su apetito por devorarme.

Me tumba hacia atrás hasta que mi espalda se pega al colchón y me abre las piernas para colocarse entre ellas de rodillas.

—Eres perfecta...

Con mimo, o así lo siento, estira los labios exteriores y acerca su lengua hasta mi clítoris, ya hinchado y húmedo. Lo chupa, juega con él, hace círculos, se retira, se vuelve a acercar, lo lame en espiral...

—Ah...

Trato de quedarme inmóvil, sin embargo, mi cuerpo se remueve al ritmo de mis sonoros gemidos que no se pierden con la grandeza de la habitación.

Me rindo. Me rindo a él y al orgasmo que se avecina. Las paredes de mi vagina vibran, todo mi cuerpo lo hace cuando un rayo lo atraviesa y levanto mi espalda del colchón, se eleva y se tensa, como mis piernas.

Me dejo llevar y todo mi cuerpo convulsiona. Mi garganta exhala un jadeo ronco y mi cerebro y mi sexo se funden hasta licuarse y mojar su boca, su cara y las sábanas de una cama que huele a sexo mezclado con el aroma inconfundible a cerezas de ÉL, de Milan en mayúsculas.

No espera a que me recupere y eso me excita aún más. Se quita los pantalones, busca un condón en la cartera, se lo coloca con pasmosa maestría y vuelve a arrodillarse entre mis rodillas. Con una mano se agarra la polla y la lleva hasta la entrada de mi vagina, donde sigue jugando haciendo figuras y me abro más y más hasta que siento la dureza de su sexo en el fondo del mío.

Grito.

Él jadea sobre mi boca.

Me vuelvo loca y le pido más, mucho más.

Él intenta controlarse, lo noto, lo huelo, lo siento, pero mis palabras lo lanzan a dejarse llevar y sus caderas cambian de ritmo a uno duro y cada vez más rápido.

—Perfecta... —gime sobre mi boca.

No puedo articular palabra.

No puedo respirar.

No puedo coordinar y explicar cuánto me gusta sentirlo ahí. Dentro de mí. Fundidos en uno.

Me besa.

Lo beso.

Dientes.

Lengua.

Saliva.

Su cuerpo en fricción con el mío.

Sudor.

Jadeos.

Gemidos.

Me fascina cómo me hace sentir y la rapidez que el segundo orgasmo crece dentro de mí.

La premura de mis suspiros lo avisa de la llegada y acelera el ritmo. Se aferra a mis caderas y nuestros pezones se rozan para catapultarme al lugar al que quiero llegar.

Me corro sin querer ni poder disimularlo.

Él lo hace segundos después.

Y nos besamos.

Nos besamos mucho mientras seguimos fundidos en un solo ser.

Lámpara de cristal que cuelga de un techo gris... Pero esta vez la ciudad no duerme tras los cristales; se mueve despierta bajo un sol reluciente y una vorágine de coches y viandantes que ignoran lo que ha pasado en esta habitación esta noche.

Los besos de Milan.

La cabeza de Milan entre mis piernas.

Mi espalda convulsionando.

Sus jadeos sobre mi boca.

Milan sobre mí.

Milan diciéndome lo perfecta que soy.

Su sexo dentro de mi sexo.

Su cuerpo sudoroso rozando con el mío.

Mis pezones erectos...

¡Mis amigas!

¿Qué habrá sido de ellas?

¿Estarán preocupadas?

Me levanto de un salto y busco mi móvil.

No hay rastro de Milan. Eso me deja más tranquila. Después barajo la idea de que haya salido corriendo y no quiera saber nada mí. Ahora lo primero es lo primero.

Veo mi bolso sobre una silla y corro a cogerlo. Mi teléfono está dentro. Quiero decir que mi teléfono muerto por ahogamiento está dentro. Lo observo con mucha pena y con ganas de hacerle un funeral a la medida. Le tenía mucho cariño. Vale, mucho cariño y me costó mucho dinero. Vendí un riñón para comprarlo. No puedo vender el otro por razones obvias.

Camino de vuelta a la cama y busco el teléfono fijo de la habitación de hotel. Sé el número de Sophia de memoria. Marco con premura y espero tres, cuatro tonos a que lo coja.

—Buenos días, Ava —responde con tranquilidad.

—No te noto preocupada.

—¿Por qué debería estarlo? —Se alerta—. ¿Ha ocurrido algo? Me refiero a algo malo.

—No, no. Solo que no volví a la fiesta y pensé que estaríais intranquilas.

—Mason nos avisó de que te habías quedado dormida.

—¿Mason?

—El amigo de Milan. El chico que te ayudó a salir de la piscina —explica como si yo fuera tonta o me hubiera dado un golpe en la cabeza. En realidad me lo di, pero ella no lo sabe—. El guapo.

—Sé quién es Mason.

—Entonces, ¿para qué preguntas? Milan lo llamó para que nos dijera que estabas bien, que pasarías la noche en el hotel. ¿Vas a decirme ya si te has acostado con él?

—Yo... —Me muerdo el labio inferior.

—Eso es un sí. ¿Estuvo bien?

—¡So!

—Eso es otro sí. ¿Vienes a casa o te quedas en tu castillo? Todas con castillo. Voy a tener que buscarme uno.

—¿Dónde tienes las toallas? —Esta pregunta la hace una voz de hombre al otro lado de la línea.

—¿Quién es ese? —La curiosidad puede conmigo.

—Nadie.

—Nadie tiene una voz muy varonil.

—Espera. —Tapa el auricular, pero la escucho—. En el tercer cajón. —Me habla a mí de nuevo—. Es Mason.

—¿Mason? —Me sale voz de grillo.

—¿Qué pasa, nena? ¿Solo puedes acostarte tú con un modelazo?

—Yo no me he acos...

—No termines esa frase. No me gusta que me mientas. Y ya me has dicho que te lo has tirado.

—Yo no te lo he dicho.

—Ava, no tengo tiempo para mantener esta conversación de besugos. Voy a disfrutar un ratito de hombre de calendario. Disfruta tú del tuyo.

Pi, pi, pi, pi.

Me quedo como una boba observando el teléfono y asimilando que mi mejor amiga me acaba de colgar tras anunciarme que va a echar un polvo y aconsejarme que eche yo otro.

—Estás despierta. —Milan sale del baño casi desnudo. Con una toalla alrededor de la cintura.

Sin palabras me hallo.

—Sí... —He dicho una, pero muy sencilla.

—¿Tienes hambre? He pedido el desayuno. —Viene hasta mí, hinca una rodilla en la cama y me da un beso en los labios.

Huele a jabón.

Y a cereza...

Se detiene junto al armario, se quita la toalla con naturalidad y se pone unos slips blancos mientras yo lo observo con la boca abierta.

¿De verdad está pasando todo esto?

—¿Ava? ¿Te incomodo?

Parpadeo varias veces y controlo mis neuronas, algunas sorprendidas y otras calentando motores.

—¿Qué le dijiste a mis amigas? —Cambio de tema.

—Te quedaste dormida y me pareció que dejarte dormir era lo mejor. Llamé a Mason para que le consultara a tus amigas. Les pareció bien y me acosté en el sofá. Fuiste partícipe del resto de la noche.

Ava poniéndose colorada en una milésima de segundo.

—He pedido café. Y huevos con bacon. No te gustan los *bagels*. Ni dulces ni salados.

Un desayuno altamente energético.

—Gracias, pero lo mejor será que me vista y me vaya.

—¿Por qué tienes que irte? ¿Trabajas?

«Di que sí».

—No, no es eso.

«Muy bien, Ava. Todo controlado».

—¿Entonces? ¿Por qué tanta prisa? —Se escucha cómo llaman a la puerta—. Ahí está el desayuno. Comemos y te llevo a casa. ¿Te parece?

¿Por qué no? Ya me he acostado con él. Desayunar no me va a matar.  
Lo que mata son las mentiras.

25

MILAN

Ava ha sido siempre mi amor platónico. Desde aquella mañana que papá abrió la puerta de casa también se abrió en mi corazón una brecha que se hizo más grande conforme pasaban los meses y ella me ignoraba. Me decía que éramos amigos y me conformaba con las migajas. Cuando ella me miraba y me hablaba, el mundo se detenía y todo cobraba un nuevo sentido. Esperaba cada tarde a que nos encontráramos en algún lugar, en algún momento. Me impacientaba si los días pasaban y no coincidíamos. Los sábados por la mañana me despertaba ansioso porque sabía que cortaría el césped y tendría la oportunidad de hablar con ella sobre música, videojuegos o el último partido del equipo de fútbol del colegio.

Ava me rompió el corazón y supe a qué suena los pedazos al caer. Desde aquel día, solo quise hacer una cosa: destruirselo y que escuchara el eco de sus trozos contra el suelo.

—Gracias por acompañarme —digo cuando detiene el coche, esta vez de alta gama, junto a la acera.

Hemos bajado al garaje del hotel donde estaba aparcado y he tratado de ocultar mi asombro cuando lo he visto. No sé de qué auto se trata, sin embargo, hasta yo, que no entiendo de estas cosas, sé distinguir una máquina de precisión y repleta de elegancia con una chatarra como la que conducía Sami, una amiga de la universidad que se fue a estudiar a Irlanda y desapareció de nuestra vida porque se enamoró de un tipo que frecuentaba un bar. Sé de ella por las fotos que sube a las redes sociales. Ahora tiene el pelo verde y un niño pelirrojo.

—Deja de dar las gracias por todo. —Sonríe—. Te queda bien esa sudadera. —Hace referencia a lo que llevo puesto sobre el vestido. El día se ha levantado muy nublado y las temperaturas han bajado varios grados.

—Gracias por... —Me arrepiento—. Te la devuelvo mañana mismo.

—¿Quedamos para un café?

—Oh, no quería decir eso. —¿Cree que le estoy pidiendo una cita? ¿Me la ha pedido él?

—Sé lo que querías decir. Me encantaría que quedáramos para tomar un café en Un Corazón en Nolita.

—No tienes que hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Quedar conmigo porque nos hemos acostado. No es lo que espero.

—Ah, ¿no? —pregunta muy serio.

Suelta una carcajada unos segundos después.

—Ava, no voy a ignorarte. ¿Vas a hacerlo tú? ¿Quieres que volvamos a vernos? A mí me encantaría.

—Mañana tengo mucho trabajo. ¿Te viene bien el... —reviso mi agenda—... miércoles?

—El miércoles viajo a Londres, pero volveré el sábado. ¿Te llamo cuando aterrice?

Dan dos golpes en mi ventanilla y me llevo las manos al pecho. Milan baja el cristal y Mason sonrío despeinado al otro lado de la puerta.

—Vamos, tortolitos. Tengo que estar en Midtown dentro de media hora —anuncia.

—¿Puedo llamarte? —Milan lo ignora y se centra en mí.

—Sí, claro. —Abro la puerta y Mason se aparta para dejarme salir.

—Buenos días, señorita. Estás viva.

—Buenos días. Gracias por lo de anoche.

—Fue un placer. —Sube al coche y cierra la puerta.

—¡Ava! —Milan me llama—. Pasa un buen día.

Entro en el apartamento y deseo con todas mis fuerzas que Sophia se haya marchado a Tailandia o más lejos y no me acose a preguntas indiscretas. Y eso que yo también tengo para ella...

La suerte no me acompaña. Los dioses del sino y de las buenas estrellas siguen dormidos a las nueve de la mañana (hora en Nueva York. Igual son de nacionalidad francesa) y So me espera bajo el vano del arco de la cocina con un café en una mano, dos galletas en la otra y una curiosidad desbordante que no le cabría ni en dos bolsas grandes de viaje.

—El modelo pasa de mí, pero yo me lo tiro como recompensa —se mofa la muy cabrona.

—Conozco a un modelo y me lo llevo a casa esa misma noche —contraataco.

—¿Qué hay de malo en eso?

Suspiro.

—Nada. Lo siento. —Le quito el café, me acomodo en el sofá y le doy un sorbo.

—Tampoco hay nada malo en que te hayas tirado a Milan. Solo quería escucharte.

—Hemos quedado el sábado.

—¿Una segunda cita? Esto promete.

—Sería la tercera. Creo... —Lo pienso.

—¿Qué más da? Vamos a celebrar que las dos hemos pasado una noche estupenda.

Madonna nos espera en Oak.

—¿El club de los famosos?

—Tiene unos pases Vip.

—La semana pasada vi en una revista que Rihanna y Leonardo DiCaprio estuvieron allí.

—Pues esta semana vamos a estar nosotras aunque no nos saquen en las revistas.

Nos vestimos mientras la música suena a todo volumen y bailamos al ritmo de Single Ladies de Beyoncé.

La semana pasa rápido. Varias sesiones de fotos. Paseos por la universidad y una tutoría que me llena de alegría con la noticia de que voy a hacer las prácticas en una de las mejores empresas de comunicación de la ciudad. Diez o quince caídas, dos en el metro por no perderlo, tres subiendo las escaleras de casa y unas cuantas por la calle. A veces parece que me ponen las farolas, bancos y personas delante para tropezarme y estamparme contra el suelo.

Mi corazón también tropieza un par de veces durante estos días al hablar con mi padre y notarlo triste y desanimado. No hago preguntas sobre la separación y nos entretenemos en hablar sobre mi proyecto de máster y lo bien que me va a ir en las prácticas remuneradas.

—Voy a darlo todo, papá. Estarás muy orgulloso de mí.

—Ya lo estoy, Ava. No lo dudes nunca.

Mi padre siempre quiso que estudiara Empresariales o Derecho, o las dos cosas, pero yo prefiero el arte, todo en general.

—El señor Pattyson dice que puedo llegar lejos. Está muy sorprendido con mi trabajo.

—Estoy seguro de ello. ¿Nos vemos el domingo? Podemos salir a comer.

—Me encantaría, papá.

—Tengo que colgar. Me están esperando para una reunión.

—Deberías jubilarte y viajar. Siempre te ha gustado viajar.

—No es el momento, pero tal vez me lo planteo pronto. —Su tono me da escalofríos y casi suelto un sollozo.

—Adiós, papá.

—Adiós, Ava.

Milan me llama el jueves. Me doy cuenta de que deseaba que me llamara en cuanto leo su nombre en la pantalla. Recojo mi cámara de fotos tras una sesión en el SoHo y cierro la cremallera con una sonrisa en los labios justo antes de colgar.

—Hola, Ava, ¿cómo te va? —El corazón me da un vuelco cuando escucho su voz.

—Acabo de terminar una sesión de fotos. ¿Qué tal estás tú? ¿Sigues en Londres?

—Llegué ayer, ¿recuerdas? ¿Sigues en pie nuestra cita del sábado?

—Sí, claro.

—Estoy deseando verte. No puedo dejar de pensar en ti.

¿Hola? Ava desmayándose ahora.

—Mason te manda recuerdos —sigue.

—Oh. Dale recuerdos de mi parte.

—Está aquí conmigo. Y te voy a contar un secreto. No para de hablar de Sophia. Siento que ya la conozco. ¿De verdad le ha dado una patada en los huevos a su jefe y ha dejado el trabajo?

Suelto una carcajada.

—Te ha dicho la verdad.

Espera, que os he contado mi semana, pero no la de Sophia, Mia y Emma.

Sophia se levantó de buena mañana el lunes y se marchó a trabajar como cada día sin saber que justo a las diez de la mañana iba a tomar la decisión que llevaba barajando desde hace meses. Su jefe se pasó con ella al terminar una reunión y trató de acercarla a él. So, ni corta ni perezosa, no se lo pensó más y le respondió con una buena patada entre las piernas. Ojo, sigo pensando que la violencia es inaceptable, sin embargo, ese cerdo se lo tiene muy merecido. No esperó ni a que la echaran. Probablemente no lo hubieran hecho porque, si habla del cerdo y del acoso al que la ha tenido sometida, se le puede caer el pelo (y me consta que lo adora). Pero mi amiga se fue con la cabeza muy alta y mandándolo a tomar viento fresco. En realidad le dijo: «Váyase a tomar por culo. Es usted un cochino». Le aplaudí cuando me lo contó. En este momento está buscando trabajo. Hoy asistía a tres entrevistas y estoy segura de que será ella la que elija porque Sophia es la mejor secretaria de todos y cada uno de los distritos de Nueva York, con patada en los cojones incluida.

Mia ha estado muy ocupada con no se qué de una caída de la bolsa y el mercado de valores. Yo el único mercado que conozco es el Urban Food en Broadway. Me encantan las albóndigas con salsa picante y las batatas al horno. Se parecen mucho a las que cocina mi abuela los domingos.

A Emma le han ofrecido participar en una película de Madonna. La vieron por la calle y la detuvieron para proponérselo. Aún se lo está pensando. Le han dado un par de semanas y una dirección para realizar unas pruebas en el caso de que se decidiera a probar. Ah, también le han entregado un cheque con diez mil dólares de adelanto por las molestias. Cosas que pasan en Nueva York, la ciudad de los sueños, ¿o esa era California? Bueno, aquí no nos quedamos atrás a la hora de soñar.

—No la conozco, pero no sé por qué no me sorprende. —Milan sigue haciendo alusión a la patada voladora contra cerdo acosador—. Puedo darle un contacto que busca una asistente con iniciativa propia. Creo que lo haría bien.

—¿Hablas en serio? —Me río.

—Sí, ¿por qué? ¿No te parece buena idea?

—Sí, sí. Pásame el teléfono por mensaje. Y muchas gracias por el detalle.

Nos despedimos con un cordial hasta el sábado aunque él me repite las ganas que tiene de verme antes de colgar.

Pum, pum. Mi corazón vuelve a bombear.

Oh, oh...

Ava enamorada a la vista.



## MILAN

—Te gusta Sophia. —Corro junto a Mason por Central Park.

Casi no puedo respirar.

—Me gusta mucho —responde entre jadeos.

Hemos entrado por la Quinta Avenida con la Sesenta y cinco y dejamos el zoo y el lago The Pond a la izquierda. El reloj marca las seis de la mañana y el frío de principios de noviembre se nota mucho en el ambiente y el vaho que sale por nuestras bocas dibujando nubes fugaces a nuestro alrededor.

Giramos a la derecha y seguimos hasta La Estatua de Alicia y el Loeb Boa Thouse.

—¿Vais a volver a quedar?

—Esta noche voy a llevarla al Box.

Llegamos al Obelisco y observamos cómo abren las puertas del Museo Metropolitano.

—Por aquí. —Mason me pide que cojamos la esquina que va hasta Delacorte Theatre—.

¿Adónde vas a llevar a Ava?

Escuchar su nombre, aunque suena constantemente en mi cabeza, me hace frenar en seco.

Me agacho y me agarro el estómago buscando aire, aunque no es la mejor forma.

Mason se detiene y camina hacia mí con la misma dificultad para respirar.

—Estamos reventados —comenta.

—Solo necesito un minuto. —Alzo la palma de la mano.

—Venga, te invito a un té y me cuentas cómo vas a salir de este lío.

—¿Qué lío?

—En el que te has metido.

Caminamos hasta un puesto ambulante que hay junto al Great Lawn, un campo de béisbol donde siempre hay personas disfrutándolo, incluso a esta hora.

—No sé de qué estás hablando. —Claro que lo sé. De sobra.

—Querías dar una lección a la chica que te rompió el corazón en secundaria y resulta que te has enamorado de ella.

—Eso no es cierto.

—Café americano y un té para la señorita —pide mi amigo al joven con gorra roja de los yankees.

—Eso es muy machista.

—Llevas razón. Soy un neandertal. Pero te has enamorado.

Me froto la frente y bufo.

—¿Azúcar? —pregunta el tendero.

—No.

—No —respondemos a la vez.

A veces somos como clones. Me pregunto si nos separaron al nacer.

A Mason le encanta el té, pero no puede vivir sin un café al amanecer.

Cogemos los vasos de cartón y nos sentamos en unos escalones cerca del Obelisco que hemos dejado atrás. Varios patinadores pasan a gran velocidad.

—Supongo que se lo vas a decir. —Da un sorbo al café—. Ay... —se queja—. Joder, está ardiendo.

—Te gusta el café muy caliente.

—Pero me gusta más mi lengua. Sé utilizarla bien. No vas a contestar, ¿no?

—No sé qué voy a hacer. Solo hemos salido un par de veces.

—Y te ha bastado para enamorarte.

—Nunca he dejado de estarlo, solo que ahora es... diferente.

Suena una música Hip Hop cada vez más fuerte, como si la trajera el viento. Una bicicleta pasa por delante de nosotros. La conduce un señor mayor con larga barba blanca y pijama de colores estridentes. Adornan la bici unas flores y la cesta delantera luce una radio antigua y un altavoz.

—¿Qué más da lo que sienta por ella? No sé lo que siente por mí. Siempre le he sido indiferente.

—Eso no es cierto. No le eras antes y no le eres ahora. —Se lleva el café a los labios—. Joder, esto está frío.

Suelto unas carcajadas.

—Te quejas por todo.

—Ayer vi a Abigail. Quiere hablar contigo. Te ha llamado varias veces. —No contesto—. No te lo digo para que la llames. Te lo digo para que sepas que quiere volver contigo y no parará hasta conseguirlo. Ya sabes cómo es.

Lo sé. Caprichosa y absorbente. Tiene que tener lo que quiere cuando quiere y lleva un par de semanas intentando ponerse en contacto conmigo. ¿La quiero? Tal vez, pero ahora sé que nunca he estado enamorado de ella.

—¿Nos vamos? Tengo una reunión con Leon en una hora.

—Nunca me ha gustado ese tipo.

—Tranquilo. Después de hoy no volveremos a verlo. Voy a mandarlo a paseo.

—Demasiado has tardado.

—Solo necesitaba pruebas. Mi abogado también estará. Estoy deseando verle la cara que se le queda. Va a pagarme hasta el último centavo.

Me doy una ducha y me preparo otro té. Con él en la mano voy hasta el salón y abro el segundo cajón del mueble que adorna la pared junto al sofá, entre dos columnas. Ahí están los dos platos en forma de corazón que me llevé el primer día de la cafetería en la que tomamos café Ava y yo la primera vez. Lo hice sin que me viera. Me daba vergüenza reconocer que deseaba un recuerdo de ese encuentro. No sabía si iba a volverla a ver. Igual que fue una sorpresa encontrarla en Central Park y que fuera la fotógrafa ese día. La reconocí desde el primer momento que la vi. Anhelaba un café y yo anhelaba acercarme a ella. Hacía años que no la veía, pero no había cambiado nada.

No fue premeditado. Creí que me reconocería. Cuando no lo hizo, todo el odio almacenado durante este tiempo y el sufrimiento que me causó me hizo un nudo de repugnancia en el estómago y las ganas de vengarme de ella salió a borbotones por mi boca.

Ahora... Ahora toca ser sincero con ella y aceptar que no quiera volver a verme.

Nolita South luce tranquila para ser sábado por la mañana. Andrea, el camarero, me sonrío en cuanto cruzo la entrada y camino hasta la barra de madera envejecida.

—De verdad creo que vives aquí.

—Mi novia tendría que decir algo al respecto. —Se aparta el flequillo rubio—. ¿Café?

—Doble.

—Siéntate y te lo llevo. Te están esperando. —Señala con la cabeza una mesa del fondo.

En ella, Milan lee concentrado un periódico, con lo que apostaría es una taza de té en frente que aún humea.

—Buenos días —saludo—. Lo siento. Llego tarde. —Tomo asiento frente a él.

—Solo unos minutos. No importa. ¿Ha ocurrido algo?

—No, ¿por qué? Perdí el metro. —Me quito el abrigo amarillo y lo dejo sobre el espaldar del sillón doble.

—Tienes aquí... —se incorpora hacia delante y lleva su mano derecha hasta mi pelo—. Una ramita. —La coge y me la quita. ¿Dónde te has metido?

La pregunta es... ¿dónde me he caído? Aunque yo me haría la siguiente: ¿Hay algún lugar en toda la ciudad de Nueva York y alrededores en el que mis pies no hayan tropezado con algo o con ellos mismos y no haya besado el suelo? No, señorita. Me declaro culpable de comer asfalto a diario.

Esta vez ha sido corriendo hasta la boca de metro. Cruzaba el parque que hay al lado de casa para acortar la distancia y he volado sobre unos matorrales como si el espíritu de Superman se hubiera apoderado de mí pero se le hubiera olvidado la capa. He caído sobre un montón de hierba y ramas y, aunque de milagro no he vuelto a quedarme ciega, sí me he comido alguna que otra hoja.

—He perdido el metro. —Resumo.

—Podía haber pasado a recogerte.

—¿Vienes en coche?

—En taxi.

Andrea deja mi café y dos galletas recién horneadas delante de nosotros.

—¿Ha llamado Sophia a mi contacto? —pregunta antes de llevarse la taza de té a los labios.

Hoy los platos en forma de corazón son de unos colores muy fuertes. El mío, verde; el suyo, de un rojo intenso, casi sangre.

—Oh, sí, gracias. Tiene una entrevista el lunes.

—Seguro que sale bien.

—Estoy segura. No sabes cómo es. Le encanta su trabajo y tiene muy buenas referencias. Bueno... —Lo pienso—. Su último jefe no le ha dado ninguna carta de recomendación.

Nos reímos.

—¿A ti te gusta tu trabajo?

—Lo amo. Me encanta la fotografía, sobre todo la urbana, pero me dedico a la moda porque es lo que mejor se paga.

—¿Llevas mucho tiempo en esto?

—No demasiados. Empecé antes de terminar la universidad. Quería ayudar a mis padres a pagarme los estudios. ¿Desde cuándo eres...? ¿Desde cuándo modelas?

—Desde los diecisiete años. Yo también me pagué la universidad.

—¿Qué has estudiado?

—Empresariales.

Arrugo la nariz.

—No te pega.

—Ah, ¿no? ¿Qué crees que va conmigo?

—No sé... Relaciones Públicas, Director de Orquesta.

—¿Director de Orquesta?

Encojo los hombros y sonrío.

Hablamos sobre música y los últimos Premios MTV. Me cuenta que estuvo en la ceremonia y en la celebración y que tiene fotos con Madonna.

—Conozco a la hija —bromeo, pero él piensa que lo digo totalmente en serio.

—¿A Lourdes? —habla como si fuera su prima.

—Y, dime, ¿eres de Nueva York o te mudaste aquí para triunfar en el mundo de la moda?

Va a contestar, o eso creo, porque se queda pensativo y arruga el entrecejo. Su teléfono suena y se lo lleva a la oreja.

—¿Mason? —...—. No lo sé. Tengo que preguntarlo. —...—. Vale, te envió un mensaje.

—Cuelga y me mira—. Mason nos invita a el Cielo esta noche. Ha quedado con Sophia. ¿Te apetece acompañarlos?

Siempre me apetece estar con Sophia.

—¿Aún no ha terminado esta cita y ya me estás pidiendo otra?

—¿Me contestas a una pregunta con otra pregunta? ¿Debería preocuparme? ¿Tengo que suplicarte?

—No hace falta. Me encantaría.

Damos un paseo por las calles de Nolita, mágicas y con un encanto propio, y llegamos hasta lo que considero un paraíso en medio del caos de la ciudad. El Elisabeth Street Garden, un pequeño parque lleno de esculturas y árboles donde perderse un buen rato.

—¿Nos sentamos? —propone.

A nuestra derecha, un banco de hierro, envejecido por el tiempo y el clima. Tras él, una escultura también de hierro y en el mismo estado y una especie de jaula gigante de un color verde que lo mimetiza con el ambiente.

—¿Sabes que este parque lo cuidan voluntarios? Ha habido varias manifestaciones para que no lo cierren —comento.

—¿Cerrarlo?

—Especulación inmobiliaria. Ya sabes. Esto es Nueva York y el suelo vale oro.

—Sería una pena.

—Vengo aquí a veces. Sobre todo en verano. Las chicas y yo solemos tumbarnos sobre una manta y hacer un pequeño picnic.

—Me gusta la idea.

—¿Te ocurre algo? ¿Quieres que nos vayamos? —Lo noto ausente y pensativo.

—No, no. Me he levantado muy temprano y lo cierto es que... quería hablar contigo.

No me gusta su tono... ¿agobiado?

Pero como yo soy una valiente a pesar de que me costara dejar a Brandon una eternidad por miedo a la soledad, le pido que hable ahora o cierre el pico para siempre.

—Verás... Ava...

Comienza a hablar hasta que siento algo caliente y viscoso caer sobre mi cabeza.

«Mierda».

Sí, mierda, un pájaro, una paloma con casi total probabilidad, se acaba de cagar sobre mi cabeza. Hasta aquí bien, el problema grave llega cuando la masa pegajosa comienza a descender por mi frente..., por mi nariz... y ¡llega hasta mi boca! No me da tiempo a reaccionar. Todo sucede demasiado rápido.

La cara de Milan roza lo indescriptible y la mía..., ¿la mía? Quiero morirme y que me entierren junto a mis discos de las Spices Girls, concretamente en el jardín de casa de mi madre. Allí seguro que no me encuentra. Que me echen encima toda la vergüenza que desprenden mis poros y no podré escapar del agujero jamás. Kilos y kilos de vergüenza en forma de arena gruesa y piedras.

—¡No te muevas! —Me pide Milan buscando algo en sus bolsillos.

Espero que lo que encuentre sea una ducha y una toalla de dimensiones descomunales, o un telón para echarlo entre los dos y poder salir corriendo sin que vea cómo huyo, sobre todo porque el final puede ser con mis dientes contra el albero de los caminos que cruzan el parque.

Saca un pañuelo de tela y comienza a limpiarlo.

Por favor, quiero que me dé un infarto. Cierro los ojos y trato de centrarme en no desmayarme sobre su regazo y mancharle el abrigo de paño beis de alguna marca cara que lleva de caca de pájaro.

Espero partirme la crisma después de esto y padecer amnesia selectiva para olvidar lo que ocurre en este momento.

—Ya está —anuncia.

¿Ya está? ¿He conseguido morirme? Abro los ojos y me doy cuenta de que no, aunque el cielo será lo más parecido al verde intenso de sus ojos.

Es lo que pasa con el amor. Con lo que te hace sentir. Podemos pasar de querer morirnos a desear vivir en milésimas de segundos, lo que tarda dos labios en buscarse, encontrarse y sentir que la rotación de la tierra se detiene.

Sus labios y los míos.

El mundo en un impasse.

MILAN

Besarla es como volver a comer piruletas, como ese rojo intenso que sabes que te va a quedar en la lengua y en el paladar y aún así no te importa porque solo van a ser huellas que te recordarán lo que has disfrutado mientras ha durado.

Los labios de Ava son piruletas de fresa.

Su sabor, anhelo, lujuria, una puta explosión en mi interior.

Acariciar su cuello... El cielo.

—¿Qué tienes en la cabeza?

—No preguntes —le pido a Mia, que está tirada sobre el sofá, rodeada de pañuelos de papel, varias botellas de agua y unas cuantas cajas de píldoras—. ¿Cómo va el resfriado?

—Bien —contesta, aunque escucho «Mien». Tiene la nariz muy taponada y la garganta dolorida, esto último me lo hace saber entre lamentos.

—Deberías ir al médico.

—Yo no voy a un matasanos.

No va porque les tiene pánico. Un miedo irracional a las batas blancas.

—¿Necesitas algo? Me voy a duchar.

—Que llames a la bolsa y ordenes que se detenga hasta que me recupere.

—No se va a hundir sin ti. —La escucho toser—. ¿De verdad estás bien?

Bebe un poco de agua y tose. ¿Y qué ocurre? Que el líquido le sale por la nariz.

—Joder, que me ahogo. —Se limpia con un pañuelo—. Solo necesito dormir. —Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

La cubro con la manta y me lo agradece.

—Eres la mejor. Te quiero.

Ya tiene que estar enferma para decirme que me quiere. Mia no muestra sus sentimientos tan a la ligera.

—¿Dónde está Sophia? —musito para mí, pero mi compañera y amiga cree que le pregunto a ella.

—Ha ido de compras.

Espero que se refiera a comida porque en la cocina no tenemos ni un poco de pan duro. Quizás un paquete de patatas rancias.

Tal y como sospechaba, Sophia aparece dos horas después pero cargada de bolsas en las que rezan varias marcas de ropa, complementos y zapatos.

Mia duerme casi con la cabeza en mi regazo.

—¿Cómo está? —se interesa por nuestra amiga griposa.

—Tenemos Mia para rato.

—Mírala, si parece que no ha roto un plato en su vida.

—Déjala. Creo que tiene fiebre.

—Vamos a mi habitación y te enseño lo que he comprado.

Está clarinete que desea con todas sus fuerzas impresionar a Mason con su estilazo y su nuevo maquillaje invisible. El dineral que se habrá gastado estas últimas horas.

—¿Tú sabes que estás sin trabajo?

—Un detalle insignificante. No me estropees el subidón. Mira qué zapatos.

Lo cierto es que los zapatos bien merecen los ahorros de toda una vida (que yo no tengo), sin embargo, reconozco que yo prefiero mis Converse.

—Son bonitos —acepto.

—¡Son preciosos! —Unos Louboutin transparentes con el talón negro y la suela roja—. Me ha dicho Mason que hoy tenemos una cita doble.

—Eso parece... —Recuerdo que Milan quiso decirme algo antes de que lo llamara su

amigo y que al final, tras la interrupción, cambiamos de tema.

—¿Qué te pasa? —So se pone los zapatos y se mira en un espejo enorme que adorna una pared de su dormitorio.

—Nada... Milan estaba hoy como ausente.

—Como estás tú ahora.

—Quiso contarme algo...

—No será nada.

—Voy a ducharme. —No le doy más importancia.

El Cielo, una discoteca en The Village, se caracteriza por la música Electro y Tecno y los DJ famosos que invitan cada noche. Hoy le toca el turno a Luciano, una celebridad que se ha hecho un hueco en este tipo de música y reza como uno de los mejores. Con varias salas donde la mezcla de luces de colores es la base de la decoración y el ambiente y gana el *dresscode cool* casual para pasar desapercibido.

—Ese vestido es demasiado... —informo a Sophia en el vestíbulo del local casi a voces.

—Es demasiado divino. —Rojo, muy corto y estrecho con cuello redondo y mangas cortas.

Milan y Mason hablan con alguien a un metro de nosotras, mas no sabemos de quién se trata, pero fruncen el ceño y parecen preocupados.

—Señoritas... —Mason nos pide que lo sigamos.

Milan me agarra de la mano y caminamos uno al lado del otro hasta llegar a un reservado al fondo de la sala decorado con tonos dorados.

Una camarera vestida con un pantalón negro y un top plateado llega con una bandeja cargada de una botella del mejor champán y cuatro copas.

Brindamos por la noche, por la diversión y por la amistad (esto último propuesta de mi amiga) y bailamos las próximas cuatro o cinco canciones.

Nuestros acompañantes vuelven a retirarse de nosotras para mantener una charla nada entretenida. No noto nada extremadamente extraño hasta que observo cómo Milan mira hacia un reservado a nuestra izquierda.

Otras dos o tres canciones más tarde, Mason se acerca a So y Milan a mí.

—¿Nos vamos? —me pregunta.

—¿Quieres irte? —abro imperceptiblemente los ojos.

—Podemos ir a otro lugar.

—Estamos bien aquí.

—Le Bain tiene mejor música. —Diría que se impacienta. Levanta la mirada detrás de mí y cuadra la mandíbula.

Escucho la voz de una chica pegada a mi espalda. Es... chillona.

—Hola, cariño. Me preguntaba si estarías aquí —dice.

—Hola, Abigail. —La saluda Milan simulando un tono de voz neutro que esconde mucho más detrás.

—¿Así me saludas? —Me aparta de un empujón y no hace falta decir que lo único que necesito para caerme es que alguien me atropelle a conciencia. Y mi culo topa con uno de los sofás.

Milan da un paso hacia mí, no obstante, la desconocida lo detiene con un abrazo y un pico en la boca. Sí, sí, un señor pico en los labios que me deja como mi culo: planchada contra el asiento.

—Cariño mío, te he echado de menos. —Intenta besarlo de nuevo sin lograr su objetivo porque Milan retira la cabeza hacia un lado.

—Yo a ti no. —Da un paso hasta mí y se agacha unos centímetros—. ¿Estás bien?

Asiento como un robot.

—¿Quién es esta? —Abigail se dirige a él, ahora sé cómo se llama y le pongo cara. La reconozco. La he fotografiado en alguna ocasión. Una mujer muy guapa.

Milan se incorpora y se enfrenta a la modelo Prada y otros diseñadores.

—Ni se te ocurra acercarte a ella —sentencia.

—¿Qué pasa, *amore*? ¿Ya te has olvidado de mí? —Trata de acariciarle la cara, pero Milan le aguanta la mano. No puede ocultar el enfado.

—Te has pasado, Abigail. Creí que eras otra persona. —Tira de mí con suavidad y salimos del reservado. Mason y Sophia nos siguen y salimos a la calle.

Hace demasiado frío o es que la situación me ha dejado helada.

—¿Quién era esa? —Mi amiga lanza la pregunta por mí.

—Mi ex —escupe Milan—. Siento lo que ha pasado. —Se centra en mí.

—No... No pasa nada.

—Claro que pasa.

—Deberíamos irnos. Fotógrafos. —Mason señala la puerta del edificio de al lado.

—Joder —masculla Milan.

—No te martirices. Has hecho bien. Abigail solo buscaba salir en las revistas —manifiesta Mason.

No entiendo de qué hablan.

So me observa con la misma cara de confusión.

Subimos a un taxi que nos lleva de vuelta a casa. Los chicos no suben y nosotras no los invitamos. La noche no ha sido como esperábamos y Mia tiene que estar nadando entre pañuelos de papel en medio del salón, en el mismo lugar donde la dejamos cuando nos fuimos dispuestas a disfrutar de la fiesta y nos despidió con un «Después no decid que me queréis si me abandonáis a mi suerte. Si me muero, apareceré cada noche en los pies de vuestra cama para recordaros que me matasteis vosotras».

Un *dramabróker*.

Milan, Milan, Milan.

Su nombre no deja de rondarme la cabeza. Trato de dormir. Lo intento durante toda la noche, pero no es hasta que el sol asoma por la cortina blanca que mis párpados ceden al cansancio y se cierran.

Me despierto pasado el mediodía y voy en busca de un café a la cocina. Lo que encuentro bien podría parecerse a un capítulo de Anatomía de Grey o House y el salón se ha convertido en una habitación de hospital repleta de medicamentos sobre la mesa, agua y hasta un ramo de rosas rojas en el suelo. La paciente, la bróker, sigue apostada en el sofá con la boca abierta, la nariz roja y el pelo alborotado.

—Buenos días. —So sale del cuarto de baño—. Sigue viva. Tú tienes peor cara.

—Gracias —digo con sequedad.

—No te pongas así.

—Me encantan tus buenos días.

—Te los he dado.

—¿Y esas flores?

—Las ha enviado su jefe. Con una nota deseando que se mejore. — ¿Café?

—Doble.

Nos tomamos dos o tres tazas en la cocina hablando sobre lo ocurrido la noche anterior y barajamos opciones sobre qué puede haber todavía entre Milan y Abigail.

—A ver qué dice google. —So teclea algo en su móvil.

—Google puede decir misa. Yo de eso no me fío.

—Han tenido una relación larga. Aquí dicen que más de dos años.

—No me interesa.

—Escucha esto. —Lee el titular de un artículo—. «Los reyes de la moda Neoyorkina rompen y la reina ahoga las penas con el italiano por excelencia: Federicco Manccini».

—¿Ese no es el del chocolate?

—El mismo.

—Sigue sin interesarme.

Ella sigue:

—«Milan Miller y Abigail Harper embarazados».

Escupo el café sobre la encimera.

—¿*Embara* qué? ¿Tienen un hijo?

—Espera.

—¿Dos?

—«Embarazados en el último videoclip de The Trop».

—So, por favor, ¿quieres que me dé un infarto?

—¿No escucháis el portero? —Mia entra en la cocina y solloza por un poco de café.

—¿Está sonando? —pregunto.

—Tal vez lo he soñado.

Ahora lo escuchamos los tres.

—Ya voy yo —anuncia So—. Tú sírvele un café al zombi número dos.

—¿Quién es el uno? —Mia apoya los codos y la cabeza sobre un mueble.

—Creo que se refiere a mí. —Cojo la cafetera y vierto el líquido oscuro en una taza que saco del armario.

—Me duele la cabeza. Y la garganta. Y todo.

—¿No estás mejor?

—Siento que una apisonadora me ha pasado por encima.

—En unos días estarás bien. —Le doy la taza humeante.

—No tengo unos días. —La coge y me da las gracias—. Eres el guardián de mi vida.

—Pues el guardián de tu vida te aconseja que te acuestes y sudes la fiebre hasta el martes.

—Tengo que trabajar.

—Ava. —So entra con una sonrisa—. Tienes visita. Ve al cuarto de baño y lávate la cara. No te digo que te maquilles, eres guapa al natural, pero no querrás que Milan crea que eres un mapache.

—¿Milan?

—El mismo. Está subiendo. Tienes exactamente tres minutos.

Corro hasta el baño y me miro al espejo. Soy una mezcla entre un mapache y un oso panda. Abro el grifo y me echo agua en la cara sin esperar a que salga caliente. Se me congela hasta el sentido. Deshecho la idea de ducharme porque no me fío de lo que So y Mia puedan soltar por la boca. Sobre todo Mia, que ahora mismo delira y no está en sus cabales.

Me huelo la camiseta y las axilas. Todo bien, aunque mi abuela siempre me ha dicho que ningún cerdo huele su propia mierda. Por esto, cojo un poco de perfume y me rocío brevemente con él. Asunto arreglado, o eso espero.

Milan habla con So de pie en el salón. Mia ha debido meterse en su cuarto, o eso o ha sido abducida por su propia mucosidad.

—Hola. —Alzo la mano como si fuera una niña perdida en medio de un parque de atracciones.

Milan me da los buenos días y pide disculpas por venir sin avisar.

—No importa.

—Yo os dejo. Voy a salir a dar una vuelta. Tengo que comprar... alcachofas. —Sophia me guiña un ojo, coge su bolso de una de las sillas y nos deja solos.

Odio las alcachofas. Y ella también.

—¿Qué haces aquí?

—Me gustaría hablar contigo.

Miro a nuestro alrededor y me percató de que estamos en medio de una improvisada habitación de hospital.

—Siento el desastre. Mia está enferma y ha pasado la noche en el sofá.

—¿Está bien?

—Sí, sí. Es solo un poco de gripe. ¿Nos vamos a mi dormitorio? —Me arrepiento nada más proponerlo. ¡No he hecho la cama! ¡Y la ropa de anoche está tirada por el suelo! Todo esto lo pienso de camino hasta allí y, claro, entramos durante mi último lamento.

—Siento este desastre. Acabo de levantarme.

—No tienes que preocuparte. Deberías ver mi dormitorio ahora.

Qué bonito, intentando hacerme sentir bien cuando apostarí a que todo su piso, cada metro cuadrado, luce limpio, recogido e impoluto.

Me agacho y cojo el vestido y el abrigo de ayer, así como los zapatos y los meto en el armario hechos un truíño. Después de esto dará por hecho que soy un desastre y no va muy

desencaminado.

—¿Quieres sentarte? —Señalo la orilla de la cama.

—Estoy bien así. —Respira—. Siento lo que pasó ayer y siento no haber... Debería haber sido más duro con Abigail, pero sospechaba que tendría algún fotógrafo cerca preparado para hacer la foto y venderla junto con alguna noticia extravagante y... no es mi estilo.

—Actuaste como debías hacerlo. ¿Para eso has venido?

—Quería disculparme.

—No tenías por qué.

—También quería explicarte quién es ella, o... —Da un paso hacia mí—. Quién es Abigail para mí.

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo. —Asiento y él sigue—: Estuvimos juntos dos años, pero eso terminó hace unos meses. No hay nada entre ella y yo. Ella también lo sabe, pero me busca porque sabe que a los medios le gusta sacar noticias nuestras y su fama sube.

—Te busca... —Asimilo lo que dice.

—Pero no me encuentra —zanja con seguridad—. Verás, Ava... —Vuelve a dar un paso hacia delante y acorta nuestra distancia; esta vez se queda a pocos centímetros de mí—. Tienes que saberlo, quiero que lo sepas. Y no tienes que contestar nada. Lo hago por mí y por lo que siento por ti. —Me coge de la mano—. Yo... Estoy enamorado de ti.

Milan me dice que está enamorado de mí y yo casi me caigo al suelo del susto. A ver, me alegra que sea así porque hace mucho que me planteo que mis sentimientos por él son demasiado intensos y me daba miedo que él no estuviera sintiendo lo mismo. Me deja más tranquila saberlo. Sin embargo, como soy lerda, mi lengua es lerda y mis pies también, me quedo muda, me tambaleo y él tiene que agarrarme de la cintura para no partirme la cabeza contra alguna esquina. Mi dormitorio no se caracteriza por la cantidad de metros cuadrados que suma.

—No tienes que decir nada —insiste.

Si me gustaría decirlo. Me gustaría decirle que lo quiero, o alguna palabra similar si mi lengua no se hubiera enredado y escondido bajo mi garganta. Estoy a nada de meter los dedos y sacarla.

Milan, no sé si para cubrir el silencio o porque realmente lo necesita, lleva su boca hasta la mía y nos perdemos en un beso ardiente y húmedo que me acelera el ritmo cardíaco en una milésima de segundo.

Nos quitamos la ropa a zarpazos y todo ocurre muy rápido. Sus manos viajan a mis pechos desnudos y los masajea para prepararlos para sus dientes, que muerden mis pezones.

—Tus pechos son perfectos... —Me tira sobre la cama y se sitúa encima para seguir un recorrido descendente.

Cierro los ojos y gimo cuando su lengua gira alrededor de mi clítoris e introduce un dedo en mi sexo, que se encoge y se expande como bienvenida.

Me separa más los muslos, se sumerge entre mis labios y hace nido con toda su mano. La frota contra la zona y me derrito.

—Arggg. —Agarro las sábanas con fuerza.

No se detiene.

No pregunta.

Y no hago nada para evitarlo.

Se arrodilla y me penetra con fuerza. Clava sus garras en mi cintura y me folla de rodillas, alzando mi pelvis y me dejo manejar.

Me descompongo por dentro.

Milan suelta un jadeo ronco y pienso que va a correrse, pero sale de mí, me da la vuelta, dejándome con el pecho contra el colchón, agarra mi cintura, me obliga a arrodillarme y me penetra desde atrás.

Entra y sale.

Entra y sale.

Me besa la espalda, la lame, la muerde.

Yo gimo y me retuerzo.

Las piernas me tiemblan.

Entra y sale.

Entra y sale.

Nuestros suspiros se mezclan y rebotan en las paredes. Quizás Mia nos escuche, pero ahora mismo no me importa en absoluto, como si todo el bloque se percata del polvo que estamos echando. ¿O hacemos el amor? Da igual. Quiero disfrutar de este Milan desinhibido.

Acelera el ritmo.  
Deprisa.  
Más deprisa.  
Golpes secos y rápidos.  
Estoy a punto de caer por el precipicio.  
Mi interior palpita.

Trato de alargar el placer y el momento para que mis sentidos absorban cada decímetro de su cuerpo, de su sudor, de su olor, de su presencia. Sin embargo, todo se precipita cuando Milan se agacha y pega su pecho a mi espalda, una mano me sostiene aferrada a mi cintura y la otra vuela hasta mi botón, inflamado.

Lo masajea.  
Hasta me mareo.  
Mi sexo late por dentro y por fuera.  
Entra y sale.  
Entra y sale.

—Milan... —Digo su nombre entrecortadamente.

—Córrete, Ava. Córrete para mí. —Me ha entendido a la perfección.

Mi excitación llega a su límite y lo traspasa. Un manantial se derrama en mi interior y sus fluidos se mezclan con los míos, calientes.

Nuestros cuerpos se rinden al cansancio y cae sobre mí con la respiración aún agitada.

Milan y yo llevamos un mes saliendo desde que me dijo, una mañana de domingo, que está enamorado de mí. Cuatro semanas de risas, cenas, cine y paseos por las calles de Nueva York. Se aproxima el Día de Acción de Gracias y, aunque se me ha pasado por la cabeza, he decidido no invitarlo a casa. Quizás sea demasiado pronto, ¿o no?

—Mia, ¿tu jefe te manda otro ramo de flores? —Sophia entra en casa sin avisar y sosteniendo un ramo del tamaño de un elefante que la tapa por completo.

Mia y yo vemos una serie de miedo en Amazon Prime y del susto damos un salto que nos ponemos de pie en el sofá con grito terrorífico incluido.

—Ahhhhh. ¿Cómo se te ocurre entrar así? —Me llevo la mano al pecho y busco el latido de mi corazón.

Prometo que la sugestión ha cumplido su cometido y me ha parecido que nos visitaba Craig y pronto nos metería en jaulas para comernos después. Tras ver esa película, me daba miedo subir al metro de noche. Lo pasé fatal durante semanas. Hasta tuve pesadillas hiperrealistas con el caníbal de la película Creep.

—Joder. El puto susto que nos hemos llevado. —Mia le tira un cojín y acierta de lleno sobre las rosas rojas, deshojando alguna de ellas.

Sophia las deja sobre la mesa y la mira con inquina.

—¿Te acuestas con tu jefe?

—No he dicho que sea mi jefe.

—Es lo que pone en las tarjetas.

—Que lees sin mi consentimiento.

—Te ha pillado —adviento a So.

—¿Y? Vosotras me abríis el correo. —Nos reprocha.

—Son facturas. Alguien tendrá que pagarlas —responde Mia sin acritud.

—¿Nos lo cuentas o lo adivinamos? —Insiste la secretaria.

—Es el puto amo follando. Por eso es el jefe —explica sin vergüenza ninguna.

—No quería saberlo.

—Entonces no preguntes.

—¿Y cómo se llama?

—El jefe.

—Me refiero a su nombre real.

Las miro como si de un partido de tenis se tratara.

—Ni idea.

—¿Cómo no vas a saber su nombre? ¡Lleváis acostándoos más de un mes!

—¿Tanto?

—¿No llevas las cuentas?

—Dieciocho polvos, nueve mamadas y quince cunnilingus.

So se tapa la cara y yo me parto de la risa.

Las amigas son un regalo de la vida que todos debemos atesorar a conciencia. Las amigas son las hermanas que escogemos. Y yo las elegí a ellas.

Milan me recoge un viernes por la noche, dos días antes de Acción de Gracias. El frío intenso ya se ha instalado en cada rincón de esta ciudad y opto por un abrigo de plumas negro Levi's que me llega casi a las rodillas. Camiseta blanca de la misma marca con el logo en el pecho y unas flores en los hombros, vaqueros y una de mis zapatillas Converse, esta vez unas de color rojo.

Él llega con vaqueros negros, abrigo de paño gris y unas gafas de sol al más puro estilo John Lennon. ¿De verdad solo me gustan los feos?

«Te gustaban, Ava. Ahora te gustan los modelos de pasarela que destilan belleza y seguridad en sí mismos».

Venga, babeo un poco antes de que me vea.

Me da un beso en los labios en cuanto llego hasta a él, justo después de sonreírme y derretirme un poquito.

—Guapa, te he echado de menos —susurra sobre mi boca.

Ha estado en Chicago dos días y no nos hemos visto en cuarenta y ocho horas. No mucho, pero he de admitir que sus ojos se han instalado en mi cabeza a vivir, allí han hecho nido. Y por si lo estáis pensando, sí, también le he dicho que me he enamorado de él. Fue en uno de nuestros paseos nocturnos. Antes de entrar en una hamburguesería en la calle cincuenta y cinco. Caminábamos por Columbus Park, en el barrio Chino, un lugar de encuentro para lugareños que juegan al ajedrez, cantantes callejeros y músicos en general. Uno de ellos tocaba la guitarra y cantaba una de las últimas canciones del grupo The Fox's Lair. Nos detuvimos frente a él y yo comencé a entonarla muy bajito.

«¿A qué suena un corazón al romperse en mil pedazos?

¿Haciéndose añicos?

A nada.

A la nada de La Historia Interminable. Esa que aniquila todo a su paso y te deja en un espacio abierto sin permitirte posar los pies en el suelo, sin poder agarrarte a lo que antes acostumbrabas; en un universo paralelo.

A nada.

Dejas de escuchar hasta la brisa cruzar tu cara, hasta el «no te preocupes» y «los todo pasa», hasta las voces que oías en sueños porque hasta con ellos arrasa.

A nada.  
Dejas de pensar, de sentir, de saborear los momentos  
que hasta ese crujido sordo eran cruciales y eternos.

A nada.  
Y con esto también se rompe el alma.  
Y las ganas.  
Y los te quiero entre las sábanas.  
Y los abrazos.  
Y los besos.  
El todo de la nada.  
Hasta con las promesas acaba.

—Una letra dura —comentó con tristeza.  
—Y verdadera.  
—¿Te han roto alguna vez el corazón hasta dolerte?  
—No lo sé, creo que no. Me han hecho daño, pero jamás he estado enamorada de verdad.  
—Ahora lo sé, después de conocerlo a él.  
—¿Nunca? —Tiró de mi mano, enredada con la suya desde que comenzamos a pasear y me miró a los ojos.  
—Nunca hasta ahora... —musité mirando sus labios.  
—Me gusta escuchar eso... —Me acarició la mejilla y me dio un beso muy corto—. Me quieres.  
—Te quiero —repetí  
Y nos sonreímos.  
Con la boca.  
Los ojos.  
El corazón.  
Y el alma.

El taxi nos lleva hasta un restaurante ubicado al lado de Christopher Park, un lugar donde se grita la reivindicación de los movimientos sociales y la necesidad de respetar los derechos humanos. Cuatro estatuas de color blanco lucen y recuerdan lo que este barrio luchó en contra de la homofobia.

—Es uno de mis sitios preferidos —digo con la mirada puesta en el parque, a solo unos metros, al otro lado de la calle.

—¿Lo has visto de noche?

—Es mágico.

—Como tú —musita en mi oído y me hace cosquillas—. Vamos, se hace tarde. Por cierto, estás preciosa.

Entramos en Pietro Nolita, un restaurante italiano que he visitado alguna vez con las chicas y que me parece muy familiar y cercano, además, la comida se caracteriza por su calidad y buen sabor. El lugar, con sillones blancos y luz ambiental cálida, te acoge como si entraras en el salón de tu casa.

Hace unos días, durante una conversación telefónica, le comenté a Milan que adoro la comida italiana y aseguró que pronto me llevaría al mejor sitio de Manhattan.

—Buenas tardes, tenemos una mesa reservada a nombre de Milan Miller —dice al camarero.

—Por aquí, señor. La mesa está preparada al fondo.

Le seguimos.

Milan no me suelta de la mano.

—No sabía que había que reservar... —musito cerca de su oído.

—No hay por qué, pero si quieres disfrutar de una buena mesa, es lo mejor.

—Aquí es, señor. —Llegamos a nuestro destino, el único espacio del restaurante que está casi vacío.

—Gracias.

Nos sentamos y el camarero nos da una carta a cada uno y nos pregunta qué queremos de beber.

Hablan sobre vinos mientras a mí se me hace la boca agua imaginando la lasaña y los macarrones picantes.

—Ava, ¿quieres vino?

—De acuerdo, pero traiga también una botella de agua fría, por favor —solicito al camarero.

—En seguida. —Desaparece con premura y aparece poco después con las bebidas.

Milan me cuenta sus días en Chicago durante la cena y le hago partícipe de cómo me va en el máster y todo lo que espero de él.

—Me gusta que te apasione tanto tu trabajo —comenta con cierto aire de melancolía.

—¿A ti no te apasiona el tuyo?

—Me gusta mi trabajo, pero en realidad siempre he querido ser escritor.

Menuda sorpresa.

—¿Y por qué no escribes?

—Lo hago, pero solo para mí.

—Me gustaría leer algo.

—Muy pocas personas han leído lo que escribo.

—¿Por qué?

—No sé... Me da vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿Te da vergüenza que te lean y no desfilas delante de varios centenares de personas?

—No es lo mismo. Yo... En mi trabajo solo enseño lo que quiero que vean. Mi cuerpo es el que es, pero cuando escribo desnudo mi alma y no estoy preparado para que nadie vea dentro de ella.

Suelto un suspiro.

—Eso es muy bonito. —Le agarro la mano con suavidad—. ¿Por qué crees que no estás preparado?

—Y si no gusta lo que hay dentro de mí...

—Estoy segura de que tu alma es mucho más atractiva que tu físico.

Le cambia el semblante a uno serio y hasta compungido y se retira, cortando nuestro contacto.

Una música suena a lo lejos y varias parejas se levantan a bailar en el centro de la sala.

—¿Quieres bailar? —Trato de animarlo.

—No sé bailar. Lo hago fatal.

—¡Estoy segura de que eso no es cierto!

—Créeme, no quieres ver cómo hago el ridículo.

Lo dejo estar.

Salimos del local en silencio. Desde que hablamos de lo que le cuesta enseñar sus letras el ambiente se ha enrarecido. No he querido ahondar en el tema y la dialéctica ha versado sobre temas más banales, como lo exquisita que estaba la comida.

—Ven. —Rodea mi cintura con el brazo y me pega a él. Une sus labios con los míos y me reconforta sentir el calor que desprenden. Y su sabor... Y su olor... Huele a hogar, a casa, a sofá y manta y a un buen café por la mañana—. Me muero por hacerte el amor —musita sobre mi boca.

Acaricia mi mejilla y me estremezco.

—Yo muero porque me lo hagas.

—No me gusta pasar Acción de Gracias sin mis chicas —So se lamenta mientras caminamos hacia The Full Center, unos comerciales en el número 200 de Broadway.

—Lo pasaría con vosotras —indica Mia—. Pero me debo a mi apellido —bromea.

—Qué penita me da mi niña, que pasa Acción de Gracias en un Castillo con vistas a Central Park —le reprocha Sophia.

—Puedes venirte a casa, ya lo sabes —le informo yo.

—Ya lo sé, pero mis padres han unido todo su esfuerzo para estar juntos en esta fecha y pasarla con mi hermano y conmigo. No puedo negarme.

Se me cambia la cara cuando la escucho y recuerdo que mis padres se han separado hace escasos dos meses y que será el primer año que no los tendré a los dos juntos en casa de mi abuela.

Mis amigas, que me conocen mejor que nadie, notan mi rostro blanco y desvalido y tratan de animarme.

—Venga, estas cosas ocurren. Es demasiado pronto para todos.

—Mejor padres separados y felices que juntos y discutiendo —considera Mia.

—Tus padres no discuten —objeto.

—Porque no se hablan, casi ni se ven. Eso no es una relación —argumenta la bróker.

—¿Lo tuyo con el jefe es una relación? —pregunta So con segundas. No sabemos mucho del tema y he de admitir que nos molesta.

La aludida encoge los hombros y se detiene frente a una tienda, en concreto en Chanel.

—¿Entramos? —propone.

—¿Regalan algo? —rechista Sophia.

—Caramelos —hablo yo.

—Solo será un momento.

—Entra tú. Nosotras te esperamos tomando un café —enuncio.

—De acuerdo. No tardo.

—Me muero por un café. —Comienzo a caminar.

—Y sale más barato que cualquier trapito en Chanel.

Nos reímos.

—¿Ves esta noche a Mason? —Cruzamos la calle.

—Y espero que mañana por la mañana. —Toma asiento en una de las sillas de la terraza.

Suelto un par de carcajadas y me siento frente a ella.

—¿Y tú? ¿Has quedado con Milan? —Se interesa por mi situación sentimental.

Situación sentimental actual: enamorada de pies a cabeza, pasando por cada órgano, vital o no.

—Desayunamos juntos en Nolita South. Después veremos el desfile.

Nos sirven dos cafés.

—¿Qué haces hoy?

—Cocinar con mi abuela, como cada año.

—No sé cómo he podido olvidarlo.

—Porque Mason te tiene idiotizada. Me alegra que os vaya bien.

—No me voy a casar con él.  
—De boda estás hablando tú.  
—Y tu cabecita loca.  
—¿Y qué si te casas?  
—No dormiría tranquila. Es demasiado guapo.  
Dejo la taza sobre la mesa de hierro y la miro con el ceño fruncido.  
—Y tú demasiado lista, cariñosa, amable, sensible y guapísima para soltar esa idiotez y quedarte tan tranquila. ¿Dónde está Sophia? ¿Qué has hecho con ella? —digo con rotundidad.  
—Llevas razón. Vamos a olvidar el último minuto.  
—Borrón y cuenta nueva.  
Mia llega poco después con tres bolsas de Chanel y una de Versace.  
—Ufff. —Se tira en la silla.  
—Gastar un par de miles de dólares cansa mucho —formula Sophia.  
—No tengo ni idea. Nunca he tenido el placer de comprobarlo —respondo.  
—Seguro que da más placer que un orgasmo.  
—Esta tiene que saberlo. —Miramos a Mia que pasa de nosotras y pone su atención en la pantalla de su móvil—. Mia. —La llamo—. Mia.  
Levanta el mentón.  
—¿Qué? —Diría que no sabe ni dónde se encuentra.  
—¿Con quién hablas? —So ataca con los ojos achinados.  
—Con nadie. —Guarda el teléfono en el bolso.  
—Qué interesante será nadie. ¿Así se llama tu jefe?  
—Muy graciosa. —Se enciende un cigarro y el humo nos envuelve.  
—Aquí no se puede fumar —aviso.  
—Que me echen.  
—Estás hoy simpática —señalo.  
—No tengo el día.  
—Estabas bien hasta hace media hora.  
—El jefe quiere que pase Acción de Gracias con él.  
—¿Y tú no quieres?  
—Ni se me pasa por la cabeza.  
—Pues le dices que no y listo.  
—Eso he hecho y ahora cree que nuestra relación no va a ningún sitio.  
—Es intensito —interviene Sophia.  
—Me agobia. Sabéis que necesito mi espacio.  
—Date un tiempo. Unos días... —comento.  
Mia le da una calada al cigarro y se masajea la frente.  
—Me duele la cabeza. ¿Tienes ahí tu neceser para emergencias? —me pregunta.  
—Claro, no salgo sin él. —Busco dentro del bolso—. Toma. Esto te lo quita en diez minutos.  
—Eres mi camello preferido. —Pide un vaso de agua y se toma la pastilla.  
—Terminad ya que tengo que volver para arreglarme y todavía tengo que comprar varias cosas.

Nolita South abre sus puertas a las seis de la mañana todos los días del año, menos hoy, que

parece que han tenido un contratiempo y cuando llego a las nueve sus puertas aún están cerradas.

Andrea espera junto a la fachada con el móvil en la mano. Parece agobiado.

—Buenos días, ¿qué ocurre?

—Un problema con la electricidad. Ni siquiera puedo levantar la persiana. —La señala—. Los dueños están de vacaciones y el técnico aún no ha llegado. —Mira detrás de mí—. Ahí viene.

Milan casi llega en el mismo momento. Le cuento lo que ocurre y me propone ir al café de la esquina.

—Seguro que no es tan bueno, pero podemos probar.

Lo noto nervioso en cuanto tomamos asiento en Benners. Lo he frecuentado alguna vez si mi cafetería favorita no tenía mesas disponibles y sí, el café es pasable, se puede tomar.

—Voy cada año al desfile con mi familia —le cuento entre conversaciones.

—¿No te gusta la compañía de hoy? —pregunta con amargura.

—Oh, no me refiero a eso. Este año no me apetecía demasiado... Ya sabes... La separación de mis padres...

Se revuelve el pelo, respira y me mira...

—Tengo que contarte algo.

Diría que no va a gustarme lo que voy a escuchar.

## SOPHIA

No sabría decir lo que siento por Mason, ni siquiera yo le encuentro demasiado sentido al hecho de que en tan poco tiempo mi mente solo piense en él. Es guapo, eso es innegable, pero es su forma de ser, alegre y cariñosa, lo que hace que cada día que pasa mis ganas de quererlo aumenten.

Anoche cenamos en un restaurante de esos a los que voy solo si Mia invita porque la comida cuesta el sueldo de un mes. Ahora voy a tener más pasta, gracias al contacto de Milan, a mi currículum y a que soy la mejor de las secretarias de Manhattan y los impresioné en la entrevista. Desde entonces trabajo para un CEO del *marketing* digital. Aunque aún no lo he hecho, me han avisado que los viajes van a ser continuos y estoy deseando. ¿Viajar gratis? Sí, gracias. Lo sé, voy a trabajar, pero me encanta lo que hago y seguro que busco huecos para visitar la ciudad a la que volemos en un helicóptero o avión privado. También me han informado de esto. Así que el sueldo va en compensación y voy a ser un poco menos pobre.

Me despierto en la cama de Mason, en casa de Mason y junto al cuerpo del Dios griego de Mason. Él sigue durmiendo a mi lado y me pregunto cómo se puede tener esa cara aún con la boca abierta y los ojos hinchados. Lo miro y sonrío. Voy a ser un poco mala, o buena, depende de cómo se mire.

¿Voy a despertarlo? Sí.

¿Voy a hacerle una mamada? También.

Me pongo a horcajadas sobre sus piernas y le acaricio el torso desnudo, lo beso muy lentamente: cuello, pectorales... y bajo hasta encontrarme con su miembro y agarrarlo con las manos.

Lo humedezco con la lengua varias veces hasta que él se remueve y lo introduzco en mi boca.

—Arrrgggg —suelta un pequeño gemido.

Yo sigo masajeando, ayudándome con la mano hasta que se pone completamente erecto para mi deleite.

Se muerde los labios y se rinde al placer.

Sigo así unos minutos hasta que sus jadeos se vuelven intensos y me avisos de que está a punto de correrse. Me pongo a horcajadas sobre él e introduzco su polla en mí. Muy despacio, sin detenerme, pero con mucha calma. Mi sexo se abre para acoger la grandeza de su miembro y gimo al sentirlo llegar al final. Toma con la pared y una electricidad intensa recorre mi cuerpo. Me quedo quita unos segundos, saboreando el momento, hasta que comienzo a cabalgarlo.

Mason me agarra de las caderas con fuerza, clava sus dedos en mi carne y comienza a moverse él también. Levanta su pelvis y acrecienta la profundidad de las acometidas.

Me derrito.

Me vuelvo loca.

Y me precipito a esa sensación vertiginosa del orgasmo que está a punto de llegar, que llama a la puerta y no piensa esperar a que le abras para entrar.

Su pecho sube y baja.

Los míos se bambolean por el movimiento.

Sus ojos siguen el baile de mis pezones erectos.

Me corro. Me corro ante su visión. Con la boca abierta, la piel caliente y el corazón a punto de explotar.

Mason se corre conmigo. Dentro de mí y, aunque se acaba, yo solo deseo volver a empezar.

Me despierto de nuevo sobre la cama, pero ahora no encuentro a Mason a mi lado, aunque su aroma se ha impregnado en las sábanas y en mi cuerpo. En contra de mi voluntad, me incorporo y me obligo a viajar (sí, viajar, este piso es tan grande como el distrito de Queens y podría perderme entre sus barrios. Tiene cuatro cuartos de baño. No sé para qué los quiere. ¿Utiliza uno cada día?). Hoy está en el barrio de la cocina, hasta tiene su propio Central Park, una terraza repleta de vegetación, árboles, plantas, flores y un pequeño lago artificial que termina en una piscina imitando un estanque.

Escucho su voz desde el salón, tan magnánimo como el SoHo. No quiero fisgonear, lo prometo, pero su voz llega hasta mí como si tuviera un altavoz y escuchar el nombre de Ava me empuja a acercarme.

Habla por teléfono con alguien. Enseguida escucho la otra voz y me asomo para comprobar que utiliza el manos libres mientras prepara el desayuno. Huele a tortitas, a café y a mermelada de frambuesa. Él lleva un delantal negro que me despista de mi objetivo durante unos segundos.

—Te deseo suerte, amigo. Verás cómo todo sale bien.

—Yo no estoy tan seguro. No quiero perderla.

—Si te quiere, y estoy seguro de que sí, lo entenderá.

—¿Tú entenderías que alguien te engañara?

¿La ha engañado?

Los pelos se me ponen de punta y todo mi cuerpo se tensa. Doy un paso hacia delante para escuchar mejor.

—Tengo que ser sincero y admitir que me costaría mucho perdonarlo, pero yo soy un hijo de puta muy cabezota. Ava no es así.

—No la conoces.

—Sé lo que Sophia me cuenta de ella y quiero pensar que te perdonará.

Se hace el silencio tras la línea.

—¿Sigues ahí? —pregunta Mason tras darle la vuelta a cuatro tortitas sobre una plancha enorme.

—Sí, sí.

—¿Cuándo la ves?

—Hemos quedado para desayunar en una hora. Después vamos a ver el desfile.

—¿Por qué no esperas a que pase este día para contárselo? No creo que sea el mejor momento del año.

—Porque no quiero esperar más. Lo he retrasado demasiado.

—Suerte, hermano.

—Gracias. Esta noche te llamo.

—Deseo que con buenas noticias.

Espero a que se despidan y hago aparición estelar con cara de enfado y los puños apretados. Mason capta al instante que algo he escuchado.

Ya hay que ser tonto del bote para mantener ese tipo de conversación con el manos libres estando yo en casa, por muy grande que sea.

—No es lo que parece.

—Dice el marido infiel al que pillan con la amante en la cama.

—No... —Trata de explicarse, pero lo corto.

—¿La ha engañado?

—No como crees.

—¿Con Abigail?

—No debería contártelo. —Apaga el fuego y se quita el delantal.

—Me parece perfecto —contesto con crudeza.

Giro sobre mi cuerpo y me dispongo a vestirme y a marcharme. Él me detiene en medio del pasillo.

—Sophia, espera. —Con sus largos dedos me rodea el codo.

—Déjame, tengo que hablar con mi amiga.

—¿Vas a decírselo?

—Tú qué crees. —Tiro de mi brazo y me suelto.

Entro en el dormitorio y recojo mi ropa, doblada sobre una silla.

—Voy a ducharme.

—Espera. No puedes hacer eso.

—¿Ducharme? —suelto con sarcasmo.

—No puedes decirle nada a Ava. En realidad no sabes nada.

—Sé que le ha engañado. No necesito saber más. Y... —Paso por su lado—. Tú has sido cómplice de ello.

Entro en uno de los cuatro baños, este con bañera hidromasaje y tres lavabos, tres, y cierro la puerta con pestillo. Mason me espera en el salón cuando salgo.

—Me marchó. No es necesario que me llames. —Me cuelgo el bolso y compruebo que llevo el móvil. Pienso llamarla cuando salga de aquí.

—Ava y Milan ya se conocían. —Cae la bomba sobre mí.

—Eso no es cierto.

—Lo es.

—Expílicate.

—Eso intento. —Bufa ante mi cara de nerviosismo—. Ava y Milan iban al mismo colegio. Eran amigos de pequeños.

—Ava no me lo ha dicho. —¿Por qué no nos ha dicho que se conocían? Algo se me escapa.

—Porque Ava no lo recuerda. —Arrugo el ceño—. Milan es dos años más pequeño y... bueno, antes no era como es ahora. Me refiero al físico. Por lo visto Ava se lo hizo pasar muy mal en secundaria.

—No me lo creo.

—Te estoy contando la verdad. Y no debería. No es de nuestra incumbencia.

—Ava es como mi hermana. Sí es de mi incumbencia. Y pienso llamarla ahora mismo y contárselo.

—Milan va a hablar con ella hoy mismo. Espera a que él lo haga primero.

—¿Y qué es lo que intenta?

Se lo piensa, se lo piensa mucho. Hasta que me dice de alguna forma que tras verla y darse cuenta de que no lo reconoció, quería vengarse de ella.

De más está decir que casi vomito al escucharlo. Tengo que respirar varias veces para no desmayarme sobre la alfombra negra.

¡No me lo puedo creer!

¡No me lo puedo creer!

—No me lo puedo creer —verbalizo mis pensamientos—. Tengo que irme y, por cierto, lo nuestro se ha acabado.

—Sophia, por favor... —trata de detenerme, pero no hay nada que pueda decir para arreglarlo.

Llamo a Ava en repetidas ocasiones sin conseguir hablar con ella. No me coge el teléfono y supongo que el estruendo que provoca el desfile no la deja escucharlo. Así que detengo un taxi, me subo hasta él y le pido que me lleve hasta el lugar donde sé que va a estar como cada año: En Central Park, entre la calle 60 y la 70.

Desde que Milan me ha dicho que tiene algo que contarme y nos han interrumpido unos turistas armando algarabía en el local, no dejo de darle vueltas, sobre todo porque anda ausente. Casi no hemos hablado desde que salimos de Benners. Vamos de la mano camino de la calle 60 zigzagueando entre los cientos de transeúntes que llevan nuestro mismo destino: El desfile del Día de Acción de Gracias.

Con suerte, quizás vea a mi abuela y a mi madre, aunque con la cantidad de personas que hay lo dudo.

De repente, Milan me detiene en una esquina y me mira a los ojos.

—Ava... Sabes que te quiero, ¿verdad? —Los ojos le brillan.

—Me estás asustando...

—Promete que tratarás de entenderme. —Acaricia mi mejilla.

—¿Qué ha ocurrido?

—Prométemelo.

—Te lo pro...

—¿Ava? —Una voz familiar dice mi nombre.

Miro hacia nuestra derecha y mi madre me observa con una mezcla de asombro y alegría reflejada en su rostro.

—¡Cariño! —Mi abuela está a su lado.

Milan da un paso hacia atrás y busca más que nunca mi mirada.

—¿Mamá? ¿Abuela?

—Hola, Ava. Creía que no te veríamos con tanta gente. —Mi madre, ni corta ni perezosa, se acerca a nosotros y me da un abrazo.

—Qué alegría encontrarte. —Mi abuela la imita—. ¿No nos presentas a tu amigo? —Lo mira sin disimulo.

—Mamá, abuela, él es Milan. Milan, ellas son...

—¿Redi? —Mi abuela me interrumpe—. ¿Eres el pequeño Redi?

¿Qué?

¿Redi?

¿Qué Redi?

Mi madre pone su atención en él.

—¡Redi! ¡Cuánto has crecido! Ava no nos ha dicho que os veáis.

No entender lo que ocurre es quedarse corta. Ahora mismo estoy como si me hubiesen dado una patada y lanzado al fondo del río Hudson hasta tocar el fondo y encallar allí.

Incluso me ahogo.

Miro a mi madre, a Milan y a mi abuela hasta terminar en Milan o... Redi otra vez. ¿Redi? ¿El chico que me acompañaba mientras cortaba el césped? ¿Redi? ¿El chico que iba en bicicleta y una vez casi lo atropellan por detenerse a saludarme? ¿Redi? ¿Al que defendía en el patio porque se metían con él? ¿Redi? ¿Mi amigo Redi?

Se ve que sí.

Las piezas comienzan a encajar y el parecido se hace más que evidente. Mismos ojos, mismos labios... pero, ¿el resto?

Él las saluda con cortesía y hasta cariño y las llama por sus nombres de pila.

—¿Cómo están tus padres? Hace mucho tiempo que no los veo —curioseas mi Santa Madre que no se percata de mi desconcierto.

—Pasan la mayor parte del año en los Hampton —contesta él, con nerviosismo acumulado.

—Ava, mi vida, ¿estás bien? ¿Tienes fiebre? Te noto muy mala cara. —Mi abuela, que es bruja, científica e investigadora privada, sí que toma conciencia de mi estado de ánimo y se preocupa.

Estado de ánimo actual: muerta por corazón roto y alma hecha pedazos.

—Ten... Tengo que... Tengo que irme... —tartamudeo.

—¿Adónde vas, mi niña? Vamos a ver el desfile. —Mi abuela me acaricia la cara de desconcierto.

—No... No me encuentro bien. Tienes... Tienes razón. He debido pillar la gripe.

Mi madre lleva la palma de su mano a mi frente.

—No tienes fiebre.

No lloro porque me trago cada lágrima. Y saben muy amargas.

—Estará destemplada. —Mi abuela me rodea la cintura con el brazo y tira de mí. Estoy segura de que ha leído en mis ojos que quiero correr y salir de aquí—. Mejor nos vamos a casa.

—¿Estáis seguras?

Asiento sin abrir la boca. Si lo hiciera, se me escaparía un sollozo.

—Adiós, Redi. Quizás nos veamos en otra ocasión. —Mi madre se despide de él que, por cierto, no ha vuelto a decir una palabra... Hasta ahora.

—Ava... —musita.

Lo ignoro y me marchó, pero mi corazón no logra pasar de él y sus añicos, esos rotos ya en pedacitos muy pequeños, se desintegran por completo.

Un corazón volatilizado.

Y de repente, la letra de una de las últimas canciones de The Fox's Lair resuena en mi mente a todo volumen.

«¿Sabes a que suena un corazón rompiéndose en mil pedazos? A Nada. A la nada de la Historia Interminable...».

Cuánta razón la de Pablo Aragón al escribirla. Seguro que lo ha vivido en primera persona. «Y también se rompe el alma. Y las ganas. Y los besos entre las sábanas...». «El todo de la nada».

Hago caso a mi abuela, que me dice que descanse un poco en su dormitorio mientras terminan la cena. Entonces, en la soledad de una habitación demasiado moderna para una persona que ronda los ochenta años, me permito llorar. La cabeza me estalla con mil preguntas sin respuestas que pronto se van resolver porque Sophia entra en la habitación visiblemente afectada. Y me abraza. Solo me abraza hasta que logro recomponerme lo suficiente para poder respirar con más o menos normalidad.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar con tu familia.

—Tú eres mi familia.

Vuelvo a derramar un puñado de lágrimas y la abrazo. Me aferro a ella y al amor que nos tenemos. Porque el amor cura hasta el corazón más roto. El amor de una amiga sana todas las heridas.

Y, aunque sé que tardaré en recomponer los pedazos, con ellas será más fácil pegar los trozos.

—Te he llamado cientos de veces.  
 —¿Cómo sabes lo que ha ocurrido? —No me lo explico—. ¿Te ha llamado mi abuela y te ha dicho que no me encuentro bien?  
 —Escuché a Mason hablar por teléfono con Milan.  
 —¿Por qué me ha hecho esto? ¿Por qué no me dijo quién era?  
 —¿No te lo ha contado?  
 Niego a la vez que suspiro.  
 —Quería decirme algo. Llevaba todo el día muy pensativo... Pero esto...  
 —Ava, cariño. ¿Estás preparada para escucharlo?  
 —Prefiero mil veces una verdad que me duela, a una mentira que me mate por dentro. El dolor me recuerda que estoy viva.  
 Sophia me explica lo ocurrido y me rompo un poco más, si eso es posible, al entender que Milan solo se acercó a mí para hacerme daño.  
 —Era mi amigo... —susurro, sentada sobre la cama y mirando el suelo.  
 Me cuesta muchísimo recordar haberle hecho daño. Era una niña y no le di importancia. Pero él sí. La edad me cambió y solo deseaba gustarle al chico con el que salí unos meses. Metí la pata mucho con Redi, lleva razón, pero ¿esto?  
 —Creí que me quería. Dijo que se había enamorado de mí.  
 —Lo siento, Ava. Todos los hombres son iguales —escupe.  
 —¿Mason?  
 —Lo he dejado.  
 —¿Por qué?  
 —¿Me lo preguntas? Él estaba al tanto de todo. Jamás querré a nadie que te haga daño.  
 —Pero...  
 —Está decidido.  
 —Lo lamento... —Soy yo ahora la que se preocupa por ella.  
 ¿Sabes cómo suenan dos corazones que se quieren, juntos, rompiéndose en mil pedazos?  
 ¿Dos corazones que se adoran?  
 Suenan a susurros.  
 A risas entre llantos.  
 A abrazos sinceros.  
 A besos, a muchos besos.  
 A «todo saldrá bien».  
 A «estamos juntas en esto».  
 A lamentos.

Tres semanas después

Llevo días, semanas, tratando de hablar con Ava. Le di unos días. No quería agobiarla y entendí que necesitaba tiempo para asimilar lo que había ocurrido. Yo también. Pero no pude esperar más y la llamé, llevo llamándola desde que Mason se presentó en mi apartamento, me levantó de la cama y me gritó que dejara de lamentarme y luchara por ella.

—Se ha acabado. No quiere saber nada de mí —gimoteé.

—Tío, ¿desde cuándo no te duchas? —Abrió la ventana.

—¿Vienes a quejarte? No te he llamado.

—Yo también lo estoy pasando mal. Sophia me odia por algo que no he hecho. Te dije que esto saldría mal. Nos has cubierto a todos de mierda. Ya estás levantando ese jodido culo de ahí y arreglando esto.

—¿Cómo?

—Ni puta idea. Sé sincero con ella. De principio a fin. Como lo deberías haber sido desde el principio. Esto no debería de haber ocurrido.

Espero en la puerta del apartamento de las chicas y espero a que alguna de ellas salga o entre. Mi intención es detenerlas y mendigar que me dejen hablar con Ava. Sé que a ella no la voy a ver. Me he enterado preguntando a gente del mundo de la moda y la fotografía que se ha tomado unas vacaciones y ha desaparecido. He utilizado más contactos, mi madre para más datos, y he descubierto que no ha salido de viaje. Tiene que estar escondida en su dormitorio.

Hace frío, pronto será Navidad y comienza a llover tras cinco horas de aguardo. Pienso en mis momentos con ella.

Su sonrisa cuando papá abrió la puerta.

Su pelo largo, ondeando mientras cortaba el césped y yo la miraba sin parpadear siquiera.

Su saludo por la mañana en secundaria.

Las piruletas que disfrutábamos sentados en el porche de casa.

Los helados que me compraba.

Su primera caída en el metro agarrada a mi mano.

El resbalón subiendo las escaleras de Macy's.

Su cuerpo desnudo.

Nuestro primer beso. Y el último...

Sophia baja de un coche negro de muy alta gama conducido por un chófer con gorra, chaqueta y pajarita y entiendo que sigue trabajando para Roger Lester y este no escatima en gastos con nadie, con su secretaria tampoco. Me incorporo en cuanto la veo caminar hacia el portal de su edificio y la intercepto antes de que se pierda dentro y cierre la puerta. Doy por hecho que se negará a hablar conmigo.

—Sophia. —Me detengo frente a ella.

No se detiene y trata de rodearme pero me muevo y le corto su camino.

—Déjame explicarme.

—¿Qué te hace pensar que voy a escucharte?

—Porque sabes cuánto la quiero.

—Ahí te equivocas. Mason y tú no queréis a nadie.

—Por favor, So, solo serán dos minutos.

—No me llames así. Solo se lo permito a mis amigos.

Respiro.

—Dos minutos —insisto, totalmente abatido.

Debo darle mucha pena porque suelta un suspiro muy largo, cambia el peso de su cuerpo de pie y sigue:

—Treinta segundos.

—Es la mujer de mi vida.

—Un topicazo.

—No puedo vivir sin ella.

—Vas de mal en peor.

—¿Me lo pones difícil?

—¿Crees que Ava va a ponértelo más fácil?

Agacho la cabeza, agotado, rendido, perdido entre el dolor de mi corazón y el desaliento de sus palabras.

Cojo fuerzas y la miro sin parpadear.

—De pequeño me gustaban las piruletas de fresa. Siempre tenía una de ellas en la boca y mi madre me apodó Redi por el color que se me quedaba en casi toda la cara. Todos me llamaban así...

—No me interesa —me corta.

—Me enamoré de Ava una mañana. —Yo sigo contra viento y marea—. Me gustó el color de su cabello, pero su sonrisa y sus ojos me atravesaron hasta sentir una descarga eléctrica que desconocía. Yo era un niño que solo se preocupaba por comer y salir en bicicleta con sus dos amigos. Hasta que ella apareció y... el mundo de ese niño cambió. Tardé en entender que una chica como ella no se fijaría en un niño como yo. Dos años más pequeño y bastante regordete. Me dolió que mi amiga, con la que pasaba las mañanas de los sábados y domingos y con la que el tiempo pasaba fugaz, no me defendiera ante los malos del colegio que hasta me golpeaban por mi sobrepeso.

—Sí lo hacía.

—La mayor parte de las veces.

—De todas formas eso es lo de menos. Nada excusa lo que has hecho.

—No te lo cuento por eso. Supongo que ya lo sabes. Quiero decirte que Ava es mi piruleta de fresa. Ava es todas las piruletas de mi infancia. Ava es mi sabor preferido. ¿Puedo olvidarla y seguir adelante? —Cojo aire de nuevo—. Seguir adelante sin ella, tal vez; olvidarla, jamás. Además, no quiero.

—Milan, no lo sé. Ella no está bien.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me apremia con una mano—. ¿Crees que sería feliz a mi lado? ¿Existe la remota posibilidad de que consiga hacerla feliz?

Lo piensa durante un segundo.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Me impaciento.

—Si no estuviera segura de eso, no perdería el tiempo aquí contigo. Además, tengo frío.

—¿Eso significa que vas a ayudarme?

—Significa que me lo voy a pensar y tú te vas a ir a casa porque, chico, vaya cara que

tienes.

—Quiero verla. —Hago un último intento.

—Pero estoy segura de que ella a ti no. Descansa. Ava aún necesita su tiempo.

Vuelvo a casa con un poco de esperanza en la mochila que antes solo cargaba piedras. Hace frío y los copos de nieve comienzan a caer sobre el corazón de Nolita, un barrio que desprende alegría aún cubierto de niebla y varios grados bajo cero. Detengo un taxi en la avenida que me lleva a casa de mi amigo Mason. Se merece escuchar la mediana buena noticia, lleva aguantando mis quejas y lloros desde hace demasiado tiempo. «Los amigos están para lo bueno y para lo malo», me dijo cuando hace dos días le di las gracias por no dejarme caer en el agujero negro al que me gustaría tirarme.

Disfrutar la vida es como caminar por el borde de un precipicio de puntillas a sabiendas de que abajo no hay red. Peligroso y divertido a la vez. Vivir trata de arriesgarse y a veces hay que apostar todo lo que tenemos conscientes de que podemos perder.

Otras dos semanas después...

Pronto será Navidad y me apena el hecho de que mis padres acaben de firmar el acuerdo de divorcio y no la vayamos a pasar juntos.

«Ya eres mayorcita para entender que las parejas se separan, coño», me dijo Mia, harta de escuchar mis suspiros por el apartamento.

—O te espabilas o te tiras por el balcón. Elije. Pero, joder, deja de lamentarte y supéralo — ella tan comedida y bien hablada como siempre.

Sophia le dio la razón desde el otro lado del sofá y Emma, la hija de mentira de Madonna, que vino a verme y a empujarme para que me estrellara contra el asfalto si era necesario, me soltó una charla sobre la obligación que tenemos cada uno de nosotros de hacernos felices a nosotros mismos.

«Seguir es una obligación. La vida se nos regaló y somos muy afortunados. La felicidad se persigue sin respiración, caminando sobre brasas ardiendo y surcando los océanos en una pequeña barcaza». Emma fue más filosófica que Mia. Justo después de esto nos informó comedidamente que lo había dejado con el chico que casi se muda y que había conocido a un carpintero en Tinder que estaba de muerte y que el martillo le medía veintidós centímetros. Así somos en este grupo, podemos pasar en un parpadeo de filosofar a hablar como chicas de barrio (que es lo que somos, menos Mia, que creció en un castillo pero se expresa como si hubiera nacido en las cloacas del metro).

Vale, reconozco que no solo la separación de mis padres me tiene llorando por las esquinas. Soy un despojo humano y hasta yo me estoy cogiendo manía por la ruptura con Milan. Me dejaría de hablar si pudiera, hasta me alejaría de mí misma porque desprendo una negatividad que nadie merece tener cerca.

—¿Qué le queda? —Mia me pregunta por Sophia y sus más de cuarenta minutos frente al armario barajando opciones de *outfit*—. Solo vamos a desayunar a Nolita South. ¿Así vas a ir tú?

Se refiere a mis vaqueros rotos sobre unas mayas de color amarillo, Converse de cuero rosas y chaleco de lana beis de cuello alto y muy ancho.

—Solo vamos a desayunar a Nolita South —la parafraseo.

—Pero...

—¿Viene el Príncipe Guillermo? —Me levanto del sofá y voy en busca de un vaso de agua. Tengo la boca seca.

—Ese ya no es el guapo. —Me sigue.

—La calvicie no es un problema.

—Habría que hacer un sondeo, pero las operaciones de trasplante de cabello están muy al alza.

Vuelvo al salón.

Me coloco un gorro de lana marrón y unos guantes verdes.

—Pareces un arcoíris.

—Al mal tiempo, colores. —Busco mi teléfono móvil.

Milan lleva más de catorce días sin llamarme ni escribirme. ¿Se habrá olvidado ya de mí? ¿Alguna vez se acordó? ¿Quiero que siga insistiendo?

Media hora más tarde entramos en mi cafetería preferida. No solo el café es de otro planeta, también la decoración y los corazones, algunos rotos, como el mío, otros intactos colgados sobre las paredes.

Andrea el camarero nos limpia nuestra mesa preferida y nos dice que Emma anda por aquí.

—Pero la he perdido de vista hace cinco minutos —explica con el trapo húmedo en la mano—. ¿Lo de siempre?

—A mí me pones una cerveza —dice Mia.

—No me gusta el olor a desinfectante —So se queja cuando se sienta.

—A ver si tú también dejas el mal humor en casa —le reprocha la bróker.

Sophia no se lo ha tomado tan mal como yo, sin embargo, no puede evitar el semblante serio y la desgana para casi todo.

—Estoy exultante, ¿no lo ves? —La secretaria sonrío y podría asegurar que no finge, al menos esta tarde.

—Te has puesto muy guapa —la piropeo.

—Es víspera de Nochebuena y quiero estar tan buena como la noche.

—Ja, Ja —respondo ante su conato de broma.

—Ha sido buena, te pongas como te pongas.

—No te ganas la vida de comediante.

—Hola, chicas. —Emma llega hasta nosotras y toma asiento a mi lado.

—¿Dónde te has metido? —Le doy un pequeño abrazo.

—Estaba firmando autógrafos. —Se quita el abrigo y lo dobla sobre el respaldo del sillón —. En el baño. Vengo haciéndome pis desde el Upper East Side.

—¿Qué hacías allí?

—Eh... —Mira a Sophia y a Mia—. Compras de última hora.

—¿Qué has comprado? —Ahora me mira a mí con las cejas arqueadas—. Las bolsas. ¿Dónde estás lo que has comprado?

—Ah... He pasado por casa y las he... dejado. Sí, eso, pesaban demasiado.

—Estáis hoy muy raras —musito.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo? —Mia se clava el dedo en el pecho.

—No has soltado por esa boca de camionero ni una palabrota.

Andrea nos sirve los cafés.

—Lo siento, chicas. La Navidad empuja a la gente a la calle. —Lamenta el retraso.

—No te preocupes. No tenemos prisa.

Disfruto del primer sorbo como si de un elixir se tratara y en realidad para mí lo es y cierro los ojos para sentirlo en cada papila gustativa.

Cuando los abro, solo unos segundos después, el techo de la cafetería está llenándose de globos de helio rojos que se pegan al techo y adornan el salón con unos lazos colgando.

—¿Y esto? —me extraño.

—Alguien enamorado... —contesta Sophia antes de dibujar en su cara una sonrisa placentera.

—El amor es una mentira... —Chasqueo con la lengua y agacho la mirada para centrarla en mis manos.

—No será para tanto. —Emma me da un codazo y llama mi atención.

La música suena más alta. La letra de una canción que me encanta envuelve cada rincón que, unido a que la voz es la de Pablo Aragón, me estremece de arriba abajo.

«Y el cielo se pintó de negro,  
como mi corazón cuando te alejaste.  
Y fui yo quien te quiso.  
Y tú te marchaste.  
Me dijiste que sería eterno.  
Que nuestro amor se grabó en tu piel.  
Lo único que deseo es besarte.  
Solo sueño con volverte a ver».

No es el señor Aragón, el cantante de rock, el que aparece de la nada entre los globos flotantes, sino Milan y su caminar de pasarela; Milan y su sonrisa; Milan y sus ojos bonitos. Milan y toda su esencia impacta en mi pecho hasta casi dejarme sin respiración.

Se detiene delante de nuestra mesa y con su mirada clavada en la mía me pregunta si quiero bailar.

—A ti no te gusta bailar —contesto, a la defensiva.

—Porque no sé y se mofan de mí, pero por ti como si se ríe de mí Manhattan al completo. —Cruzo los brazos y alzo el mentón. No se lo voy a poner tan fácil—. Está bien, lo imaginaba. —Da otro paso hacia mí, quedándose a medio palmo, se agacha para colocarse a mi altura y me agarra de la mano—. He sido cruel contigo y no merezco que me perdones, pero aún así te lo pido. Perdóname, Ava...

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque te quiero. Porque llevo enamorado de ti desde el día en que te vi. Porque ni los años que han pasado han podido borrar mis sentimientos hacia esa niña de pelo largo y sonrisa pintada. Porque solo necesité un café contigo en Nolita para que mi corazón me recordara todo lo que seguía sintiendo por ti. Dejé mi corazón aquí, contigo, en este café, y me llevé el tuyo a casa porque quería hacerlo mío.

Sophia, a la que después reprocharé lo feliz que le hace la situación, deja una caja sobre la mesa y junto a nosotros. La empuja hasta el borde y me pregunto qué contiene.

—Me llevé los platos la primera vez que estuvimos aquí. —Abre la tapa y observo dos platos de colores sobre una especie de algodón blanco—. Supe que este lugar es especial, sobre todo porque lo es para ti, y supe que dejé mi corazón aquí, contigo. Ya lo tenías desde que entraste en casa y te presentaste a mi padre la primera vez. No me importa si no lo quieres. Aunque no aceptes mis disculpas, mi corazón va a quedarse contigo en Nolita. No desea estar en ningún otro lugar.

Trato de contener mis lágrimas, por eso de hacerme la fuerte y la digna, pero en cuanto me acaricia el cuello mi piel se electrifica y mis ojos se convierten en nubes negras que dejan caer una gran tormenta sobre mis mejillas.

—¿Dónde está tu corazón, Ava? —Lleva ahora su mano derecha hasta mi pecho y la deja allí—. Lo escucho latir, no puedes decirme que está muerto.

—Me has hecho mucho daño. Me mentiste.

—Lo sé, lo siento. Déjame recompensarte haciéndote la mujer más feliz del planeta.

—¿Del planeta?

—Del universo.

Lleva sus labios hasta los míos con lentitud y cuando llegan a su destino siento que yo he llegado al mío. ¿Puede una persona ser el destino de otra? ¿Tener nombre? ¿Ser un corazón? ¿Un lugar?

El destino puede tener muchos caminos y, sin duda, yo he encontrado el mío.

## EPÍLOGO

Una mentira puede terminar con cientos de verdades. Las mentiras arrasan con el amor, la amistad y destruyen miles de corazones. La mentira es un puñal en la espalda, un golpe en el pecho, un guantazo en la cara. Sé sincero aunque duela. La verdad siempre merecerá la pena.

Cinco años después...

Mi reconciliación con Milan fue dura. A pesar de que lo dejé volver a mi vida porque de verdad estaba segura de que me quería, la desconfianza que me creó hizo tambalear el futuro de nuestra relación durante muchos momentos. Pasamos por varias etapas que no pudimos evitar.

Durante un mes estuvimos en una nube de algodón de azúcar salpicada con purpurina y mucho sexo del que te deja exhausta, pero con más ganas. Después... Después entré en un bucle de pesadillas nocturnas que me despertaban sudando y con un agujero en el pecho del que se escapaba el aire y no me dejaba respirar, cargado de desconfianza. ¿Cómo lo superamos? Hablando, con abrazos y besos de los que curan y sanan todas las heridas, y la mía era enorme, tan grande como el barrio de Nolita. Pero fue este el que nos ayudó a pegar los trozos de mi corazón roto. Paseos por sus calles, cafés en sus terrazas, visitas a exposiciones... siempre los dos. Tratamos de aceptar el hecho de que lo nuestro necesitaba ir poco a poco para hacerlo funcionar y Milan accedió a darme mi espacio, que, a veces, fueron días enteros para respirar.

Las parejas son compañeros que van de nuestra mano aún sin estar. Un amigo que te apoya y te comprende, se preocupa por ti, se aleja cuando lo necesitas y vuelve sin preguntar. Te respeta, confía y entiende que te crecieron alas para volar.

Pliega tus alas y vuela tan alto como desees. Que nadie te abrace tan fuerte que no te deje soñar.

—Ava, cariño, llegamos tarde. —Milan entra en nuestro dormitorio con Sean en brazos.

—Voy todo lo rápido que puedo. ¿Crees que es fácil moverse con esta barriga?

Estoy embarazada de nueve meses menos tres días y casi no puedo caminar. Además, esta gestación está siendo más difícil que la de Sean hace tres años, que casi no me di ni cuenta. Vómitos, pies hinchados, cansancio, insomnio... Por suerte nuestro bebé crece sano dentro de mí y todo parece ir bien.

Esta noche celebramos el cumpleaños de nuestro primogénito; un niño avisado y tan guapo como su padre. Bonito hasta decir basta y con una personalidad arrolladora. Varias agencias de modelo nos han propuesto disponer de nuestro pequeño entre sus talentos, mas a mí no me convence demasiado la idea y a mi marido tampoco. No nos importa que se dedique a ello en un futuro, pero la infancia es un momento crucial en la formación de la personalidad de una persona y queremos que la suya sea lo más normal y sencilla posible a pesar de tener un padre bastante conocido.

Milan y yo nos casamos en Elisabeth Street Garden un día nevado de diciembre hace ahora casi un año. La pedida de mano fue en París. Lo acompañé a uno de sus viajes y bajo la torre Eiffel se arrodilló y sacó un anillo. El anillo. Y no lo digo por su valor o los miles de euros que le costaría (no tengo ni la menor idea). No pudo ser más especial porque lo personalizó con dos

corazones de colores como los que guardó lo que se supone fue nuestra primera cita. Le dije que sí, por supuesto. Él llevaba a Sean en una mochila en el pecho que sonreía de felicidad como si supiera lo que estaba pasando.

—¿Estás cansada? —Se preocupa.

Milan no duerme durante las cuarenta semanas que duran mis embarazos. Los míos y los de casi todas, días arriba, días abajo.

Espero no ponerme de parto hoy. Toda la familia nos espera para ver a Sean soplar las velas.

—Estoy bien. —Tomo asiento sobre la orilla de la cama y trato de ponerme los zapatos. Tras varios intentos y un par de suspiros, Milan deja a nuestro niño en el suelo y se arrodilla para ayudarme.

—Gracias, cariño. Eres el mejor. —Se levanta y me da un corto beso en la boca.

—No, no, no. —Sean se interpone entre nosotros y nos aparta con las manitas, las levanta y le pide al padre que lo coja en brazos.

La obsesión del pequeño con su padre debe tener un diagnóstico médico. Desde que se levanta hasta que se acuesta quiere estar con él.

Me ayuda a incorporarme y doy gracias en silencio porque sin su ayuda aún estaría tratando de levantarme. Me ha planteado en varias ocasiones llamar a una grúa por las mañanas. Es más fácil saltarme que rodearme. Perdonadme el comentario, las hormonas me tienen de los pelos y no me acostumbro a mi nuevo cuerpo, muy delgado desde que nací.

—Tengo la mujer más preciosa del planeta. —Mi marido me mira con orgullo.

—¿Del planeta?

—Del universo... —Se pega a mí, me agarra de la cintura y vuelve a besarme, esta vez con más intensidad.

—No, no, no, no. —Sean se queja de nuevo.

—Papá y mamá se quieren, peque —le explica.

—Papá me quiere a mí —asegura él.

—Y a mami también.

—¡No!

—Déjalo. Vamos a llegar tarde —pido a Milan que no se entretenga a explicarle, como hace cada día, que tenemos amor para los tres.

Durante el trayecto, hablamos sobre el miedo que nos da que a Sean le cueste aceptar al nuevo miembro de la familia, un bebé llamado Eliza.

Entramos en el local y saludamos a amigos y familia. Mis padres ríen mientras terminan de colgar globos y a mí se me llena el alma de felicidad al verlos así. No volvieron juntos, sin embargo, si el amor terminó, su amistad aumentó y se convirtieron en grandes amigos que se ayudan cuando lo necesitan. Me enseñaron que el amor no desaparece, solo se transforma, sin hacerse más pequeño, al contrario, puede crecer hasta inundarlo todo de dicha.

Sophia y Mason vienen hasta nosotros y nos abrazan. Sean se tira sobre los brazos de Mason y le pregunta si hoy puede beber refresco.

—Claro que sí, campeón —responde colmándolo de besos.

Mason es la segunda persona preferida de mi hijo. Me pregunto en qué puesto del ranking me encuentro yo.

—¿Qué tal estás hoy? —So me acaricia la barriga. Nota: esto se lo dejo hacer a muy poca gente.

—Soy un saco de patatas.

—Eres una princesa.  
—Soy un Huevo Kinder.  
—Patatas o huevo. Elige, reina.  
—Patatas con huevo.  
—Eso me gusta. —Nos abrazamos y me susurra al oído—. Yo también voy a ser patatas con huevo.  
¿Qué?  
Me separo unos centímetros y le clavo la mirada.  
—Estoy embarazada —se explica.  
—¿Hablas en serio?  
Asiente con una sonrisa iluminando su cara.  
Gritamos de alegría y Mia y Emma se nos acercan con copas de cava en las manos. Doy por hecho que no me van a dar la misma noticia.  
—¿Cuál es el motivo de tanta algarabía? —Mia me ofrece una copa y le digo si está loca —. Un poco de alcohol no va a matar a Eliza, ya está crecida.  
—Prefiero esperar.  
Encoge los hombros y se rellena su copa con la que iba a ser mía.  
—Esta es para ti. —Emma le ofrece una de las dos que sostiene a Sophia.  
—No, gracias.  
—¿Ahora vas a volverte abstemia?  
Niega y amplía su sonrisa.  
—¡Estás preñada! —grita Mia.  
—Sí.  
Jamás entenderé el octavo sentido de Mia. Con razón es la mejor bróker del distrito financiero de Manhattan.  
Saltamos, yo hago lo que puedo, y lo celebramos como nosotras sabemos hacerlo, disfrutando de la tarde entre charlas banales, confidencias y mucho cariño y respeto por la vida que hemos elegido cada una de nosotras.  
Mia tiene una relación abierta con al que seguimos llamando El Jefe, aunque por fin supimos que se llama Leonard.  
Emma lo dejó con el carpintero de martillo enorme y comenzó a salir con un panadero de barra grande y masa dura. No piensa demasiado en el futuro y ser madre no entra en los planes de ninguna de las dos; y no se sienten menos mujer ni menos completas por ello.  
Yo elegí mi camino y mis amigas el suyo.  
¿Lo mejor?  
La posibilidad de cambiar de rumbo mientras estemos vivos.

FIN

## MIL BESOS EN TRIBECA

Serie American Girls #3

Adelanto...

## INTRODUCCIÓN

No recuerdo demasiado de aquella noche, pero sueño con su rostro de vez en cuando. Llovía y hacía frío. En la calle el viento movía las ramas de los árboles que había al lado de casa y que besaban con brusquedad el cristal de la ventana de mi dormitorio desvelándome cada vez que había tormenta. Estoy segura de que era invierno porque un escalofrío recorrió mi cuerpo de pies a cabeza y me cubrí entera con el que fue mi edredón favorito durante años. Mi madre lo compró en uno de sus viajes a Europa y me lo regaló por mi sexto cumpleaños. Lo adoraba. Era multicolor y tenía dibujados una decena de canguros con la cría asomando su menuda cabecita fuera de la bolsa. Mi padre me explicó que se llamaba marsupio.

Nos acostamos temprano porque al día siguiente comenzaban las clases de mi primer día de instituto. Me había convertido en casi toda una mujer y estaba deseando acompañar a mis tres hermanos en el coche. Dos de ellos, Ian y Evan, gemelos casi idénticos, cursaban el último año y en unos meses se irían a la universidad; Dylan, el mediano, solo me llevaba un año y se parecía muchísimo a mí. Juntos hacíamos y deshacíamos, componíamos y descomponíamos, volviendo locos a nuestros padres con incontables ocurrencias y travesuras. Formábamos un equipo que destruía todo lo que pillaba a su paso.

## MACKENZIE

—Joder —musito, incorporándome de la cama de golpe y los pelos enredados sobre la cara—. Voy a llegar tarde. —Aparto la colcha con rapidez y doy un salto propio de un trapealista del Circo del Sol para caer con equilibrio sobre un montón de ropa y zapatos esparcidos por el suelo de madera de mi pequeño piso de Tribeca.

—¿Adónde vas? —pregunta Luke, un amigo con el que mantengo sexo cada vez que los dos estamos dispuestos a ello. Nos conocemos desde que íbamos al instituto y una noche en la que bebimos demasiados chupitos de vodka perdimos la cabeza y nos liamos. Lo que pensamos que había sido una mala idea se convirtió en una forma de desahogarnos cuando lo necesitábamos, y así ha sido hasta ahora—. Es temprano.

—Para ti. —Busco ropa interior en los cajones—. Son más de las seis.

—Cada día estás más buena. —Me mira y se recrea.

Lo ignoro y cojo del armario unos vaqueros y una camiseta roja con una mano negra pintada en el pecho.

—Tengo una reunión muy importante. No puedo llegar tarde.

Salgo del dormitorio y entro en el baño. Abro la ducha y el agua comienza a salir.

Cierro los ojos bajo el chorro y disfruto del agua fría. Ninguno de mis amantes entiende que me guste el agua helada y a la mayoría no se lo explico. No soy de dar demasiadas cuentas sobre mi vida. Hago lo que me place cuando me place y trato de no hacer daño a nadie.

—Mierda, Kenzie. —Luke entra en la bañera dando saltitos—. Voy a congelarme los huevos. —Me río sin dejar de lavarme el pelo—. ¿Cómo puedes soportar esta temperatura? —La regula a su antojo—. Debes estar hecha de piedra.

—Eres un quejica. —Me retiro el jabón con el agua demasiado caliente, le doy un pico y lo dejo solo en la sauna que ha creado.

—Me visto y me voy. Cierra la puerta con llave. Están robando en el barrio —le advierto. A pesar de ser policía, es bastante despistado con las tareas cotidianas. También sé que el baño va a alargarlo al menos media hora y no saldrá antes de que me marche.

Me pongo un pantalón vaquero negro, camiseta blanca, chaqueta de cuero y botas altas estilo militar y preparo mi bolsa con todo lo necesario para un día inesperado de trabajo. Cojo un taxi que me lleva hasta el distrito Financiero.

Salgo en busca del autobús. Son varias manzanas hasta Dunas Street, donde se ubica el parque de bomberos al que me han destinado.

Pertenezco desde hace dos años al Departamento de Bomberos de Nueva York. He estado los últimos veinticuatro meses haciendo méritos en la estación más conocida del país (y me atrevería a decir que del mundo entero) porque fue el escenario de la película Cazafantasmas, aprendiendo de los mejores para afrontar el traslado con valentía y determinación.

Me encanta mi trabajo y no le temo a las llamas, aunque sí les tengo mucho respeto. Son como seres vivos que buscan oxígeno para poder crecer y adueñarse de lo que les rodea. Subo al autobús de un salto y saludo a Eduardo, el conductor que suele llevar esta ruta.

—Buenos días, Mackenzie.

—Buenos días, Eduardo. ¿Qué tal está su hijo?

—En casa recuperándose. No sé cómo darte las gracias.

—Me alegra que esté bien. No hay nada que agradecer.

—Sabes que eso no es del todo así. Fue un acto altruista y mi mujer y yo no dormiremos en paz hasta que no te lo agradezcamos. A ti y a tu hermano.

—Dile a Ed junior que me dedique una de las bolas cuando vuelva a jugar a béisbol.

—Por supuesto. La tendré mañana para dártela.

Eduardo y su mujer emigraron desde Colombia hace unos treinta años cuando eran casi adolescentes en busca de una vida mejor. Lo llaman el sueño americano, pero a veces se convierte en una pesadilla. Lo he visto. Pateo estas calles con el camión de bomberos y observo con rabia e impotencia la de emigrantes que sobreviven sin hogar debajo de puentes y entre cartones y mucha hambre. Ellos tuvieron suerte, encontraron un trabajo gracias a un familiar y legalizaron su permanencia en el país unos años después de cruzar caminando la frontera. Aún le queda un leve acento latino. De lo que habla y por lo que quiere darme las gracias es porque Ed junior tuvo un percance en el colegio y mi hermano Dylan lo operó hace un mes porque su familia, de escasos recursos, no podía hacerse cargo de las facturas del hospital. La sanidad en este país es de las mejores del mundo si tienes dinero.

Tomo asiento y busco el teléfono que suena en el interior de uno de los más de doce bolsillos que tiene mi bolsa negra con el logo del cuerpo de bomberos.

—¿Preparada para tu primer día? —Dylan se interesa al otro lado de la línea.

—¿Qué haces levantado tan temprano? Creí que estabas de vacaciones.

—Las guardias en el hospital me han dejado una secuela que no puedo superar y llevo veinticuatro horas sin dormir.

—Tú vienes de fiesta —le recrimino con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo crees? Soy un reputado cirujano.

—¿Marnie no te ha dejado dormir en su casa?

—Me ha echado a patadas —acepta.

—Algo le habrás hecho. Esa chica está muy enamorada de ti, aunque no entiendo por qué.

—¿Estás nerviosa? —encauza la conversación por donde más le interesa.

—No soy una niña pequeña.

—Ya lo sé. Pero son nuevos compañeros, nuevo jefe, nuevas costumbres...

—Me adapto rápido. Ya lo sabes. ¿Irás a comer a casa este fin de semana?

—¿Existe la opción de negarse?

Está claro que no.

—¿Me recoges?

—Por supuesto, ardilla. Te mando un mensaje con la hora.

No me gusta que me llame así, pero opto por colgar sin recordárselo. Sé lo pesado que puede llegar a ponerse recordándome de dónde viene el dichoso apodo. Mis hermanos comenzaron a llamarme así después de hacerme amiga de tres ardillas que merodeaban los alrededores de nuestra casa en Forest Hills, Queen, y merendar con ellas cada tarde. Incluso tomábamos el té. Una de ellas me mordió en una mano y tuvieron que cogerme cuatro puntos de sutura. La señal del accidente perdura sobre mi piel hasta el día de hoy.

Me despido de Eduardo y bajo del bus para caminar hasta el número cien de la calle Dunas, donde trabaja el Batallón uno y al que pertenezco desde hoy.

Veo el edificio desde la distancia. He pasado por aquí cientos de veces y todas ellas he

soñado con trabajar en este lugar. De piedras grises y grandes en forma rectangular y puertas y ventanas de un rojo sangre muy intenso con cristales ahumados. Solo consta de tres pisos, contando con el bajo, y tiene una pequeña azotea.

Me detengo frente al parque, justo delante de la puerta principal, y lleno los pulmones de aire para soltarlo a continuación muy despacio.

Se escuchan voces dentro y me animo a cruzar el umbral.

Sé que una nueva aventura me espera.

Estoy impaciente por comenzar a trabajar.

## TRISTAN

—¡Eh, TJ! —Miro en dirección a la voz de Reyes que me llama con su habitual sonrisa dibujada en su rostro afroamericano—. Mira, volvemos a salir en el periódico. —Señala la revista que tiene en la mano y me enseña la foto.

Termino de abrocharme las botas del uniforme de bombero que utilizo casi cada día y camino hasta él para quitárselo de un manotazo y verlo de cerca.

Es cierto que nuestro batallón y nuestros caretos difusos, captados por la cámara fotográfica de un reportero novato, salen en la portada de un periódico local, sin embargo, voy a intentar evitar que recorten la página de nuevo y la cuelguen en uno de los tabloncillos de anuncios de la cocina y comedor porque el turno siguiente se ceba con nosotros y nos deja notitas que a mí me ponen de los nervios.

—Este me lo quedo —advierdo.

—Tengo más, *showman*. —Se mofa.

—Deja de llamarme así —digo con rudeza.

—Oh, el *showman* quiere pegarme —sigue con voz dulce y aterciopelada (o, al menos, lo intenta, porque ni cien mil claras de huevo y un millón de botes de miel podrían terminar con la gravedad de sus cuerdas vocales).

—¿Quieres que te parta la nariz? —Ríe a carcajadas mientras lo amenazo.

Desde que este medio de comunicación en concreto se ha hecho eco de nuestra labor somos muy aclamados por el público femenino de Nueva York y Reyes trata de cabrearme diciendo que de todos yo soy el favorito de las mujeres.

—Buenos días. —Neal Myers, el capitán del cuerpo de bomberos entra en el vestuario con paso firme—. TJ, Barnett nos necesita. El nuevo miembro del equipo acaba de llegar. Quiere hacer las presentaciones formalmente antes de reunirnos con el resto.

Neal y yo formamos un buen equipo. Somos como el imán que mantiene unida esta gran familia, junto con nuestro Jefe de Batallón, el señor Barnett Rodríguez, que nos reclama en este momento. Yo soy el Teniente de la Brigada de Rescate.

—¿Hoy llega el nuevo? —Reyes toma asiento en una de los dos bancos de madera que cruzan el vestuario y comienza a abrocharse las botas.

—¿Nos vamos? —Neal me mira a mí.

—Las señoritas primero. —Le hago un gesto de cortesía con la mano y él pone los ojos en blanco mientras camina.

Barnett nos espera con la puerta abierta y de pie tras su mesa. Habla con una persona de la que solo puedo ver la punta de los zapatos, unas botas robustas negras y relucientes. Neal entra antes que yo y saluda con cordialidad. Yo lo hago después y echo un vistazo al nuevo miembro del equipo. Es una mujer. Alta, morena, pelo largo recogido en una coleta y facciones muy atractivas. Doy por hecho que su fortaleza física es de sobresaliente si ha logrado llegar a nuestro parque.

Nos damos los buenos días y el jefe nos presenta a la chica.

—Capitán, Myers; Teniente Jordan; ella es la oficial Mackenzie Williams.

Menudos ojazos negros cuando se gira...

Continuará...

# AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a todos los lectores que en algún momento han decidido dar una oportunidad a mis letras. Gracias por confiar en mí y en mis novelas, en alguna o todas ellas. Sois muchos los que me animáis a seguir escribiendo y cada mensaje y palabra de aliento la guardo como el gran tesoro que es.

Gracias a mi familia.

Gracias a mis amigas, mis tiritas, las dueñas de los «todo pasa» y los «no estás sola».

Y gracias al amor, a todos, a los grandes y a los pequeños, a los largos y a los cortos, a los intensos, a los fugaces, a los sinceros y a los que nos hacen la vida más interesante.

Sed felices.

Y soñad tan grande como os apetezca.

## SOBRE LA AUTORA



Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Casada y con una hija. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En

2016 autopublica su primer libro: Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Libros publicados:

Un gin-tonic, por favor  
Bésame, por favor  
Quédate conmigo, por favor  
Recuérdame, por favor

Nerea y las estrellas  
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú  
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana  
Amor en Manhattan  
Mi chica del SoHo  
**Un corazón en Nolita**

Puedes seguir a la autora en sus redes sociales:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora y Un gin-tonic, por favor.

Instagram: @estrellacorreaescritora

Twitter: @EstrellaCorreaS